



CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS
DE LA DEFENSA NACIONAL



ANIVERSARIO 1964-2014

Cuaderno de Historia Militar 2

XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar (Turín, 2013)

Operaciones conjunto combinadas

Comisión
Española
de Historia
Militar



MINISTERIO DE DEFENSA

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS
DE LA DEFENSA NACIONAL



ANIVERSARIO 1964-2014

Cuaderno de Historia Militar 2

XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar (Turín, 2013)

Operaciones conjunto combinadas

Comisión
Española
de Historia
Militar



MINISTERIO DE DEFENSA

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES
<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

Edita:



<http://publicaciones.defensa.gob.es/>

© Autor y editor, 2014

NIPO: 083-14-184-5 (impresión bajo demanda)

Fecha de edición: octubre, 2014



NIPO: 083-14-183-X (edición libro-e)

ISBN: 978-84-9781-979-4 (edición libro-e)

Las opiniones emitidas en esta publicación son exclusiva responsabilidad del autor de la misma. Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del © Copyright.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Abreviaturas.....	7
Presentación	9
Cómo nació la CEHISMI	11
XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar (Turín, 2013)	
Ponencia 1	
El desembarco de Alhucemas.....	27
Ponencia 2	
Las operaciones conjuntas y combinadas durante las campañas españolas en Italia (1717-1748).....	51
Ponencia 3	
Obra maestra en tres actos: La Campaña Peninsular (1808-1814) de <i>sir</i> Arthur Wellesley como paradigma histórico de la guerra combinada y conjunta	71
Recensiones	89
Cuadernos de Historia Militar	129

Abreviaturas

AGMS	Archivo General Militar de Segovia
ALEMI	Altos Estudios Militares
BOD	Boletín Oficial de Defensa
CCHS	Centro de Ciencias Humanas y Sociales
CEHISMI	Comisión Española de Historia Militar
CESEDEN	Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional
CICH	Comité Internacional de Ciencias Históricas
CIHM	Comisión Internacional de Historia Militar
CSIC	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
EMACON	Estado Mayor Conjunto
IEEE	Instituto Español de Estudios Estratégicos
JEMAD	Jefe del Estado Mayor de la Defensa
JEME	Jefe de Estado Mayor del Ejército
JUJEM	Junta de Jefes de Estado Mayor
JUTOTER	Juzgado Togado Militar Territorial
RGM	Revista General de Marina
SHM	Servicio Histórico Militar
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

Presentación

Comenzamos este segundo número de los *Cuadernos de Historia Militar* con un artículo del coronel de infantería don José María Gárate Córdoba, primer secretario general de la Comisión Española de Historia Militar, en el que nos desgrana sus recuerdos sobre la creación y primeros años de la misma. Con este artículo, la CEHISMI contribuye a los artículos que se vienen publicando sobre la historia del CESEDEN en el presente año, con ocasión de la celebración de su cincuentenario.

A continuación, incluimos las tres ponencias presentadas por la Comisión Española de Historia Militar en el XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar, celebrado en Turín (Italia) del 30 de agosto al 6 de septiembre de 2013, y que estuvo dedicado a las «Operaciones conjuntas y combinadas en la Historia del Arte de la Guerra».

Completamos el presente cuaderno con las recensiones de los libros científicos dedicados al campo de la historia militar de reciente publicación que hemos juzgado relevantes para la historiografía militar de nuestro país.

CEHISMI

Cómo nació la CEHISMI

José María Gárate Córdoba
Coronel de Infantería (R)

Nace la CEHISMI

Agobiaba el calor madrileño aquel agosto de 1982, estando yo en reserva –al arbitrio del ministro de Defensa–, cuando sonó el teléfono oficial. Llamaba nada menos que el presidente de la JUJEM, teniente general Lacalle, proponiéndome el destino de secretario de la Comisión Española de Historia Militar. Pese a decirle que no sabía inglés, ni conducía, ni me iba el viajar, resolvió que al día siguiente me llamaría el JEME, teniente general Porgueres. Me llamó, repitiendo lo mismo: «Hemos pensado nombrarle...» y me refutaba sucesivamente: «Le ponemos coche». «Habrá traducción». «Tendrá intérprete». Me faltó objetar mi escasa geografía, pero pensé que tampoco me valdría...

Como el general Lacalle mantenía un amistoso trato, hube de aceptar sin más, y en el plazo mínimo, el Boletín de 16 de agosto, traía ya mi destino como secretario de la Comisión Española de Historia Militar –existe una secretaría en cada país asociado a la Comisión Internacional de Historia Militar (CIHM)– y la española iba a estar en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). Se denominaría Sección Española de tal comisión, constituida entonces por treinta países, cuya presidencia pasaba cada quinquenio al nuevamente elegido, democráticamente, por las treinta naciones.

El nombramiento en el BOD, cuando antes los secretarios dependían sin más del propio país, hacía pensar que la Comisión Internacional quisiera

relacionarse, en caso preciso, con alguna o todas sus comisiones a través de sus respectivos secretarios, lo que explicaría la urgencia de nuestro ministerio en cubrir tal destino, atendiendo con visible rapidez una petición internacional.

Antecedentes

Desde sus orígenes, aquella Comisión Internacional de Historia Militar estaba afiliada al Comité Internacional de Ciencias Históricas (CICH), tan internacional como ella, que cada cinco años turnaba un congreso entre sus filiales. La comisión del país de turno se ocupaba de organizarlo y de las atenciones locales y turísticas de los concurrentes. Tales congresos se integraban en las asociaciones mundiales de historiadores, habiéndose celebrado los últimos en París (1950), Roma (1955), Estocolmo (1960), Viena (1965) y Moscú (1970).

Nuestro Servicio Histórico Militar, era miembro activo de la CIHM desde que renació en 1939 y, cada trimestre, recibía su *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, en cuyo número 7 –dedicado a Suecia en 1949– colaboró España por primera vez, con un artículo del general Luis Bermúdez de Castro que describía nuestro Museo Militar. El número 9, de 1950, y el 56, de 1984, fueron totalmente españoles.

El habitual representante del Servicio Histórico Militar era el coronel del cuerpo de Estado Mayor don Juan Priego, allí destinado desde que, en 1939, el Servicio y él resurgieran de nuestra guerra de 1936; pero Priego, famoso tratadista de la independencia y muy a lo suyo, no solía asistir a congresos, por lo que hube de suplirle, en funciones de secretario español, asistiendo –al igual que otros treinta países– al XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Moscú, del 19 al 26 de agosto de 1970, acompañando al ponente teniente coronel de infantería Ramón Sánchez Díaz, del Servicio Histórico Militar, y al subdirector, coronel de caballería, Joaquín Portillo Togores, en representación de nuestro director.

El Congreso de Moscú

La apertura general del Congreso de la CICH fue el domingo 16 de agosto de 1970 en el Palacio de Congresos del Kremlin, con alocución de bienvenida a los congresistas. El profesor Jukov, general de Estado Mayor de la URSS, desarrolló la lección de apertura con el tema *Lenin y la Historia*; después se cerró el acto con un espectáculo folklórico. En los dos días siguientes se trataron temas generales sobre *La Historia y las ciencias sociales*, *La Historia de los continentes* y *El equilibrio político del Mediterráneo*. Tales sesiones del congreso general terminaron en una visita al Palacio de las armaduras y otra a la Escuela de guerra Frunze, que a la vez iniciaba las especiales sesiones militares.

Asistíamos por primera vez a un congreso militar de treinta países, cuyas sesiones se celebraban en las salas grandes de la Universidad Lamonesco, «catedral de la ciencia», el mayor edificio de Moscú, perfectamente dotado de instalaciones, con traducción simultánea al ruso, francés, inglés, e individual a algún otro idioma.

El día 19 se iniciaron las sesiones del congreso de Historia Comparada, aisladamente Civil y Militar. Las de Historia Militar se celebraron en el aula 611, una de las mayores de la universidad. Para tales sesiones, se había señalado el enunciado general de: *La vida y psicología de las gentes de guerra de todas las categorías. Problemas de método y documentación, incluida la iconografía*, tema acaso sugerido por Rusia, el país anfitrión, muy interesado en las guerras como iniciativa y expresión netamente popular. Nuestro Servicio Histórico lo acogió a gusto en la ponencia, dada la inusitada veteranía de nuestras guerrillas, cuyo españolismo universalizó el término y el vocablo.

En cada sesión diaria había más de trescientos congresistas, entre los que se diluían unos treinta periodistas de la URSS y satélites. Dominaban en tal número las delegaciones rusa, francesa y belga, pero se distinguían la húngara, la polaca, las dos alemanas, la estadounidense, la británica y la suiza, destacando la gran mayoría de la URSS y países satélites, con cerca de un tercio de los congresistas militares.

La Comunicación española

Nuestro Servicio Histórico había decidido presentar la ponencia «Evolución y razones históricas de la guerrilla en España», estudiada y redactada por el teniente coronel Sánchez Díaz en un lucido tomo de cien folios, abundante iconografía y con esmerada encuadernación que, previamente aprobado por nuestro Estado Mayor Central, se había remitido a la secretaria general de la CICH, con la exigida premura de dos meses, para análisis, comentario o polémica. El excelente trabajo, ya admirado por la mesa, movió al presidente del congreso, doctor Contamine, a exhibir el tomo en alto, como modelo, manifestando al congreso su admiración y la de quienes, en la presidencia, lo apreciaron con él.

Sánchez Díaz hizo un hábil y muy cumplido resumen de los cien folios, en los cuarenta minutos concedidos, dando a su comunicación ritmo oratorio, con voz clara y campanudo tono adecuado a la audiencia, para desarrollar conceptos guerrilleros: «la Guerrilla surge del sector popular que no acepta ni soporta la sumisión formal a un invasor». Para precisar más, distinguió entre el concepto romano de *populus* y el griego de *ethnos*, como suma de individuos jerarquizados en el gran todo social, añadiendo que «las masas son poco sensibles ante el acontecer histórico».

Recibió plácemes y felicitaciones de la presidencia y oyentes internacionales, así como objeciones y reparos del oponente y congresistas de la

URSS. Pero, a la salida, una señora no paró hasta dar con él y decirle admirada: «No conozco el español, pero me encanta su música y su ritmo».

El oponente, profesor Monine, de la Academia Frunze de Moscú, le dio la réplica prevista, en un largo mitin de rechazos, que suavizó admitiendo un «acaso atribuibles a la mala traducción». Y oyó aplausos más unánimes que entusiastas.

El día siguiente visitamos el Panorama Borodino, donde se muestra el aspecto de la campaña, perfectamente teatralizada, como estaría en tal batalla contra Napoleón, con muy precisa explicación, incluso en tono, por una elegante señora que descendía de un general que allí combatió.

Doce años después

Desde agosto de 1970 había quedado olvidada aquella actuación de secretario suplente, pero el 16 de agosto de 1982, según lo ordenado, me presenté con mi nuevo título en el CESEDEN, donde no tenía despacho capaz, ni ambiente adecuado, ni asistencia alguna. Una nueva orden del BOD, el 22 de noviembre, aclaraba que el destino era por un año, y que el cargo dependía de la JUJEM, presidida por el teniente general Lacalle Leloup. Pese a su afectuoso recibimiento y su especial interés por la comisión de Historia, tampoco podían ofrecerme el oportuno despacho, y el ambiente del lugar era aún menos histórico que el del CESEDEN. Intuí pues, que la prevista ubicación no era posible en ninguno de los dos organismos. Pero el 14 de diciembre, el Diario Oficial variaba la rectificación de la segunda orden retrotrayéndola, en el sentido de que «la denominación correcta del destino» era el CESEDEN.

Así, «de medio volante» volví al definitivo traslado de mi secretaría al CESEDEN, donde parecía ser menos grato que en la JUJEM. Por si hubiese duda, su mismo director, el almirante Rubalcaba, me afirmó tener más que suficiente con sus tres secciones, ALEMI, EMACON y el IEEEE, para ocuparse además de dirigir la Historia. Pero, ante lo irremediable, fui a preguntarle al general Espinós –director del Servicio Histórico del Ejército– si podría seguir ocupando el despacho que dejé, hasta tener uno aceptable para mí, que lo esperaba pronto. Espinós me facilitó el mío, aún vacío. Allí volví a estar cerca de un mes hasta lograr un despacho ya vacío en el CESEDEN, que era una hermosura. En los pocos papeles que iba teniendo que redactar, gracias al mecanógrafo del director, se me ocurrió abreviar el largo título de mi secretaría en el sintético membrete de CEHISMI, siguiendo la generalizada moda de los CESEDEN, JUJEM, JEMAD y JEMES. Pero tal *abreviato* no plació al almirante y hube de suprimirlo, dejando el membrete en su pura longitud. Hasta que, placiéndole a su airoso sustituto, el nuevo director, general de división del Aire don Luis Delgado y Sánchez-Arjona, se hizo definitivo para los siglos xx y xxi.

CL aniversario del nacimiento de Villamartín

A comienzos de 1983 ya había en el CESEDEN lo indispensable, aunque a la secretaría de la CEHISMI le faltaba aún entidad, trabajo y personal. Pensando que el 23 de julio haría siglo y medio que nació Villamartín, me pareció conveniente celebrarlo con tratadistas militares, presididos por una autoridad destacada. Ninguna mejor que el teniente general don Manuel Díaz Alegría, con el que había tenido gran contacto, hasta distinguirme con su amistad en los dos meses de 1979 en que fui director interino del Servicio Histórico del Ejército, al poder facilitarle la preparación de su discurso de ingreso en la Real Academia, un despacho con biblioteca adjunta y el mejor taquimecanógrafo del que disponíamos.

El teniente general aceptó presidir una supuesta comisión de estudios, con un cuerpo de pensadores y escritores de las Fuerzas Armadas. El teniente general Lacalle Leloup aceptó la idea y la transmitió como suya al almirante Rubalcaba.

Según Díez Alegría, en el recuerdo de Villamartín, la CEHISMI debía destacar su trascendencia como militar intelectual, modelo de escritor claro, llano y elegante en la pléyade de pensadores, tratadistas y literatos de todos los tiempos.

Pero ese sesquicentenario de Villamartín –centenario y medio– se produciría el 27 de julio de 1983, en pleno verano. No podía centrarse en su fecha, tanto por premura de tiempo, como por coincidir en plenas vacaciones, y por ello, la comisión de estudios apresuró las bases de un concurso de «Ensayos críticos sobre el pensamiento y la obra de Villamartín» que, anunciado el 24 de mayo de 1983, otorgaría los premios el 9 de diciembre, fecha cumbre de la conmemoración.

Entonces mismo nos sorprendió la invitación de Viena a su Congreso Histórico del 6 al 10 de julio de aquel 1983, dedicado a *Europa y los Otomanos – Conflictos en los años 1500 a 1800*, al que España propuso, previo permiso del presidente de la JUJEM, las ponencias «Problemas logísticos de la Armada de la Santa Liga» y «Mejoramientos progresivos de las galeras españolas». Ambas se leyeron en la sesión del día 8.

En la CEHISMI se venían celebrando ya sesiones semanales, con la idea latente de crear una asociación de escritores militares, profesionales y civiles, como existía la de médicos, iniciándola con la redacción de una biobibliografía actual, cuyo tomo I abarcase unos trescientos autores consagrados, a cuya biografía y bibliografía se uniese una breve reseña estilística y algún juicio de sus obras. El tomo II, con un máximo de mil autores, contendría datos someros.

El aniversario de Villamartín fue finalmente trasladado a los días 7, 8 y 9 de diciembre; en los dos primeros dirigirían las sesiones importantes historiadores de nuestra comisión de estudios, que expondrían los temas

de las ocho ponencias previstas. El día 9 se celebraría el cierre conmemorativo, con la adjudicación de premios y la conferencia magistral del teniente general don Manuel Díaz Alegría, académico de la Lengua y de Ciencias Morales y Políticas, y Director de Estudios de ALEMI.

Inauguró el acto el almirante Rubalcaba, director del CESEDEN y presidente de la CEHISMI, haciendo notar en su presentación que las figuras de Villamartín y del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, las dos mentes más brillantes de nuestro pensamiento militar, solo se celebraron cuando Napoleón III elogió la obra de Villamartín, y Federico de Prusia la de Marcenado.

El primer coloquio exponía en conjunto el tema «Villamartín en la España de su tiempo».

1. *Villamartín. Su tiempo y el nuestro*, por el consejero togado del Ejército del Aire José M.^a García Escudero.
2. *La España Militar de Villamartín*, por el general de infantería Antonio Maciá Serrano.
3. *Ideas de Villamartín sobre el pensamiento militar de su tiempo*, por el teniente coronel de Infantería, DEM, Miguel Alonso Baquer.

En el segundo coloquio se analizarían aspectos de «Villamartín en el pensamiento y en la acción».

4. *El dilema moral de Villamartín*, por el general de brigada de Artillería Miguel Cuartero Larrea.
5. *La ética militar de Villamartín*, por el capitán auditor de la Armada y letrado del Consejo de Estado Federico Trillo-Figueroa Martínez Conde.
6. *Autocrítica de «Nociones de Arte Militar»*, por el teniente coronel de Infantería Fernando Redondo Díaz.
7. *Ideas políticas de Villamartín*, por el teniente coronel de infantería Mariano Aguilar Olivencia.
8. *Villamartín, escritor romántico*, por el coronel de Infantería Luis López Anglada.

Publicación de las Obras Completas de Villamartín

Al iniciarse la preparación de las ponencias surgió la necesidad de dar a conocer las obras completas de Villamartín, ya que solo existía la agotada edición de sus *Nociones de arte militar*, y los miembros de la CEHISMI pudieron conseguir los textos de todos sus títulos como apéndice a las *Nociones de arte militar*; *Napoleón III y la Academia de Ciencias*; *Manual de viajeros: San Lorenzo del Escorial*; *El tuerto rey*; *Historia de la orden militar de San Fernando*; el folleto *Las Nuevas Armas*; el largo artículo de septiembre de 1870 «La invasión germánica», colaboraciones en periódicos como *Academias de Regimiento*, *El Correo Militar*, *La Discusión y Fuerza Pública*, que fundó y dirigió; poemas como *La Virgen de la Caridad*; *El vértigo* y algunas obras históricas y poéticas casi desconocidas.

Solemne sesión de clausura

Comenzó con la lectura de premios en el concurso de ensayos críticos sobre «El pensamiento y la obra de Villamartín»:

Primer premio. Al coronel de Infantería, DEM, José Antonio de la Lama Cereceda, por su estudio *Villamartín y su tiempo*.

Empezaba destacando por qué Villamartín es el militar más famoso del siglo XIX español y, posiblemente, de toda la historia militar española, lo cual quiere decir que en su identidad y en su vida concurrieron circunstancias que le formaban una personalidad tan acusada como para emerger del elenco de nuestras figuras castrenses como un hito diferencial. Lo cual no evita la existencia de una pléyade de grandes capitanes que llenan las páginas de nuestra historia, de la que poner un ejemplo caería en agravio de otros. Saltar del Cid al Gran Capitán, y de este al Duque de Alba, sería como dejar al aire los pilares de una catedral y no poner sobre ellos la cimbra de las bóvedas.

Villamartín no tuvo ocasión de ser un héroe guerrero, un capitán de leyenda, como lo fueron el Cid y tantos otros. Fue un simple soldado-escritor, que no llegó a tener ni cuarenta años de vida, la cual transcurrió en unos tiempos de tremendos movimientos sociales que agitaron la piel de toro, como agita la suya una res, cuando siente la picadura del tábano. Tiempos en los que los simples soldados llevan en sus mochilas el bastón de general, los generales presiden los Gobiernos, los intelectuales pontifican, y los clérigos se hacen guerrilleros.

Entonces, ¿de dónde la nombradía de Villamartín? Del hecho de que, desde hace ciento veinte años, en que a primeros de 1863 aparece su libro *Nociones del arte militar*, se consagró como profesor perpetuo de todas las promociones de oficiales de todas las academias y colegios militares.

Ese libro, junto a las *Ordenanzas militares de Carlos III*, ha forjado la moral, la disciplina, el sentido del mando y de la obediencia, el del trato con los superiores y con los subordinados, en fin, del espíritu militar de todos los cuadros de mando. Ciento veinte años dejan huella, y más si el mérito del maestro es grande.

La técnica pasa, como pasan los uniformes, las armas y las teorías. Solo el hombre permanece invariable, porque el alma no vive del polvo de los caminos, sino que se alimenta de los valores espirituales que, impalpables, conforman la deontología militar. Antes de Villamartín solo Calderón de la Barca –soldado, sacerdote y poeta– supo captar la psicología del soldado español. Después de Villamartín, únicamente Jorge Vigón ha sabido hablar con altura de estos temas.

Ello explica la permanencia y la actualidad de Villamartín. El hombre de acción pasa en cuanto pasan sus gestas. En cambio, el pensador, el hom-

bre que tiene ideas, permanece en tanto que estas son válidas. Cierto es que el apellido de los hombres de acción está escrito con letras de oro en la historia; pero el del maestro está además en el corazón de sus discípulos y seguidores, late en su ambiente y permanece en su obrar. Gonzalo de Córdoba y el Duque de Alba son hombres de ayer, por más que ese ayer sea fulgurante. Calderón y Villamartín son hombres de hoy, como lo fueron de ayer y lo serán de mañana, porque son forjadores de héroes –tal vez anónimos, pero héroes– y héroes habrá siempre.

Segundo premio. Al teniente coronel jurídico de la Armada y abogado del Ilustre Colegio de Madrid Joaquín de Berenguer de los Arcos, por *Francisco Villamartín, la Academia de Ciencias y la Ciencia de la Guerra*.

Se leyeron las síntesis de los ensayos. El galardonado con el segundo premio, remató su ensayo añadiendo este post scriptum:

«Terminado este trabajo sobre Villamartín, y dejado descansar un breve tiempo, lo que en principio se mostraba relativamente claro se tiñe de dudas y confusión. La auténtica personalidad del escritor y el personaje, particularmente este último, destilan matices que confunden, imposibilitando clasificarlos en unos parámetros establecidos.

La trayectoria militar, salvo su participación en el hecho de la batalla del puente de Alcolea y la defensa del cuartel de la calle de San Pablo de Barcelona, es normal y hasta anodina; su hoja de servicios así lo demuestra y, en su decurso solo figura un simple arresto, por un asunto baladí, junto con otros compañeros. Sin embargo, como escritor, y aún diríamos mejor como pensador de la ciencia militar, su percepción solo alcanza cotas difícilmente superables con sus homólogos de dentro y fuera de nuestras fronteras.

La mayoría de los que con él están en el Parnaso del pensamiento militar a lo largo de la historia, fueron hombres de agitadas vidas o de un gran poder y prestigio en el ámbito político militar, cuando no en ambos conjuntamente. ¿Por qué, pues Villamartín padece de esa medianidad solo remontada tras su muerte?

Si bien don Luis Vidart, en su biografía, nos lo presenta como utópico e ilusionado socialista, con las matizaciones que sobre el término ya apuntamos, más bien pudiera considerársele como un romántico, entendiendo el concepto como la corriente idearia que intentaba contrarrestar la frialdad y despersonalización que llevaba consigo el avance de la era industrial.

Su tranquila vida sentimental y familiar, desde el orden espiritual, puesto que las estrecheces pecuniarias nunca le abandonaron, así como la prematuramente truncada vida de su única hija, quizá nos den las claves de la no cristalización en hombre de acción, a imitación de tanto militar decimonónico, para realizar sus ideales.

Su estricto sentido del deber militar con sujeción absoluta al Gobierno constituido, y su concepto del honor militar como servicio exclusivo al uniforme, pueden también ser explicaciones factibles a esa duda.

Con su desaparición, y la casi inmediatamente posterior de su esposa, también lo hace la auténtica solución al enigma de su verdadera personalidad. Afortunadamente la realidad de su obra permanece».

Los aplaudidos autores recogieron sus premios de manos del director del CESEDEN y presidente de la CEHISMI.

Lección Magistral Conmemorativa

Cerró brillantemente la conmemoración don Manuel Díez-Alegría, exponente actual de la simbiosis entre armas y letras que en su tiempo representó Villamartín, pues a su empleo de teniente general del Ejército, unía el ser académico de la Lengua y de Ciencias Morales y Políticas. Quiso añadir novedades a la muy conocida biografía del popular tratadista militar, que los cadetes conocen desde su iniciación académica, y, como secretario le acompañé en viaje al Archivo del Alcázar de Segovia, donde en el hojear de sus papeles me fue dictando algunas novedades interesantes, curiosas al menos, de su documentación, que dio a conocer, por nuevas, en su amplio y literario discurso. Como esta:

«sirviendo allí, a unos veinte kilómetros de La Habana, el domingo 11 de octubre de 1857 invitó a cenar a diez subalternos y al médico de su unidad; tras ello, ya tarde, fueron a tomar café en una "bodega". Después, un pequeño grupo de los más traviosos que se separó de los demás, continuó la juerga, promoviendo un escándalo en una mancebía, llamada en reminiscencia de Crimea, de las "Sebastopolas". A consecuencia de todo, se abrió una sumaria, de la que resultó un arresto para los más revoltosos. Durante su estancia, el capitán general, don José Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana, dispuso también cambios de destino, entre ellos el de Villamartín, quien, tras recibir plácemes por su prudente conducta, pasó el batallón de cazadores de Isabel II, unidad de preferencia, muy bien con-ceptuada. Menciono este incidente, no solo por ser una muestra de aquel ambiente, que no podía ser grato a nuestro capitán, sino porque, andando el tiempo, su mala fortuna quiso que al tramitarse su expediente para ingreso en la Orden de San Hermenegildo, salió a relucir tendenciosamente, aunque al final todo quedó aclarado y se le concedió la Cruz».

Sabíamos la intención de su majestad el rey de honrar esta sesión de clausura dándole la brillantéz de su asistencia, como su ilustre abuelo, don Alfonso XIII, presidió el homenaje de 1925 y pronunció el recordado discurso comenzando: «Como rey y español, recojo gustoso el espíritu de

esta hermosa confraternidad de Ejército, Marina y Pueblo, para honrar a un español de hoy...».

III Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado

La experiencia del sesquicentenario de Villamartín en 1983 estimuló para dar mayor relieve en 1984 al tercer centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado, pues si ambos fueron «descubiertos» y elogiados por monarcas extranjeros, la fama de don Álvaro de Navia-Ossorio fue más extensa y rápida, tanto por la materia y volumen de su producción, como por la escasez de trabajos semejantes, lo cual le hizo ser citado por tratadistas internacionales de primer orden y traducido pronto al francés, alemán e italiano. Además, sus *Reflexiones militares* aconsejan tanto al jefe del Ejército como al príncipe, en lo que toca a teoría del mando y buen gobierno, del derecho de gentes y de la guerra en su sentido amplio y social.

Por eso, pensó la CEHISMI, que si el segundo centenario del marqués tuvo gran resonancia conmemorativa del personaje, el tercero, como pide la proyección de los tiempos, debería ser trascendental.

Trascendencia del Centenario

La trascendencia conmemorativa tuvo un triple sentido: primero, el de la simbiosis cívico-militar, atendida en ellos, a los que daría tono académico su celebración en el Instituto de España, bajo la magnánima acogida de su presidente, el ilustre arquitecto don Fernando Chueca, quien pronunció como discurso inaugural una excelente exposición tanto en lo general, científico-literario, como en su llamativa precisión militar. La participación de don Miguel Artola, académico de la Historia, como él, y la de los profesores don Vicente Palacio Atard y don Luis Suárez Fernández, catedráticos de Historia Contemporánea, y aún, en sí misma, la presidencia de la comisión del centenario, ostentada por el teniente general don Manuel Díaz-Alegría, miembro de dos reales academias.

La segunda proyección fue mostrar en el Marqués de Santa Cruz de Marcenado un símbolo de la cultura militar, haciendo ver que en su siglo XVIII enlaza los tratadistas clásicos y los modernos, recordados con Villamartín, y los modernísimos participantes en ambos concursos. Y a generaciones contemporáneas, desde 1917, haciendo justicia a esos veteranos, con el título de «militar ilustre», que cubra el largo olvido de quienes junto al servicio, cultivaron la cultura castrense en sus distintas ramas.

La tercera trascendencia sería perpetuar oficialmente a personalidades militares, creando el premio anual «Marqués de Santa Cruz de Marcenado» –con asignación en metálico y trofeo simbólico– para que las ciencias

y artes militares o de aplicación castrense sean consideradas cada año como un aspecto más de la relevante cultura militar.

El nombre del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, con sus aspectos éticos, sociológicos, enciclopédicos, histórico-literarios y, sobre todo, de ciencia bélica y polemológica, le acreditan como un hito central de todos ellos. No sería solo el frío bronce del busto proyectado, queda el libro vivo del tercer centenario en una edición «esencial» de sus *Reflexiones militares*, despojadas de toda erudición y lastre anacrónico, y comentadas ampliamente por especialistas de cada esencia de la obra.

Por otra parte, los bibliófilos, que gustan de ediciones íntegras, tendrán la facsímil de 1883, que publica el Instituto de Estudios Asturianos (IDEA).

El interés que mostró su majestad el rey en presidir la sesión solemne conmemorativa, prueba que valoró profundamente la triple proyección señalada, esos tres sentidos del centenario. Coincidencias de última hora impidieron tanto su asistencia como la del ministro de Defensa, pese a lo cual los actos tuvieron la significación y trascendencia previstas.

La Conmemoración abarcó los siguientes actos:

Coloquios organizados por la CEHISMI. Hubo dos coloquios en el Instituto de España, los días 17 y 19 de diciembre de 1984, donde intervinieron ilustres tratadistas militares sobre la personalidad, la filosofía, y la ciencia militar del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Resolución del concurso de estudios críticos sobre su pensamiento y su obra, convocado el 10 de enero de 1984, para resolver el 20 de diciembre.

Edición «esencial» de las *Reflexiones militares*, iniciada en la misma fecha, desarrollada a lo largo del año, y publicada el 19 de diciembre de 1984, en un tomo de 608 páginas, y edición de 150 ejemplares numerados y encuadernados, el resto hasta mil, en rústica, que presentó don Luis Delgado y Sánchez Arjona, general director del CESEDEN y presidente de la CEHISMI, el cual resaltó que don Álvaro de Navia-Ossorio, «príncipe de las letras militares», muerto heroicamente en la defensa de Orán, materializa en sí mismo, como pocos, esa clásica fusión de armas y letras, celebrada por Cervantes con su prosa inmortal. Y representa también una polifacética extensión del militar en campaña, con ideas precursoras en los campos de la diplomacia, la política y la economía, del academicismo y la erudición, cuyos veintiún libros de las *Reflexiones militares*, su obra cumbre, le consagran como «clásico entre los clásicos castrenses», y constituye una enciclopedia del derecho bélico, de la teoría del mando y buen gobierno de las tropas, de la dirección de la guerra y la conducción de sus operaciones.

Para mi inevitable prólogo como editor de la obra y secretario de la conmemoración, me pareció oportuno comparar al marqués con los demás pensadores y tratadistas militares de la época, y aún de todas, subrayan-

do los elogios dedicados a sus *Reflexiones*, calificadas como «monumento de la ciencia castrense», «enciclopedia del arte de la guerra», «venero inagotable de máximas, consejos, y soluciones doctrinales para un jefe de ejército», «cumbre de la literatura militar», «vaho purificador de una época pobretona y amenazada, cuando las letras, la milicia y el país, alcanzaban cabalmente el más bajo nivel de la historia».

En su contenido se apreciaba el triple valor de un trabajo de arte militar, de política superior y de psicología para el gobierno de los ejércitos y los pueblos, el primero que resaltaba los factores psicológicos y sentimentales que mueven las guerras, y que reunía la sabiduría antigua y la experiencia de la guerra y la diplomacia. Por todo ello se elevaba a su autor a la categoría de «gloria de España y absolución de su siglo», según el almirante, Vidart, Priego, del Arco, y otros biógrafos y eruditos.

Las obras que dieron gloria a Marcenado fueron cuatro: el *Esbozo de un diccionario universal* en cuatro lenguas, verdadero anticipo de la enciclopedia francesa; el *Diccionario histórico-crítico de España*, que para formarlo asociaría a los sabios historiadores, siendo con ello iniciador de la Real Academia de la Historia, la *Rapsodia económico-político-monárquica*, que constituía el primer planteamiento de economía progresista.

Pero de las *Reflexiones militares*, su obra universalmente famosa, había que ocuparse seriamente, como el mejor homenaje del centenario, pues casi se les conocía y citaba solo «por el forro», por la epidermis inicial del primer tomo, y a lo sumo del segundo y tercero de sus veintiún libros. En lo que tendría de versión y réplica cristiana, era un tanto, comprensión y réplica, a Maquiavelo en *El príncipe*, pues que a este, como jefe supremo de las tropas, dedicaba Marcenado algunas de las cartas o consejos de sus *Reflexiones*.

Lo figura el magistral prólogo sobre *La milicia en el Siglo de las Luces* del académico teniente general Díez-Alegría, presidente de la comisión del centenario. De las cuatro partes en que se ha dividido el texto esencial de Marcenado se anticipan los siete comentarios de especialistas de la comisión:

- I. La vida y la obra del Marqués de Santa Cruz de Marcenado
 1. *Vida de don Álvaro de Navia-Ossorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado y Vizconde del Puerto*, por el coronel de infantería Luis López Anglada.
 2. *Santa Cruz de Marcenado y su obra*, por el general de artillería Miguel Cuartero Larrea.
- II. Estudio crítico de las *Reflexiones militares* (sobre texto abreviado)
 3. *Teoría del buen gobierno de las tropas*, por el capitán auditor de la Armada Federico Trillo-Figueroa Martínez Conde.
 4. *Sobre el derecho de la guerra*, por José María García Escudero.

5. *Sobre la conducción de la guerra*, por el general de Artillería Miguel Cuartero Larrea.
6. *Sobre la conducción de las operaciones*, por el teniente coronel de infantería Fernando Redondo Díaz.

III. La biblioteca del Marqués

7. *Estudio de obras citadas en Reflexiones militares*, por el general de Ingenieros Joaquín de La Llave.

Solemne Sesión de Clausura

El anteproyecto del III centenario veía oportuno valorar a quienes en este siglo, sobre sus servicios oficiales, culminaron su vida, como el marqués, cultivando las ciencias y artes castrenses o la aplicación militar de las civiles, y sugería crear para el caso un premio ministerial.

Mientras tanto, el teniente general JEME entregó un pequeño busto del marqués de Marcenado a cinco veteranos tratadistas de las Fuerzas Armadas: el almirante don Indalecio Núñez Iglesias, el teniente general del Ejército del Aire, don Luis Serrano de Pablo, el general de Artillería don Miguel Cuartero Larrea, el coronel de Estado Mayor don Juan Priego López y el coronel de Artillería don José Manuel Martínez Bande.

El premio: «Centenario del marqués de Marcenado» se entregó al excelente y extenso estudio *Santa Cruz de Marcenado, un militar ilustrado*, del profesor don Fernando Murillo Rubiera.

Institución del Premio «Santa Cruz de Marcenado»

Sugerí al general Díez-Alegría, la posibilidad de proponer al ministerio de Defensa la creación de un premio Marqués de Santa Cruz de Marcenado que distinguiese a personajes eminentes en cultura militar, lo que aceptó, encargándome que redactara la exposición de motivos y el articulado de la propuesta, que el director del CESEDEN cursó al ministerio el 18 de octubre de 1984 en los siguientes términos:

«Siempre se premiaron con galardones apreciados los servicios extraordinarios, para que en lo especial de su concesión se reconociese el mérito de quien había enaltecido de modo sobresaliente a su profesión o su patria. Por ello, en lo militar se crearon recompensas premiando el valor con más depuración que en otros países, como nuestra Cruz laureada de San Fernando, califica a los héroes, como otras agradecen servicios especiales en guerra o paz. Aparte del Siglo de Oro, hay casos más cercanos, en que no se conceden grados y cruces. En citas al azar están los ascensos efectivos del comandante Villamartín, dos a Muñíz y Terrones, y en 1920, el de Oliver Copons a general honorífico. Todos por obras de ciencias y artes militares.

Durante muchos años hasta entonces, se venía otorgando diversas recompensas a la constancia de quienes, consagrando su vida a ciencias o artes castrenses, la gratitud de los Ejércitos perpetuaba sus nombres como militares ilustres. Pero actualmente, cuando la humanística militar florece como antaño y hay simbiosis cívico-militares en todos los niveles, es cuando parece atenderse menos a los veteranos maestros, con galardones que proclamen y perpetúen su valía».

En aquella ocasión del III centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado, «príncipe de las letras militares españolas», «el más clásico entre los clásicos castrenses», se instituía con su nombre un premio anual dotado con un millón de pesetas y un busto de bronce del marqués a los militares que hubiesen consagrado la mayor parte de su vida al cultivo de las ciencias o artes castrenses, o su aplicación de las civiles. El premio, propuesto por la CEHISMI, con asesoramientos previos, lo concederá un jurado presidido por el director del CESEDEN, y los de Institutos de Historia y Cultura Militar, como vocales.

Convinimos en que un premio tan excepcional debía concederlo un jurado de imprescindible prestigio y amplitud cívico-militar: autoridades de la JUJEM, CESEDEN, CEHISMI, los directores de los tres Servicios Históricos y miembros de las universidades de la Historia y las Letras.

Discurso de Clausura del teniente general don Manuel Díez-Alegría

De la extraordinaria pieza literaria que constituyó el inspirado y técnico discurso de Díez-Alegría, no podemos hacer más que recomendar su lectura y recordar su iniciación biográfica:

«Durante los tres últimos días, especialistas militares y civiles de distintas ramas del saber humanístico han analizado muy variados aspectos de la monumental obra del teniente general de los reales Ejércitos, don Álvaro Navia-Ossorio y Vigil, marqués de Santa Cruz de Marcenado y vizconde del Puerto, nacido hace trescientos años, tal día como ayer.

Fue un humanista cristiano, un creyente ilustrado, que nos dejó los importantes proyectos de un Diccionario universal y otro Histórico español, amén de una Rapsodia económica política. Pero, sobre todo, un monumento militar, también enciclopédico, el de los 11 tomos de sus 21 libros de Reflexiones militares, consejos al príncipe, maquiavélicos en el mejor sentido de la palabra, que tienen de común con los del avieso florentino su esencial modo de aconsejar al príncipe y jefe del Ejército, pues consejos son el resultado de sus Reflexiones, cumpliendo con una de las cuales dio ejemplo al morir en una salida defendiendo Orán, plaza de la que era jefe militar».

Despedida del Secretario

Prorrogado por un año el destino del secretario de la CEHISMI, se le prorrogaron otros dos años, en cuatro períodos de seis meses, quedando hasta el 22 de diciembre de 1985 a disposición del ministro de Defensa, habiendo cumplido, en retiro, tres años de prórroga como secretario de la CEHISMI en el CESEDEN.

Para entonces se había publicado la edición «esencial» del centenario de las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado, despojadas de erudición y lastre anacrónico, ampliamente comentadas por especialistas de cada parte de la obra. El seminario de estudios de la CEHISMI tenía en imprenta, y publicó al año siguiente, la *Historia social del Ejército español*, en ocho tomos de lujo, que pronto tuvo una segunda edición. Se había reunido, prologado y entregado a Publicaciones del ministerio el difícil total de las obras de Villamartín, militares y civiles. Finalmente, quedaba concluido el borrador del tomo II de la biobibliografía de escritores militares, hoy en archivos, con varios cientos de escritores biografiados, mientras la Sección de Estudios seguía trabajando en los «consagrados» del tomo primero.

XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar
(Turín, 2013)

El desembarco de Alhucemas

José María Blanco Núñez
Capitán de navío (R.), CEHISMI

Ponencia 1

I. Antecedentes

La conferencia de Algeciras (1906)

La situación internacional al comenzar el siglo xx suponía la marginación de Alemania. En respuesta a esa situación y con la excusa de las crecientes presiones francesas sobre el gobierno marroquí, el Káiser desembarcó en Tánger en 1905, reclamando la independencia del sultán. Para evitar una guerra, se convocó en Algeciras una Conferencia Internacional sobre Marruecos (15.1.1906–7.4.1906), que frustró los intentos alemanes por participar en el reparto de Marruecos. Allí se acordó el derecho de toda nación a lograr acuerdos económicos con Marruecos y se aceptó el reparto del reino marroquí en dos zonas de influencia francesa y española, y el derecho de Francia y España a intervenir en ellas, si el sultán no era capaz de mantener el orden. Tras los desórdenes de Casablanca (1907), comenzó la ocupación de esas zonas de influencia.

El acta de la Conferencia se firmó en Algeciras el 7.4.1906 por los representantes de España, Alemania, Francia, Reino Unido, Bélgica, Países Bajos, Portugal, Rusia, Suecia y Austria-Hungría. El día 18 de junio próximo siguiente fue firmada por el Sultán de Marruecos.

Según las disposiciones adoptadas, España y Francia se obligaban a ejercer un protectorado en Marruecos. A España se le asignó la zona norte

del reino marroquí, que quedó designada como el Marruecos español pues, desde la firma del precedente tratado con Francia de 5.10.1904, el Rif estaba considerado «zona de influencia española». A Francia le correspondió el protectorado sur, «curiosamente» más rico, más grande y menos belicoso. Este reparto se ejecutará en 1912 tras la firma del Tratado de Fez. Desgraciadamente estos acuerdos no terminarían con el conflicto hispano-marroquí, que va a reabrirse en 1909 (Melilla) y terminará, definitivamente, tras la conquista de Axdir, que fue uno de los objetivos del desembarco de Alhucemas.

Además del establecimiento del protectorado sobre el reino de Marruecos, en Algeciras se trataron otros temas como los de:

- asegurar el pago de un importante préstamo que Alemania había concedido al sultán de Marruecos, Abd al Aziz, en 1904 (recuerden la visita del Káiser a Tánger de ese año que provocó la reacción de la «entente cordiale»; todo ligado al rearme europeo),
- respetar la integridad del Estado marroquí,
- resolver asuntos económicos y fiscales, la libertad de comercio, la recaudación de impuestos, la lucha contra el contrabando y el control aduanero.

La posición política francesa fue favorable a España porque, desde un punto de vista puramente estratégico, o si lo prefieren geoestratégico, esta última sirve para «separar Francia de Francia», como enunció el Almirante Castex, que además criticó duramente en el tomo III de sus *Theories Strategiques* la falta de apoyo de Francia a España en la cuestión de Tánger, por lo mismo.

La Ley Maura Ferrándiz (1908-1909)

Hacemos una simple referencia porque esta ley y las que la continuaron consiguieron la escuadra que se batirá en Alhucemas (3 acorazados, 3 cruceros, 3 destructores, 8 cañoneros y 24 torpederos).

La ley fue algo más que un plan de escuadra, fue una catarsis total de la Marina de Guerra, en todos los aspectos, tras la dura crisis provocada por el desastre de Cuba y Filipinas.

La Guerra de Melilla (1909)

El ataque a los obreros que construían el ferrocarril minero continúa con lo del Barranco del Lobo y se produce la Semana Sangrienta de Barcelona (26.7 al 2.8), que costó a España 358 muertos y casi 2000 heridos.

«Lo que empezó siendo, según el general Marina, una mera “operación de policía”, en la que solo se habrían necesitado de 3.000 a 4.000 sol-

dados, había terminado por convertirse, después de los ataques de los días siguientes, en algo mucho más importante, que necesitó la llegada de refuerzos de la península hasta alcanzar la cifra de 17.000 hombres, a los que vinieron a sumarse otros 12.000 más después del combate del día 27.07.1909 [el desastre del Barranco del Lobo]. Todo ello para hacer frente a un enemigo que no sobrepasaría los 1.500 combatientes».

La gloria de la campaña, entre tanta Cruz laureada, se la llevaron los cazadores montados de la brigada Alfonso XII, al mando del teniente coronel Cavalcanti, con sus tres célebres cargas de Taxdir.

La Campaña del Kert, primer intento de desembarco en Alhucemas (1911)

El día 24 de agosto de 1911, el general García Aldave, ante el cariz que toma la sublevación de las cabilas de la zona de Melilla, donde era capitán general, reúne junta de generales y propone al ministro de la Guerra

«defensa línea exterior, con preferencia en la parte próxima al Kert y, si llegase el caso de guerra, ataque en Alhucemas y desembarco en su playa para separar de la harca a los de Beni Urriaguel que acudirían a defender su territorio».

Por tanto, García Aldave estaba proponiendo una simple diversión estratégica para descongestionar su frente melillense.

Ocupación de Larache (1911)

Los interesados manejos de los agentes franceses en Alcazarquivir y la ocupación de Fez por las tropas francesas, según el Gobierno de París a requerimiento del sultán, hizo que el Gobierno español, presidido por Canalejas, actuase con determinación. El transporte Almirante Lobo, escoltado por el crucero Cataluña, transportó un batallón del primer regimiento de Infantería de Marina (San Fernando), mandado por el teniente coronel don José Dueñas y Tomasseti, que desembarcó en Larache el 08.06.1911. Previamente un tabor de Policía Indígena, única fuerza organizada con que se contaba en la costa atlántica del inminente protectorado, había ocupado la rada de Larache.

Veamos una crónica periodística de esa fecha:

«Al atardecer del 8 de junio de 1911, el cónsul don Juan Zugasti, acompañado del canciller y del capitán Ovilo, "subieron a la azotea del edificio que ocupaba el Consulado y silenciosos, mudos por la emoción, izaron la bandera española como señal convenida con el comandante del crucero Cataluña, y empezó el desembarco, operación que se realizó hasta bien entrada la noche sin contratiempo alguno mientras el

muecín de la Mezquita grande, tras sus oraciones, anunciaba que se cerrarían las puertas de la ciudad”».

El primero en poner pie en tierra fue el teniente coronel Dueñas quien, tras abrazar emocionadamente al cónsul Zugasti, traspasó la puerta de la Marina subiendo con 200 infantes de marina por la empinada calle del mismo nombre, siendo recibidos en su recorrido con jubilosas manifestaciones de la población que, en buen número, hablaban un idioma extraño que los soldados no comprendían y que luego supieron se trataba del ladino conservado por los judíos de Marruecos. No se disparó un solo tiro... «mientras la luna iluminaba, ayudada de faroles y velas de lechosas claridades, la ciudad y el puerto». La marea estaba llena, la barra tranquila y a simple vista se percibía cómo desde los barcos de guerra los infantes de marina iban transbordando a los botes para un desembarco que finalizó a las 04:00. El puerto más importante del Atlántico ocupado por España garantizaba así la seguridad y las vidas de sus habitantes.

«Larache –escribió el Abate Bussoni– con sus viejos castillos y sus barrios embrujados, testigos mudos de pendencias y amoríos, de aventuras y de hechos de guerra, vivió aquella memorable noche del 8 de junio de 1911 perfumada con el azahar de sus naranjos y la emoción de sus habitantes, cómo al cabo de tres siglos, volvía a oírse en la noche africana el eco de sus guitarras y sus canciones».

El capitán Ovilo salió al día siguiente hacia Alcazarquivir, donde habían sido asesinados dos notables marroquíes, al mando de una columna del tabor de Policía Indígena. Para garantizar la vida de españoles y marroquíes, el presidente del Consejo de Ministros comunicó al cónsul Zugasti el nombramiento del teniente coronel, futuro y desgraciadamente famoso general, don Manuel Fernández Silvestre como comandante militar de la zona de Larache para que resolviese las difíciles circunstancias que se preveían. Silvestre llegó a Larache el día 13 de junio, continuó a Alcazarquivir con la columna ocupante, en la que formaba el batallón de Infantería de Marina desembarcado; ocuparon la ciudad antes de que lo hiciesen las fuerzas francesas, como con mucho fundamento se suponía. Enseguida, las fuerzas del batallón de Infantería de Marina ocuparon también, y por primera vez en la historia, Arcila, que posteriormente fue reforzada con unidades del Ejército de Tierra, desembarcadas también en Larache. Fernández Silvestre consiguió, en principio, atraerse al peligroso cherif El Raisuni y contener el intento de penetración francesa en El Jolot. Todo ello llevó posteriormente al entendimiento con Francia que se materializó con el definitivo tratado de 1912.

Entrada en Tetuán. Nombramiento del Jalifa (1913)

En 1913, el general Alfau repite lo hecho por O'Donnell y Prim en 1859 y ocupa todas las posiciones importantes del camino de Ceuta a Tetuán con

apoyo desde la costa del crucero Carlos V y el cañonero Recalde. El 19 de febrero de 1913 entra, con toda solemnidad, en Tetuán.

En virtud del tratado de 1912 España propuso al sultán el nombramiento del jalifa de su zona, que recayó en su alteza imperial Muley El Mahdi, primo de dicho sultán y esto tuvo un pero...

La Campaña de Jolot (1913)

El desacuerdo del Raisuni, que pretendía haber sido nombrado jalifa, dio paso al levantamiento de las cabilas que controlaba, especialmente la de Anghera, y a la dolorosa campaña del Jolot, conducida victoriosamente por el coronel Silvestre que, por su éxito, será ascendido (19.06.1913) a general de brigada y enseguida nombrado comandante general de Larache. En esta campaña se distinguió, junto a las fuerzas del Ejército, el 2.º batallón expedicionario de Infantería de Marina, y fue tal la compenetración que Silvestre se dirigió directamente al ministro de Marina, al final de la campaña, en estos términos:

«Por noticias particulares y por la prensa he sabido que se trata de relevar a las fuerzas de Infantería de Marina, aquí destacadas, por fuerzas del Ejército.

Hace poco tiempo informé a Guerra respecto a la conveniencia por mil razones, y las más principales en bien del servicio, de la continuación en esta región de los batallones de Infantería de Marina, indicando que su situación definitiva podía ser Larache y Arcila, respectivamente, como fuerzas de desembarco, teniendo siempre dos compañías y las representaciones de guarnición en cada puerto, y las restantes, formando un batallón en operaciones y cooperando con las fuerzas del Ejército en la dura y penosa labor a desarrollar en esta región, en la que ya tantas energías y denuedos han desplegado esos brillantes y sufridos cuerpos.

Me impulsa, pues, a instar una solución favorable a los deseos de esos cuerpos, en primer lugar el interés del servicio, pues la misión delicada a desarrollar tendrá más seguro éxito si dispongo de elementos conocedores del país y sin prejuicios que tanto dañan; de unidades cuyo espíritu es envidiable, y el más a propósito para su compenetración con el país y el indígena, porque ni temen al moro ni le desprecian, y sin olvidar que es su enemigo tratan por todos los medios de atraérseles.

Otra razón, y poderosa, la constituye la ingratitud que resultaría relevar unas fuerzas que en año y medio no han economizado jamás ni los sacrificios ni el esfuerzo constante que requieren los penosos trabajos de instalación e implantación de los múltiples servicios anejos a las mismas, en zona de cerca de 2.000 km² de ocupación, los cuales, al poder disfrutar de los beneficios de su esfuerzo, se ven alejados del

teatro de operaciones, en el que todo militar tiene fundadamente puestas sus más caras ilusiones; me mueven, por último, mi general a solicitar de usted la continuación aquí de estos dignos jefes y oficiales y sufridas tropas, los estrechísimos lazos de afecto creados con el calor del compañerismo de verdad, del que se funde en el crisol de la vida de campaña, que no admite ideas bastardas, y sí las que se inspiran en los intereses de la patria.

Considérome como el último de los oficiales de ese brillante Cuerpo para el que solicito en África un puesto, ya que le cupo el alto honor de ser la vanguardia de nuestra penetración pacífica en el Atlántico».

Este mismo año se produjo «la tragedia del cañonero General Concha, donde ganó la cruz laureada de San Fernando el alférez de navío don Rafael Ramos Izquierdo.

La maldita niebla y las mismas corrientes que arrastrarán a las K en el desembarco, lo llevó a embarrancar en la playa de Busicú, cabila de Bocoia, a 5 minutos de Alhucemas. El alférez de navío Lazaga marina un bote de remos y llega hasta el Peñón de Alhucemas en demanda de auxilio. Desde la playa comenzaron a acribillar el buque a tiros, se contaron varios muertos y heridos, entre ellos el propio alférez de navío Ramos Izquierdo. El comandante del buque caerá muerto al rechazar a los agresores que estaban ya en el castillo de proa. Ramos se defendió durante 14 horas, rechazando los intentos de parlamento efectuados por el enemigo. Gracias al aviso de Lazaga llegó un buque mercante con el coronel de estado mayor Vicente Barreda; entonces Ramos evacuó 11 cadáveres de moros (de 21 vistos). Otros de la dotación fueron recogidos por el cañonero Lauria (2 oficiales y 50 marineros, de los cuales 13 heridos). El crucero Reina Regente terminó hundiendo a cañonazos al Concha. Las bajas sufridas en la dotación que se componía de 95 hombres, fueron: 16 muertos, 17 heridos y 11 prisioneros; como 8 de ellos se habían ido en el bote con Lazaga, quedaron a bordo 87 que sufrieron 44 bajas, cifra mayor que la mitad de 87; por tanto cumplió con el riguroso reglamento de la Orden de San Fernando.

El planeamiento de 1913¹

En 1913, el general Francisco Gómez Jordana («El viejo»), a la sazón comandante general de Melilla, pretendió desplegar tropas en Axdir valiéndose de un desembarco previo en la bahía de Alhucemas.

Para ello comenzó con una importante «preparación» política que unió a los principales jefes de Axdir (Abd el Krim, El Jatabi, padre e hijo, Chindi,

¹ GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: «La tramoya de nuestra actuación en Marruecos». Madrid, 1976. Pág. 99.

Si Bucar y Budra...) y los predispuso hacia la causa española, comprometiéndose incluso a entregar importantes miembros de su familia como rehenes para seguridad de las operaciones previstas.

La operación proyectada por el Estado Mayor de Gómez-Jordana preveía el desembarco de 9.000 hombres, de los cuales 1.000 serían indígenas, acompañados por cuatro baterías de montaña, con el apoyo, únicamente, de dos cañoneros de la Escuadra y, por supuesto, sin ayuda francesa (en las conferencias posteriores verán la magnitud, mucho más que duplicada del de 1925). Es importante a este respecto reiterar que el desembarco se hacía con el beneplácito y no con la oposición de Abd el Krim.

El ministro de la Guerra de turno se cargó el proyecto de Gómez-Jordana porque el Alto Comisario de España en Marruecos, general Alfau, lo informó negativamente, quizás por celos hacia el brillante comandante general de Melilla, como explica con detalle en su libro el general Gómez-Jordana («El mozo») que juzga la actuación de Alfau como *inoportuna y mezquina*.

El Comandante General de Melilla envió, el 10.06.1913, este telegrama al ministro:

«[...] considerando la trascendencia que habría de tener para el porvenir dicha supresión del golpe decisivo que pensaba dar a la rebelión en el Rif. Estimo decisión de suma gravedad y decisiva para nuestro porvenir, tanto más cuanto que relaciones que perdemos, me consta [...] que han de ser cultivadas con singular interés por los alemanes [recuerden que el Káiser utilizó Marruecos como piedra de toque de la entente cordiale] que hacen campañas tan activas y perjudiciales para nosotros, que nunca lo deploraremos bastante. [La artillería instalada en Alhucemas como contra-desembarco será, por supuesto, de Krupp]».

La cerrazón del ministro de la Guerra, alertado por Alfau, «sostenella y no enmendalla», provocó la contestación recibida por Gómez-Jordana al día siguiente:

«Conozco pujanza rifeños que juzgo ocasional e incapaz de resistir maniobras ni aún arranques violentos, como caballería Taxdirt».

Enseguida vendrá la captación de Abd el Krim por parte alemana.

Un somero y rápido examen histórico de lo acaecido en el protectorado hasta 1925 nos hacen ver con mucha simpatía la actitud del general Gómez-Jordana.

Desde ese año de 1913 hasta el de su fallecimiento en 1918, el general Gómez-Jordana lo intentó de nuevo (en 1916 y en dicho 1918), pero ya no se pudieron alcanzar las óptimas condiciones políticas del 13 y Abd el Krim, alentado quizás por los germanos, se dirigía resuelto a la creación de la república independiente del Rif.

La I Guerra Mundial (1915)

La Gran Guerra llevó a los aliados (1915) a Gallipoli, donde fracasaron estrepitosamente y dictaminaron que las operaciones anfibias en costa hostil defendida eran impracticables.... El entonces primer *lord* del Almirantazgo, Winston Churchill, propuso el plan de campaña que suponía atacar a Turquía, el aliado presuntamente más débil, para conseguir una gran diversión de las fuerzas germánicas ocupadas en el frente occidental. La campaña se inició con el ataque aliado a los Dardanelos de marzo de 1915, enseguida se desembarcó en fuerza en la península de Gallipoli y todo terminó en terrible desastre. Los británicos tuvieron casi un cuarto de millón de bajas (más de 50.000 muertos) entre ellos muchos australianos y neozelandeses, los franceses casi 50.000 bajas, con 5.000 muertos. Para los turcos, la campaña tuvo también un enorme coste: 250.000 bajas, con más de 60.000 muertos. No solo la guerra anfibia destacó en esta campaña, la guerra de minas, en mar tan propicio por su restricción a utilizarlas, fue también decisiva.

El desastre de Anual (1921)

Antes del derrumbamiento de su comandancia (Anual, 1921), el general Silvestre, que como el general Berenguer era firme partidario de un desembarco definitivo en Alhucemas, había llevado a cabo (I/III, 1921) sendas operaciones anfibias en Alfrau y Sidi Dris para alcanzar el corazón del Rif y para ello conjuntó medios terrestres, navales y aéreos. Desde esos puertos, receptores del aprovisionamiento enemigo, se operó hasta Anual e Iriguiben, donde comenzó la hecatombe que condujo a dos meritorias retiradas anfibias en las mismas playas de ambos desembarcos.

A principios de 1921, tras grandes éxitos del recién llegado a Melilla general Silvestre y del general Berenguer, se sometieron las cabilas de Beni Said, Beni Ulixech y gran parte de las de Tensamán y Metalza. El alto comisario, general Berenguer (1919-1922), escribió a Silvestre: «No se puede hacer más y mejor que lo que has hecho, puedes estar satisfecho», y en esa misma carta le pedía informase respecto a un posible desembarco en Alhucemas. En consecuencia Silvestre le envió un estudio de su jefe de Estado Mayor, coronel Morales, que era contrario a hacer nada en Alhucemas antes del otoño de ese 1921.

Este proyecto de desembarco del coronel Morales (luego muerto heroicamente en Anual junto a Fernández Silvestre y su cadáver devuelto por Abd el Krim que tenía gran aprecio hacia él) fue estudiado cuidadosamente por el general Berenguer que lo juzgó incompleto. Por culpa de la mala mar una entrevista entre este último y Silvestre, que iba a celebrarse a bordo del Giralda, dio lugar a una previa de Silvestre (que iba en el

Laya y se puso al abrigo del Peñón de Alhucemas) con los cabecillas de Beni Urriaguel en la que, según Gómez-Jordana, jefe de Estado Mayor por entonces del alto comisario Berenguer,

*«[...] extremó las arrogancias y amenazas, provocando con ello desfavorable reacción, que tuvo fatales consecuencias. Ese mal efecto no pudo ser contrarrestado ya por el general Berenguer, cuando, amainado el temporal, que él resistió impertérrito a bordo, pudo desembarcar en el Peñón de Alhucemas».*²

Jordana continua relatando la mala impresión que recibió Berenguer de su visita a Anual, en cuanto a la mala calidad de las posiciones defensivas, las pobres vías de comunicación e incluso de la situación política existente en Beni Ulixech y Tesamán. A pesar de ello Berenguer publicó una Orden General elogiosa hacia lo realizado por Silvestre, que terminaba diciendo:

«Recibid por tanto acierto la más efusiva felicitación, que espero reiteraros pronto en la bahía de Alhucemas, perseverando en vuestra actuación, que colma las aspiraciones del que se honra siendo vuestro alto comisario y general en jefe, Berenguer».

Como hemos dicho, el Ejército y la Armada que luchaban en África estaban bien compenetrados y tras los desembarcos en Alfrau y Sidi Dris, desde donde se pretendía alcanzar el corazón del Rif cortando, de paso, el aprovisionamiento enemigo por vía marítima, se operó hasta Anual e Iriguiben, donde comenzó la hecatombe que condujo a dos meritorias retiradas anfibias:

- La de Sidi Dris, donde el Laya con sus botes recuperó 23 de los 300 hombres de dicho destacamento, y perdió al alférez de navío Lazaga y cinco marineros. Previamente el buque había desembarcado una sección al mando del alférez de navío Pérez de Guzmán al que se concedió una Medalla Militar.
- Alfrau, donde entre el Princesa de Asturias y el Laya se pudieron reembarcar 130 soldados gracias a disponer los botes de otra forma que en la anterior, sufriendo el Laya la pérdida de otros dos marineros.

Para sostener Melilla, la Marina concentró la escuadra en sus aguas y el 4 de agosto de 1921, su nuevo comandante general, Sanjurjo, a bordo del crucero Cataluña y con otros buques y embarcaciones menores, tras eficazísima preparación artillera, desembarcó 500 hombres en la restinga de la Mar Chica sin sufrir bajas. Allí se estableció una cabeza de playa y en poco tiempo se dominó la línea establecida por el general Marina en 1909.

² GÓMEZ-JORDANA: óp. cit. Págs. 103, 104.

Preliminares del golpe de Primo de Rivera (1923)

En las Cortes comenzaron las acusaciones y las peticiones de responsabilidades políticas y militares, abriéndose el conocido expediente Picasso, por el nombre del general que lo instruyó.

Reanudada por el enemigo en agosto de 1923 la ofensiva en la zona oriental del protectorado, Abd el Krim aisló Tifaruin; para evitar otro Anual, se decidió desembarcar en Alfrau la columna del coronel Pardo (2.300 hombres), ejecutando el fuego naval de apoyo el acorazado España y el cañonero Lauria. La oposición rifeña al progreso de los primeros desembarcados, 400 hombres de un harca amiga, fue muy dura, por lo que el Alfonso XIII se unió a su gemelo, el España, y también el destructor Cadarso; el 23 desembarcó la columna Pardo, avanzando hasta Tifaruin apoyada por los fuegos del Lauria, buque que tras agotar su dotación de municiones se dedicó a evacuar las bajas.

El golpe de Primo de Rivera

Aceptado por el rey y por gran parte de la opinión pública, sectores de la izquierda incluidos, el capitán general de Cataluña, don Miguel Primo de Rivera publicó un manifiesto el día 12 de septiembre de 1923 al que se adhirió todo el Ejército y, finalmente el día 13 próximo siguiente, formó un Gobierno en principio puramente militar. En cuanto al tema que nos ocupa:

*«El general sabía que la opinión pública, y señaladamente el Ejército de África, pedía la ocupación de Alhucemas por el honor de las armas, y por entender que mientras que no se abatiera la influencia de Abd el Krim, era imposible instaurar el régimen de protectorado en la zona a nosotros asignada en los tratados internacionales».*³

La retirada de Xauen (1924)

El directorio comenzó por organizar las reservas (sendas brigadas en Alicante y Almería), creó una oficina de asuntos africanos dentro de la presidencia, lo que agilizó las relaciones entre el alto comisario (por cierto, general Aizpuru, anterior ministro de la Guerra) y comenzó a oponerse a las fuertes ofensivas de Abd el Krim en Tizzi Aza y Azib de Midar, que se fueron extendiendo a todo Yebala.

En los bombardeos navales sobre M'Ter, en cooperación con el Ejército, la Armada sufrió la sensible pérdida del 3.^{er} comandante del crucero Cataluña, capitán de corbeta don Jaime Janer Robinsón, padre del moderno

³ SHM: «Historia de las campañas de Marruecos». Tomo 4, Madrid, 1981. Pág. 2.

«tiro naval» y creador del polígono de Marín que llevaba su nombre, al cual le alcanzó una granada disparada desde tierra.

También organizó el directorio el mando de las Fuerzas Navales de Marruecos (contralmirante Guerra Goyena) con residencia de su comandante general en Tetuán.

Asimismo, nombró comandante general de Melilla al general Sanjurjo y de Ceuta al general Bermúdez de Castro, y Primo de Rivera se desplazó en varias ocasiones a Tetuán para seguir desde allí las duras operaciones sobre Cobba Darsa y Azib el Midar, donde se sufrieron muchas bajas y «[...] habiendo renunciado entonces abiertamente a sus propósitos pacifistas y de pasiva conciliación, decidió una acción militar rápida y enérgica que hiciera posible la ocupación completa del territorio [...]».⁴ Para lo que, por supuesto, y siguiendo un principio estratégico fundamental, buscaba la obligada concentración para poder montar lo de Alhucemas.

Precisamente el 5 de septiembre, estando de nuevo con varios miembros del directorio en Tetuán, «resolvió ejecutar la evacuación de Xahuen y de todos los puestos que convenían para mantener seguras las comunicaciones entre todas y cada una de las ciudades de la zona Occidental, cumplir el compromiso internacional de [...] paso seguro al ferrocarril Tánger-Fez y yugular la península de Yebala...». Espalda segura y el enemigo, línea Estella:

- Río Martín-Tetuán, unidos por ferrocarril.
- Macizo Gorgues, que aseguraba protección Tetuán.
- Mantener comunicaciones de la última con Larache y Tánger.
- Y la mencionada Tánger-Fez.

Escribiré con emoción de la operación correspondiente a la evacuación de la zona suroeste de Tetuán, desembocadura del Lau, pues en ella se perdió el hermano mayor de mi padre, el alférez (teniente, a título póstumo) de caballería don José Blanco Moreno, en carga dada al frente de su sección del tercer escuadrón del grupo de Fuerzas Regulares Indígenas, Ceuta n.º 3. Dicho escuadrón, mandado por el capitán don Adolfo Botín, tras ejecutar diversas cargas, cuando formaba en la vanguardia de la columna del comandante don Guillermo Peña Cusi, reembarcará en Uad Lau (15.11.24) en el vapor Reina Victoria en la operación que describiremos a continuación.

Copiamos de la hoja de servicios del alférez Blanco, para mostrar la dureza de aquella guerra:

«[...] el día 5 de diciembre (1924) salió con objeto de proteger la conducción de un convoy a Sidi Alí Tahad recibiendo orden de ocupar, con su sección, unas lomas [...] lo que efectuó bajo intenso fuego del enemigo, desa-

⁴ SHM. Óp. cit. Pág. 12.

pareciendo (nunca apareció el cadáver) en esta fase del combate el oficial a quien corresponde esta hoja de servicios e ignorándose su paradero».

La retirada anfibia de Uad Lau, aludida más arriba, se ejecutó formando la oportuna cabeza de playa. Las tropas (3.000 hombres) reembarcaron entre el 14 y 15 de noviembre de 1924. Las Fuerzas Navales (contralmirante Guerra Goyena) dispusieron de hidroaviones del Dédalo. El general Primo de Rivera presenció esta operación embarcado en el crucero Cataluña. Las tropas llegaron por escalones a la playa, embarcaron en los botes de los barcos y en dos barcazas remolcadas por sendos *uad*, mientras que cañoneros, guardacostas y el crucero Cataluña mantuvieron a raya al enemigo con fuegos de precisión.

El reembarque del último escalón fue ingenioso; rodearon un rectángulo de la playa con pacas de paja y tras ellas se atrincheraron los soldados apoyados por los barcos. Prendida la paja, se formó densa cortina de humo tras la que, ocultos los botes, embarcó dicho escalón. El último en hacerlo fue el capitán de fragata don Carlos Boado, jefe del Estado Mayor de las fuerzas navales, que ocupará puesto destacado en la función de Alhucemas.

A finales de febrero de 1925, finalizada la retirada de Xauen y con las tropas desplegadas en la línea Estella, comenzaba a prepararse la magna función de Alhucemas.

Retengamos que la fuerte cooperación entre el Ejército y la Armada, la aparición en el teatro de operaciones de las aviaciones de ambos ejércitos y la entrada en juego de Francia convertirán lo de Alhucemas en una operación combinada y conjunta que responderá a las características definitorias de un asalto anfibia actual.

Las bajas totales de esta retirada fueron 2.806 hombres lo cual, lógicamente, provocó grandes críticas al que tomó la decisión de realizarla.

Francia entra en liza. Tratado de Madrid

La retirada de Xauen propició un error estratégico de Abd el Krim que, el 13 de abril de 1925, lanzó un ataque contra las posiciones francesas del río Uarga, provocándoles un «Anual galo»; ello debilitaba su acción contra la línea Estella y lanzaba al Gobierno francés a entenderse francamente con el español.

Tras ese error, nuestro Gobierno aprobaba el plan «Jordana» y la Escuadra recibió orden de concentrarse en Algeciras a partir del 5 de junio. El desembarco se preveía para finales de junio o primeros del siguiente mes pero la llamada francesa a la colaboración alteró los planes.

El día 4 de junio de 1925 mediante intercambio de notas entre el general Gómez-Jordana Souza, miembro del directorio y en ese momento su presidente interino, y el embajador de Francia en Madrid, se acuerda celebrar

una conferencia de dos representantes de cada nación, asistidos por «peritos militares y navales» (delegación francesa: embajador Peretti de la Rocca, ministro plenipotenciario mr. Sorbier de Pognaderesse. Española: Gómez-Jordana, embajador Aguirre de Cárcer. Peritos franceses: mr. Perrier, comandante Coutard y oficiales de Marina srs. Dillard y St. Maurice. Españoles: secretario de embajada Sangroniz, capitán de corbeta Pérez Chao, comandante Seguí, agregado militar en París y teniente coronel de Infantería Múgica), en la capital española «en el plazo más breve posible» que en tiempo récord, algo menos de dos meses, llegó a los acuerdos siguientes:

1. De vigilancia marítima de las costas de Marruecos (22.06.1925).
2. De colaboración para la vigilancia de fronteras terrestres y represión de manejos sospechosos... (08.07.1925).
3. De proposiciones conjuntas que se dirigirán a las cabilas rifeñas y yebalas, a las cuales se concedería un régimen de administración autónoma (11.07. 1925).
4. De protección de Tánger (21.07.1925).
5. De cooperación militar eventual contra las tribus rifeñas y yebalas (25.07.1925).
6. De límites de las dos zonas de influencia (25.07.1925).

El mismo día 25 de julio el marqués de Estella escribe al embajador de Francia y, en virtud del acuerdo n.º 5, le dice:

«[...] el Gobierno de S.M. tiene interés en precisar que no entra en sus planes otra acción de cooperación militar más que un desembarco en la bahía de Alhucemas [...]».

Y continúa con las acciones ofensivas precisas a ambas partes para llevarlo a cabo. El mismo día, el embajador de la República contesta:

«[...] J'ai l'honneur de faire savoir à V.E. que mon Gouvernement est d'accord à ce sujet avec le Gouvernement de S.M.».

Mientras se desarrollaban en Madrid las reuniones (de ahí la interinidad en la presidencia del directorio del general Gómez-Jordana), el día 28 de junio se entrevistaron con gran pompa, para dar visibilidad y enseñar a los cabileños que la cosa iba en serio, en Tetuán, Primo de Rivera y Pétain; expuesto al segundo el plan de desembarco en Alhucemas, los miedos a un nuevo Gallipoli se compensaron con las noticias del derrumbamiento francés del Uarga. Pétain ofreció fuerzas navales y áreas para combinar con las españolas, pasando de los resquemores iniciales a las urgencias para la ejecución y saliendo para Francia a bordo del crucero Strasburgo, en el cual había llegado a Ceuta procedente de Casablanca, a informar a su Gobierno, de ahí también la facilidad para tomar los acuerdos de Madrid.

A la fuerza naval francesa se le asignaron los siguientes cometidos:

- a. Convoyar el segundo escalón de desembarco.
- b. Cooperar en el amago sobre Sidi Dris.

- c. Ayudar a las fuerzas navales españolas en el Naval Gun Fire (NGF), batiendo sectores lejanos para dificultar la llegada de refuerzos enemigos a la zona de desembarco.

A partir de la visita del Mariscal Pétain se colaboró militarmente en las operaciones del Lucus dirigidas por los generales Freydemberg y Riquelme, que tuvieron completo éxito y que demostraron ante los marroquíes la falsedad de Abd el Krim que había afirmado con vehemencia que esa colaboración jamás tendría efecto.

Alcazarseguer (1925) – Uno de los «ensayos»

En la madrugada del 30 de marzo de 1925 una fuerza mixta de la legión y regulares indígenas, bajo el mando del coronel don Francisco Franco, ocupó el puerto de Alcazarseguer, en lo que era un *ensayo* (quizás no en el sentido actual) de la operación anfibia que vendría a continuación.

Del estudio de las operaciones en los Dardanelos y esta de Alcazarseguer: «[...] efectuase la carga y embarque en los transportes ajustándose a [...]»⁵ (y marca seis puntos para el planeamiento de la carga).

Además, fruto de esta exitosa de Alcazarseguer y aprovechando las lecciones aprendidas, las tropas que preparaban lo de Alhucemas hicieron frecuentes ejercicios de adiestramiento a bordo de las K durante el verano de 1925, las de Melilla desembarcando en Yazamen y las de Ceuta en las playas de Menzi y Negrón de Río Martín; eso contribuyó a que «[...] las 26 K, llegado el momento del desembarco, abordarán la playa con gran decisión y habilidad».⁶

Último aviso a Abd El Krim

Gómez-Jordana (hijo) obtuvo permiso para atraerse a Abd el Krim brindándole la paz, a lo cual reaccionó bombardeando, a 201700JUL1925, el peñón de Alhucemas; su comandante militar, el coronel Monasterio, cayó muerto en ese ataque. Al día siguiente, Sanjurjo reconoció la futura zona de operaciones, y comprobó la existencia de diversas fortificaciones; el hidroavión que utilizó amarró cerca del Alfonso XIII, a cuyo comandante ordenó bombardear el campo enemigo. A tal efecto, los días 22 y 23, el acorazado entró en la bahía de Alhucemas, desmontó varias piezas enemigas y sufrió impactos a bordo que incluso hirieron a su comandante. Este aviso alzaba el telón de la función de Alhucemas.

⁵ SHM: Óp. cit. Págs. 42-43.

⁶ Ídem. Pág. 55.

Y último intento del anterior: Cudia Tahar (03.09.1925)

Cinco días antes del histórico día D, con impecable sentido estratégico, Abd el Krim envía hacia Tetuán gran parte de sus efectivos rifeños, para tratar de desorganizar las fuerzas preparadas para el desembarco y en definitiva anular este último.

Prepara un frente de ataque frente a la línea española Ben Karrich-Gorgues, y Primo de Rivera, imperturbable, ordena al general Souza, que se quedó al mando de la circunscripción Ceuta-Tetuán cuando comenzó a embarcar la columna Saro, que resolviese con las escasas fuerzas disponibles la situación. Y, «teniendo orden de no abandonar su puesto», a toda costa lo hizo y con gran éxito y a pesar del masivo ataque de morteros y artillería sobre Cudia-Tahar, con el auxilio llegado desde Tetuán (columnas de los coroneles Fanjul y Porteguer) y con el tabor de Regulares del comandante Romagasa y las dos banderas del Tercio del coronel Balmes, enviados estos últimos en los barcos que estaban ya frente a Alhucemas. El día 13 quedó restaurada completamente la situación, cuando el segundo escalón de tropas (Fernández Pérez) desembarcaba en la cabeza de playa del Morro Nuevo.

II. La acción

Explicaremos el desembarco como si de uno actual se tratase, es decir, con la metodología de la doctrina anfibia en vigor.



El general Primo de Rivera embarcado a bordo del Torpedero 22 pasa revista a las fuerzas que se dirigen a desembarcar.⁷

Planeamiento

Agosto (1925) estuvo consagrado al planeamiento a todos los niveles y a concretar la organización operativa de fuerzas, convoyes y escoltas.

⁷ Cuadro al óleo de José Moreno Carbonero, actualmente depositado en el Museo del Ejército de Toledo, 1927.

Los hitos del planeamiento fueron:

El objetivo de la Fuerza Anfibia Operativa (FAO)

La Orden de operaciones decía:

«El objetivo de la Fuerza de Desembarco se habrá logrado cuando se haya conseguido la dominación de la parte de costa entre Axdir y Morro Nuevo, pasando por Adrar Seddun y Morro Viejo Nuevo para establecer la base de operaciones de un cuerpo de tropas (20.000 hombres) que permita la toma de Axdir (y a la postre la ocupación total de nuestro protectorado)».

Las líneas de acción

La fuerza de desembarco estará compuesta por dos brigadas que actuarán escalonadamente. La del general Saro embarcará en Ceuta, y la del general Fernández Pérez en Melilla. En primer escalón irá la brigada Saro por lo que su organización operativa será distinta a la del segundo escalón.

Cada una de las anteriores brigadas dispondrá de un convoy mercante y su adecuada escolta. Contarán con una agrupación de NGF, y con reconocimiento y fuego aéreo. El convoy de Ceuta llevará a remolque 24 barcasas tipo K y el de Melilla 2, a las que se unirán las de Ceuta una vez desembarcada la columna Saro. Conquistada y fortificada la Zona de Apoyo de Playa (ZAP), se procederá a alcanzar los objetivos marcados por saltos sucesivos.

Se organizarán los servicios de la división de desembarco. Para el detallado planeamiento logístico es imprescindible leer el artículo del por entonces comandante de Infantería de Marina Octavio Alaez Rodríguez (RGM XII-1972) «La lección logística de Alhucemas» del cual, en su momento, destacaremos lo esencial.

Tras reconocimiento aéreo de las posiciones enemigas se procederá a ablandarlas con el NGF, y se llevará a cabo asalto anfibio, con primeras luces día D, en zona próxima a la bahía de Alhucemas que cuente con pocas defensas orientadas hacia las playas, navegando las K, su último tramo, impulsadas por sus motores.

La dirección del esfuerzo de las tropas en tierra se orientará hacia Axdir.

Determinación de la Cabeza de Playa

Los reconocimientos aéreos revelaron la densa fortificación de las playas interiores de la bahía de Alhucemas, trincheras, alambradas, nidos de ametralladoras y artillería en casamatas. Por tanto se seleccionaron las playas de Ixdain y La Cebadilla, a poniente de Morro Nuevo, mal defendidas y desde las que se podía atacar de flanco las posiciones rifeñas.

El desembarco de Alhucemas

Determinación de los Objetivos Iniciales de la Fuerza de Desembarco

El de la Brigada Saro será el Morro Nuevo que deberá alcanzar desde La Cebadilla, donde instalará una ZAP.

El de la Brigada Fernández Pérez, el flanco derecho de la posición anterior a partir de la playa del Quemado o de la Playa Bonita.

Concepto Operaciones en Tierra

La brigada Saro se organizará en tres columnas:

- La de vanguardia (coronel Francisco Franco) que deberá ser *firme por el número, hábil por la experiencia y firme por el encuadramiento*, es decir legionarios e indígenas con mandos selectos.
- La de explotación (coronel Martín), con fuerte potencia ofensiva-defensiva, con tropas indígenas aptas para la maniobra rápida y otras peninsulares que le den solidez por su organización e instrucción.
- La de reserva (coronel Campins).
- La brigada Fernández Pérez se constituirá en dos columnas:
- La del coronel Goded, con mayor potencia de choque (Mehalla, Regulares, Harca, Cazadores de África).
- La del coronel Vera, un batallón de Infantería de Marina y otro a base de compañías de la Legión y Regulares.

Se señalarán líneas de frente transitorias para alcanzar la definitiva de la Cabeza de Playa, las cuales se fortificarán una vez ocupadas.

Plan escalón de mar

- 1.^a ola, 15 K con la columna de vanguardia del coronel Franco.
- 2.^a ola, 9 K con la columna del coronel Martín (esta iría lanzando sus K a medida que las de la primera fuesen dejando huecos en la playa). Una bandera/batallón ocupaba solamente dos K. Las disposiciones logísticas para la primera ola disponían que se desembarcasen inmediatamente las cargas de urgencia que se acumularían sobre la marcha en los depósitos que se indicasen. Caso necesario se desembarcaría el agua y las municiones en un primer viaje, posterior al desembarco, y el resto en el segundo. La última compañía que desembarcase se encargaría de proteger ese material.
- 3.^a ola, 9 K que tomarían de los transportes la reserva mandada por Campins.
- 4.^a ola, 15 K, primera columna brigada Fernández Pérez.
- 5.^a ola, 9 K, segunda columna de dicha brigada.

Fijar el día D y la hora H

Se fijó el día D para el 7 de septiembre y la hora H 0400.

El embarque

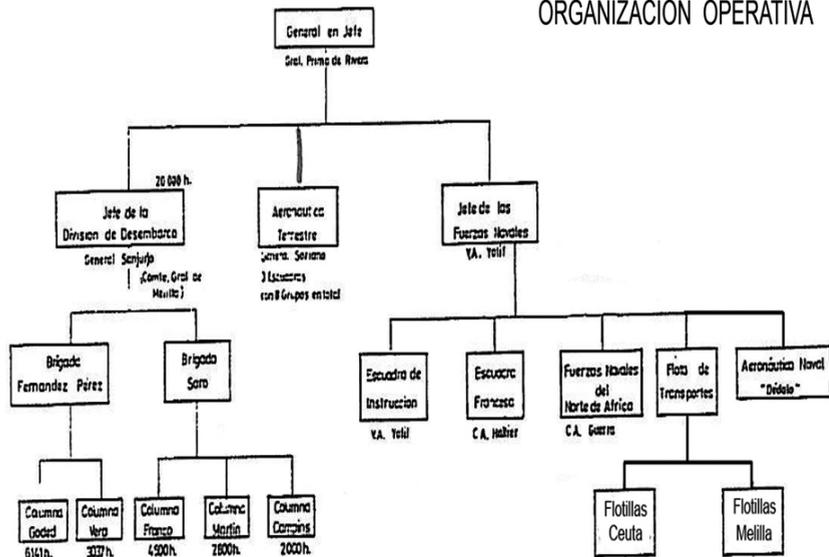
Puesto que no existían transportes de ataque, se recurrió a los mercantes. La brigada Saro (9.300 hombres) embarcaría en Ceuta en 11 de ellos, les acompañarían un aljibe y dos buques hospitales; quedaron organizados en tres flotillas. Las harcas de esta columna deberían embarcar en Río Martín, de donde zarparían por la noche para amanecer frente al Lau. La brigada quedó lista para salir a la mar el día 5 de septiembre. El jefe del convoy era el mencionado capitán de fragata Boado.

La Brigada Fernández Pérez (9.178 hombres) embarcaría en otras tres flotillas similares a las anteriores, siendo jefe del convoy el capitán de fragata Díaz Arias-Salgado. Quedó lista el mismo día 5.

Los aprovisionamientos se repartieron de tal manera que la pérdida de un buque o su alejamiento del convoy por avería, niebla, etc., no privase totalmente a la brigada de cada uno de sus elementos logísticos.

Para la distribución de las tropas, ver el organigrama:

ORGANIZACIÓN OPERATIVA



El ensayo

No hubo ensayo al modo actual, que sirve para comprobar la estructura de mando y control, familiarizar a las fuerzas y corregir sus diversos

planes, horarios, etc. Sin embargo, el 30 de marzo próximo anterior, se había llevado a cabo en Alcazarseguer otra operación anfibia que puede considerarse como el ensayo de Alhucemas, aunque sin franceses. Las K partieron de Ceuta con las tropas a bordo y a remolque de patrulleros tipo *uad* (lo que se ejecutará en Alhucemas). Fueron escoltadas por las fuerzas navales que realizaron el NGF. Lo accidentado del territorio entre la playa de desembarco y los objetivos eran similares a los que se encontrarían en Alhucemas. Además de esta exitosa operación, las tropas hicieron frecuentes ejercicios de adiestramiento a bordo de las K, las de Melilla desembarcando en Yazamen y las de Ceuta en las playas de Menzi y Negrón, de Río Martín.

Movimiento

Durante el movimiento a la Zona Objetivo Anfibio (ZOA), se efectuarán dos simulacros, se darán las órdenes oportunas a los comodoros de ambos convoyes y a los comandantes de sus respectivas escoltas, que incluirán puntos de reunión en caso de dispersión por mal tiempo, derrotas hacia la ZOA, señales de reconocimiento, enlaces con la Armada francesa...

Operaciones de conformación

La ausencia de amenaza naval y aérea facilitará el aislamiento de la ZOA.

Se efectuará reconocimiento aéreo exhaustivo de playas y zona de operaciones en tierra. Aunque el enemigo, como se comprobó después, tenía minas fondeadas, no se planearon operaciones de rastreo, y el azar, o el olfato del capitán de fragata Boado, las evitó.

Operaciones de decepción

Se utilizarán cortinas de humos para ocultar los convoyes. El convoy de Ceuta y su escolta efectuarán un simulacro sobre Uad Lau donde fondearán y permanecerán algunos buques de guerra y cuatro transportes con material de reserva, con las luces encendidas. El de Melilla hará lo mismo, con su escolta francesa (almirante Hallier), en Sidi Dris.

Fuego Naval de Apoyo (NGF)

Se elaboró el plano director de fuegos de la bahía de Alhucemas: los acorazados batirían sectores lejanos para dificultar la llegada de refuerzos enemigos a la ZOA; cruceros y cañoneros batirían los cercanos (30 km alcance máximo, artillería principal; 15 km y 10 km respectivamente).

El breafing

El 31.08.1925 en Algeciras, presidido por el comandante en jefe, general Primo de Rivera, mariscal Petain, general Sanjurjo, almirante Yolif, contralmirantes Hallier y Guerra, respectivos Jefes de Estado Mayor. Fue expuesto todo el Plan de Operaciones que a continuación se firmó y fechó a 01.09-1925. El día D hubo que cambiarlo dos veces y la hora H acabó impuesta por las circunstancias.

Movimiento Buque Costa. 44H a bordo de las K

Las K de Ceuta, remolcadas por los transportes y escoltas, llevaban a bordo cargas de urgencia, armas, primeros y segundos escalones de municionamiento de las unidades que iban a recibir en alta mar. A 060815SEP25 se bombardeó Punta Omara como parte del simulacro previsto, quedando delante del Lau barcos con luces encendidas.

A 061120 las tropas transbordaron a las K, quedaron listas a 061640. Se arrumbó al Morro Nuevo, a 061800 los escoltas tendieron cortina de humos ocultando el convoy ante dicho Morro. A 070700, debido a la cerrazón que había impedido concentrar el convoy, decidió el general en jefe retrasar el día D y la hora H, fijando el día 8 a 0700H y ordenando una demostración en la noche del 7.

A 080200 se cursaron nuevas órdenes y se reagruparon las K dispersadas por la corriente del Estrecho. A 080400 el coronel Franco, jefe de la vanguardia, transbordó a una K. A080822 (nuevo retraso hora H) comenzó NGF. A 081045 los *uad* y los remolcadores acercaron las K a la playa. En estas largas horas se oyó gritar al comandante Muñoz Grandes, de la harca: *¿cuándo vamos al toro?*

Al arrancar hacia la playa, las tropas llevaban hacinadas en las barcasas 44 horas. Las condiciones de este movimiento fueron penosísimas aunque el día 7, debido a la buena mar, habían tomado rancho caliente de los transportes.

Desembarco de la Fuerza de Desembarco (FD)

A 081140 largaron remolques las K, y con sus motores se dirigieron a varar guiadas por el capitán de fragata Boado y el capitán de corbeta Delgado. A 081150 vararon las dos primeras a 50 metros de la orilla.

La idea de desembarcar al W del Morro Nuevo se le atribuyó al capitán de fragata Boado, la playa escogida era Ixdain pero la corriente hizo abatir a las barcasas y Boado las dirigió con precisión a La Cebadilla, en su extremo de poniente, evitando las minas que habían fondeado los rifeños y un nido de ametralladoras situado sobre la misma playa.

La varada, tan lejana a la orilla, fue resuelta por el coronel Franco que ordenó a su cornetín tocar «ataque»; harca y legionarios se lanzaron con el agua al cuello, fusiles y munición en alto. Los carros de acompañamiento se quedaron a bordo.



Los legionarios, con el agua casi al cuello, desembarcan de las K en la playa de Ixdain.

Los desembarcos de las dos primeras olas, a pesar de todo, fueron breves, a 081300 la columna Martín (2.^a ola) estaba en tierra. Sin embargo, la columna Campins no lo hizo hasta entrada la noche debido a la lentitud en las descargas de las barcasas por lo dificultoso del lugar de la varada. Al finalizar el día D, teníamos menos de cien bajas, lo que se consideró un éxito. Pero el problema logístico comenzó a ser angustioso.

Apoyo logístico

Durante el planeamiento, se habían tomado tres decisiones:

- Dado que la sorpresa en tiempo y espacio y la rapidez de ejecución son indispensables, se desembarcará sin ganado.
- Por ello, para el día D se fijarán objetivos muy limitados y próximos a la playa de desembarco.

Estas decisiones provocaron lo que Alaez calificó de «increíble círculo vicioso»:

- Por carecer de ganado y tener que fortificar líneas transitorias, las tropas tenían que cargar con lo que, teóricamente, debían llevar los mulos, más el material de fortificación para dichas líneas.
- Se profundizaría cuando llegasen a tierra los mulos, pues el alargamiento de líneas era insostenible.
- Los mulos desembarcarían cuando hubiese agua para abrevarlos; sin agua no podían desembarcarse.
- Para encontrar agua era necesario avanzar.
- Pero para ello era necesario el ganado.
- Y queda el círculo cerrado pues los mulos no podrían desembarcar hasta que hubiese agua.



Vista aérea de la primera oleada desembarcando en la playa de Ixdain, extremo SW de La Cebadilla.

Ello añadió a los esfuerzos ímprobos de la Armada para llevar con sus aljibes agua a las playas y a los de la tropa cargando todo a brazo, el de perforar pozos que daban agua salobre que rechazaban los mulos.

Hasta el D+5 el único animal desembarcado fue el caballo del coronel Fiscer (Jefe Regulares Tetuán), convaleciente de herida en una pierna. El D+11 desembarcaron los primeros mulos que fueron recibidos con gran alegría.

La crítica noche del D+3

Debido a la lentitud del desembarco del material transportado en las K, hasta el día 11 no comenzó a desembarcar el segundo escalón y ello en las dos únicas K que llevaban a remolque, pues las de Saro seguían trasegando material. Se pusieron en tierra parte de la columna Goded y otras fuerzas de la brigada Fernández Pérez, que alcanzó el promontorio del Morro Nuevo desde la playa de los Frailes, pero sin víveres ni municiones.

Pasada la sorpresa y los tres días necesarios para concentrar sus fuerzas, Abd el Krim desencadenó el temido contraataque, precisamente la noche de este día y en este sector ocupado por heterogéneas tropas puestas al mando de Goded.

Entonces se produjo este momento crítico:

A 112030 comienza la preparación con intenso fuego de artillería y morteros moros. A 120030, el teniente coronel Abriat comunica que la mehallá está sin municiones y repeliendo el ataque con piedras. Se barajan dos alternativas: relevar a la vanguardia o municionarla. Goded decide desmunicionar las fuerzas peninsulares del 2.º escalón, que sienten la terrible sensación de quedar desarmadas ante el enemigo, y enviar lo

recogido a primera línea. Acierta, ya que la mehallá resiste y mantiene la situación. A 120400, tras tres ataques nocturnos, se retira el enemigo. Abd el Krim utilizó todo lo que tenía, lo coordinó y controló con señales luminosas, incluso lanzó a 200 suicidas a inmolarse por la fe. La noche siguiente y en las del 13 y 19 se reprodujeron los ataques pero no con la virulencia de esta noche.

Las segunda «línea sucesiva» se alcanzó el día 23 (Malmusí Alto o Cuernos de Xauen, Malmusí Bajo, Morro Viejo), nuestras columnas tuvieron que conquistar trincheras con campos de tiro y minados, bien planteados, y con nidos de ametralladoras y artillería abrigada en cuevas naturales, invulnerable a la propia y a la aviación. Este día se lució el batallón de Infantería de Marina que estaba en fuego desde el 14.

Al tomar Morro Viejo, tuvimos playas orientadas a ambos vientos reinantes, organizándose en la del Quemado la nueva base. Se pasó de salvar 50 metros de agua, a desniveles de 40 entre orilla y terreno llano, sin ninguna clase de pista y a brazo o en mulos sin bastes o con bastes inapropiados. Enseguida se unieron La Cebadilla y el Quemado con camino cubierto.

La línea alcanzada el 23 no resolvió lo del agua y un fuerte viento de levantazo hizo que la falta de agua fuese «angustiosa» el día 26. El 30 se lanzó el ataque para alcanzar el objetivo final de la FD, la línea Palomas-Adrar Seddun, que por fin nos dio el agua del valle Buyivar. El 1 de octubre se ocupó Adrar Seddun y el monte Amekran, tras 24 horas de descanso a la tropa, agotada del transporte a brazo de 480.000 cartuchos, cubas de agua, artillería de montaña...

Una leyenda decía: «el día que el Amekran sea conquistado los defensores de la fe serán derrotados y los cristianos ocuparán el Beni Urriagel durante treinta años...». España dejó el Protectorado en 1956, D+31 años.

El día 2 se ocupó la línea final y Axdir, el «cuartel general» de Abd el Krim. El 13, con la ocupación del Xixafen, se cierran las operaciones del asalto anfibio de Alhucemas.

III. Lecciones aprendidas

Dicen que cuando el general Eisenhower planeó lo de Normandía, lo primero que pidió fue le informasen sobre Alhucemas; lo que se le podría haber dicho es que en Alhucemas:

- Los medios anfibios fueron inadecuados, lo que provocó un estrangulamiento del aprovisionamiento, que no faltaba pero que no se podía entregar.
- Las playas no pudieron estudiarse bien: gradientes, restingas, corrientes... Los comandantes de marina de playa hicieron de jefes de Grupo Naval de Playa, se montaron pantalanés de fortuna.

- El transporte a brazo, aceptable para los primeros momentos, se prolongó a casi toda la operación. ¿Por qué se desembarcó artillería, a brazo, si el NGF era abundante, potente y preciso? ¿Qué representaban dos baterías de 7 cm y una de 10.5 ante los 16 cañones de 30.5 cm de nuestros acorazados y los del París?
- No se dispuso de artillería de acción de conjunto para la posterior penetración.
- El empleo de K para «táctica y logística», simultáneamente, obligó a demorar el desembarco de la «reserva» (Campins) más de 12 horas.
- El fuego amigo provocó bajas en las harcas, al no distinguir marinos y aviadores la diferencia entre unos u otros moros, faltaron señales de reconocimiento urgente.
- La evacuación sanitaria careció de embarcaciones ad hoc y de un orden preciso en la evacuación de los heridos. Se dispuso hidroambulancia para casos extremos.
- La organización y los planes de embarque rayaron la perfección.
- El NGF estuvo perfectamente diseñado.
- En el movimiento buque-costa la FD iba «desplegada tácticamente en la mar por medios batallones». Hoy en día se llega al nivel pelotón.
- La extraordinaria experiencia adquirida en el planeamiento se difuminó, tras el triunfo, y no se analizó ni se promulgó una doctrina conjunta para el futuro.
- La Marina envió un enorme potabilizador de agua a Alhucemas, cuando lo anfibio había terminado.

Bibliografía

- BORDEJE MORENCOS, Fernando: «Vicisitudes de una Política Naval». Madrid, 1978.
- CEREZO MARTÍNEZ, Ricardo: «Armada Española, Siglo XX». Tomo I. Madrid 1983.
- GAMUNDI INSÚA, Abel, y ÁLVAREZ MALDONADO, Ricardo: «Operaciones Anfibias». Madrid, 1994.
- GODED, Manuel: «Marruecos, las etapas de la pacificación». Madrid, 1932.
- QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo y LLABRÉS BERNAL, Juan: «La Marina en la Guerra de África». Madrid, 1928.

Las operaciones conjuntas y combinadas durante las campañas españolas en Italia (1717-1748)

Germán Segura García
Capitán de Artillería, AGMS

Ponencia 2

Introducción: Utrecht-Rastadt y el nuevo mapa político en el mediterráneo occidental

El ingreso de la Casa de Borbón al trono hispano en los albores del siglo XVIII dio lugar a un conflicto bélico de graves consecuencias territoriales para la monarquía católica. La Guerra de Sucesión española (1701-1714) se combatió en los campos de Italia, Alemania, Flandes y España hasta que el agotamiento de los participantes y el acceso del archiduque Carlos de Austria al solio imperial condujeron a las potencias europeas a sentar las bases de la paz en Utrecht (1713) y Rastadt (1714). El coste para la monarquía española fue inmenso, no solo por las secuelas que dejó la guerra en su territorio y por las concesiones comerciales que se vio obligada a realizar, sino también por la pérdida de todos sus dominios en Italia y Flandes, y el abandono de Menorca y Gibraltar en manos británicas. De esta manera, la Royal Navy ocupaba puntos estratégicos en el Mediterráneo occidental y se interponía entre Felipe V de España, confinado a la Península Ibérica, y el emperador Carlos VI de Austria, sobre quien había recaído el Milanesado, Nápoles, Cerdeña y los presidios de Toscana, mientras Sicilia pasaba al duque de Saboya. Felipe V se negó a aceptar los acuerdos que su abuelo, Luis XIV de Francia, había firmado con el emperador en Rastadt y se planteó, como uno de los objetivos prioritarios de su política exterior, la recuperación de las antiguas posesiones españolas en Italia. Esta política revisionista fue secundada por la reina

consorte Isabel de Farnesio, sobrina del duque de Parma, y por el abate Giulio Alberoni, quien llevaba la rienda de los negocios en la corte. Así, tras reconquistar Mallorca, el último reducto de los austriacos en España, Felipe V dirigió sus miras hacia Italia suscitando la desconfianza del Reino Unido, Holanda y Francia, que suscribieron una Triple Alianza (1717) para mantener el equilibrio de poderes impuesto en Utrecht-Rastadt.

Campañas de Cerdeña y Sicilia: Operaciones conjuntas

A inicios de 1717, la monarquía española aprontaba una armada para asistir a la Santa Sede en la lucha contra los turcos, pero cuyo objeto velado era su empleo en Italia a la menor ocasión. El casus belli esperado fue la detención en Milán del inquisidor general de España por las tropas del emperador. Aunque Felipe V se inclinaba por una expedición a Nápoles, la falta de efectivos aconsejó lanzar una operación anfibia sobre Cerdeña, isla que constituía una excelente cabeza de puente hacia el resto de Italia. Se encargó de organizar la empresa José Patiño, intendente general de la Marina, que trabajó incansablemente hasta conseguir reunir en Barcelona una veintena de navíos de guerra y cerca de un centenar de transportes –muchos de ellos incautados– en los que se embarcaron 8.000 hombres, 600 caballos, 50 cañones de sitio, 12 de campaña y gran cantidad de pertrechos, municiones y víveres para tres meses. Se designó jefe de la flota al marqués de Mari¹, mientras que las tropas expedicionarias se pusieron al mando del marqués de Ledesma².

A finales de junio zarpaba la flota en dos escuadras distanciadas unos días y se entregaron en alta mar las órdenes de tomar rumbo hacia Cerdeña. Una de las escuadras llegó veinte días antes que la otra, efectuándose la conjunción a mediados de agosto en la bahía de Cálter. Esta descoordinación, producto de la meteorología adversa, dio tiempo a las fuerzas imperiales que defendían la plaza –casi todos exiliados españoles– a preparar la defensa. El 22 de agosto, protegidas por varias galeras, las tropas desembarcaron en una playa cercana a Cálter sin mucha oposición por parte de los imperiales. Con la protección de la flota y la continua llegada de suministros desde Barcelona, las operaciones en tierra se desarrollaron con celeridad de forma que en poco más de dos meses la isla de Cerdeña quedó en poder de Felipe V.

La conquista de Cerdeña animó al ya cardenal Alberoni a preparar una nueva expedición contra Sicilia, en posesión del duque de Saboya. En el puerto de Barcelona se fue concentrando una flota al mando de Antonio Gaztañeta compuesta de cinco escuadras con cuarenta navíos de guerra y más de trescientos transportes con los que proyectar cerca de 30.000

¹ Esteban Marí (1680-1742).

² Juan Francisco de Bette (1672-1725).

hombres a las órdenes del marqués de Lede³. Después de hacer escala en Cálter, la expedición partió a finales de junio de 1718 para desembarcar en las proximidades de Palermo. Al igual que Cerdeña, en Sicilia había muchos partidarios de los españoles y el reino fue reducido en pocos días, exceptuando las plazas de Mesina, Milazzo y Siracusa. Sin embargo, la Triple Alianza, sorprendida por el fulminante rearme naval español y la agresiva política exterior llevada a cabo por Alberoni, autorizó a la flota británica en el Mediterráneo a dar caza a la española que bloqueaba Mesina. Sin mediar declaración de guerra, el almirante Byng sorprendió a Gaztañeta en Cabo Passaro (11 de agosto) y dejó fuera de combate a más de la mitad de los navíos españoles. Por esas fechas, Gran Bretaña, Francia, Austria y Saboya formalizaban una Cuádruple Alianza para frenar el expansionismo español y retornar Cerdeña y Sicilia a sus propietarios, si bien dichas islas serían intercambiadas entre el duque de Saboya y el emperador. A finales de 1718, Gran Bretaña declaraba la guerra a España, al igual que Francia a inicios del año siguiente.

Mientras el conflicto bélico iba ganando en amplitud y extendiéndose a otros teatros de operaciones, la fuerza expedicionaria española quedaba acorralada en Sicilia, tan solo socorrida puntualmente por las galeras que rompían el bloqueo de la flota británica⁴. Aún así, las operaciones terrestres continuaron en la isla y el marqués de Lede consiguió derrotar a los imperiales en la batalla de Francavilla aunque no pudo auxiliar la plaza de Mesina. Sin embargo, el fracaso de la expedición española a Escocia y la invasión francesa de Guipúzcoa y el Ampurdán obligó a Felipe V, después del cese de Alberoni, a adherirse a la Cuádruple Alianza y evacuar sus tropas de Italia. La única ventaja que pudo obtener el monarca español de esta guerra fue el reconocimiento del infante don Carlos como heredero del ducado de Parma.

La Guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1720) puso de manifiesto la capacidad de regeneración de las fuerzas militares hispanas, en especial su espectacular rearme naval, aunque realizado con tal urgencia que redundó negativamente en la calidad de los materiales y en la instrucción de las dotaciones. Tras la pérdida de los territorios extrapeninsulares, la monarquía española tuvo que especializarse en la organización de operaciones de desembarco, ya que los objetivos principales de su política exterior estaban en Italia. Las reformas administrativas de Felipe V habían conducido a la creación de la Intendencia General de la Marina (1705) y de la Secretaría de Estado y del Despacho de Marina e Indias (1714), instituciones cuyo objeto era la renovación material y funcional de la Marina española. El papel de José Patiño como intendente general y secretario de despacho fue fundamental en la recuperación del poder naval español y, en especial, en

³ Ver apéndice documental, n.º 1.

⁴ Ver apéndice documental, n.º 2.

la organización de las expediciones en el Mediterráneo occidental⁵. Para el éxito de las mismas fue decisiva la compenetración entre los intendentes, los jefes de la armada y los jefes de las tropas de desembarco, consagrados todos al servicio del monarca y conscientes de sus responsabilidades en este tipo de operaciones tan complejas y extremadamente dependientes de factores meteorológicos. Los desembarcos en Cerdeña y Sicilia se realizaron con un alto grado de perfección, si bien apenas hubo oposición por parte de los defensores. Estas experiencias permitieron a tratadistas como el marqués de Santa Cruz reflexionar sobre las operaciones de desembarco y proponer expedientes que siguen siendo de actualidad, como la utilización de lanchas con compuertas, su transporte sobre navíos nodriza o la señalización por banderolas para coordinar la aproximación de las lanchas a los transportes de tropas⁶. Por último, en los desembarcos y operaciones de bloqueo se revalorizó el papel de las galeras, capaces de proporcionar apoyos de fuego durante más tiempo gracias a su menor calado y mayor maniobrabilidad⁷. No obstante, sin el apoyo de una potente armada de poco servían los esfuerzos realizados por las tropas terrestres en un escenario de carácter insular. Destruída la flota española en Cabo Passaro el fracaso de la expedición era solo cuestión de tiempo y esta fue una experiencia que asimilaron los estrategas españoles de cara a futuras operaciones en este espacio geográfico.

La alianza franco-española y las campañas de Nápoles, Sicilia y Lombardía: Operaciones combinadas

Tras la evacuación de Italia, la política exterior española fue errática durante algunos años, en busca de sucesivas alianzas con Francia, Austria y Gran Bretaña. Hacia 1730, el principal objetivo de Felipe V era la sucesión del infante don Carlos en el ducado de Parma, resistida por Austria. Gracias a las gestiones británicas, el emperador consintió finalmente en la introducción de tropas españolas en Toscana, Parma y Plasencia, que fueron transportadas desde Barcelona a Livorno por una escuadra combinada anglo-española. Pero la disputa por el trono electivo de Polonia conduciría a Felipe V a un acercamiento a Francia y, de nuevo, a la guerra en Italia.

A finales de 1733 se firmó en El Escorial el primer Pacto de Familia entre las monarquías borbónicas de Francia y España, al objeto de combatir al emperador y asegurar los dominios del infante don Carlos en Italia. La diplomacia española consiguió neutralizar a Gran Bretaña en este escenario, aunque la disputa por el control de Mantua impidió llegar a un acuerdo con el duque de Saboya y rey de Cerdeña, aliado de Francia. Una fuerza expedicionaria de 20.000 hombres al mando del duque de Montemar fue embarcada en

⁵ Ver apéndice documental, n.º 3.

⁶ Ver apéndice documental, n.º 4 y 5.

⁷ Ver apéndice documental, n.º 6.

Barcelona rumbo a Livorno, excepto la caballería que marchó por Francia para ser expedida desde Antibes. Mientras el ejército franco sardo operaba en Lombardía, don Carlos se unió a Montemar y dirigió su esfuerzo hacia Nápoles y Sicilia, que cayeron a lo largo de 1734, lo que permitió al infante proclamarse rey de las Dos Sicilias. El ejército español marchó posteriormente a Lombardía, donde los franco sardos habían realizado grandes progresos y casi aniquilado el poder austriaco en el valle del Po⁸. Sin embargo, a finales de 1735 los franceses llegaron a un acuerdo separado con Austria, y el Gobierno español tuvo que aceptar a regañadientes la paz a costa de perder Toscana, Parma y Plasencia, si bien aseguraba para el infante Carlos la posesión de Nápoles y Sicilia. Pero Felipe V tenía otro hijo con derechos hereditarios en Italia –el infante don Felipe– y no muchos años después, al morir el emperador Carlos VI, surgiría una nueva ocasión para reclamarlos.

La Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748) fue el último gran conflicto bélico en Italia hasta la era de Napoleón. Mientras en los campos de batalla transalpinos se decidía la suerte de la guerra, el rey de Cerdeña se alineó en esta ocasión con Austria y Gran Bretaña para enfrentarse a la coalición franco-española, fruto de un segundo Pacto de Familia. Felipe V envió una nueva expedición al mando del duque de Montemar, que debía desembarcar en Orbitello para reunirse a las tropas napolitanas y avanzar sobre Parma con la conivencia del duque de Módena. Las condiciones en que se realizó el envío de esta fuerza, en varios convoyes organizados de forma precipitada, sin un apoyo logístico eficiente y en una época del año en que los temporales dificultaban la navegación (invierno de 1742), supusieron un retraso en el inicio de las operaciones terrestres. Mientras tanto, el infante don Felipe avanzaba a través de Francia hacia el Piamonte con un segundo ejército español. A su paso por Tolón, halló la escuadra española de José Navarro fondeada en tal estado de deterioro que tuvo que permanecer inactiva hasta inicios de 1744. Al aventurarse a romper el bloqueo de la flota británica se desató un duro combate en Cabo Sicié en el que los franceses se mostraron indecisos dado que no se hallaban en guerra con el Reino Unido⁹. Aún así los españoles sufrieron menos daño que los enemigos y consiguieron restablecer transitoriamente las comunicaciones con Italia. Mientras tanto, los británicos habían obligado a los napolitanos a declararse neutrales, de forma que los españoles fueron expulsados de Parma y se mantuvieron inactivos hasta que el conde de Gages, sustituto de Montemar, se vio obligado por la corte a forzar la batalla de Camposanto (1743). Ante la amenaza austriaca, Carlos de Nápoles se unió de nuevo a los españoles y derrotó a las tropas imperiales en Velletri (1744). En el norte, las tropas franco españolas se impusieron al ejército sardo en la batalla de Madonna del Olmo (1744). Este fue el anticipo de la victoriosa campaña de 1745, en la que los dos ejércitos españoles se reu-

⁸ Ver apéndice documental, n.º 7.

⁹ Ver apéndice documental, n.º 8.

nieron a las tropas francesas y genovesas, de foma que Gages conseguía batir a los austriacos en Bassignano y el infante don Felipe entraba en la ciudad de Milán. Sin embargo, a pesar de una nueva victoria en Codogno, el ejército borbónico fue derrotado de forma contundente en Plasencia (junio de 1746) y expulsado del valle del Po¹⁰. A partir de entonces no hubo ya más operaciones de importancia y, tras la paz de Aquisgrán (1748), los austriacos se mantuvieron en el norte de Italia aún a costa de reconocer la soberanía del infante don Felipe sobre Parma, Plasencia y Guastalla.

Estas últimas campañas pusieron de manifiesto la renovada potencia militar de la monarquía española, que fue capaz de organizar y llevar a cabo varias expediciones a Italia aún sin contar con el dominio del Mediterráneo. En este sentido, cuando la neutralidad del Reino Unido no fue posible, la alianza con Francia permitió abrir una vía terrestre para el suministro del ejército del infante Don Felipe, aunque el desembarcado en la Toscana dependiera más de la armada. Desde el punto de vista táctico, el Ejército español y sus aliados se impusieron en numerosas ocasiones a las tropas imperiales, si bien la superioridad local en número de fuerzas determinó la iniciativa de las operaciones. El principal problema de la coalición franco-española fue la inexistencia de un mando único capaz de llevar a cabo una estrategia conjunta¹¹. Los dos primeros Pactos de Familia resultaron ser un acuerdo de alta política para aunar esfuerzos contra Austria, aunque la diplomacia del momento jugara a distintas bandas y no se considerara inmoral concluir acuerdos separados. Esta ambigüedad política se trasladaba al campo de batalla, donde los generales habían de seguir puntualmente los dictados de la corte, presentar batalla o retirarse, sin tener en cuenta ni el terreno ni el estado de las fuerzas presentes ni el parecer de su aliado. Durante la Guerra de Sucesión austriaca estas circunstancias fueron aún más determinantes, dada la amplitud de las alianzas y los intereses muchas veces encontrados de las partes: Francia-España-Napolés-Génova-Módena contra Austria-Piamonte-Gran Bretaña. La paz en Italia dependió a la postre del reajuste global de fuerzas en el continente y del esfuerzo diplomático por satisfacer a todas las partes en liza. Uno de los grandes triunfadores de estas guerras fue el duque de Saboya, rey de Piamonte y Cerdeña, que adquirió nuevos territorios en el norte de Italia y salió fortalecido política y militarmente. Instalado su trono en Turín, y tras la época napoleónica, el duque de Saboya sería uno de los motores principales de la unificación italiana y se convertiría en el primer rey de Italia (1861).

Para España, en cambio, las campañas italianas del siglo XVIII pusieron en evidencia que el Ejército español estaba sirviendo a los intereses de la dinastía borbónica más que a los de la nación –una de las características de los ejércitos profesionales de la época– poniendo en manos de sus

¹⁰ Ver apéndice documental, n.º 9.

¹¹ Ver apéndice documental, n.º 10.

monarcas unos territorios que antaño habían formado parte esencial de la monarquía hispánica y que fueron cedidos a los hijos segundones de Felipe V para crear nuevos Estados independientes y de difícil vinculación a España en un futuro próximo.

PRINCIPALES OPERACIONES DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LAS CAMPAÑAS DE ITALIA (1717-1748)

BATALLAS

Guerra	Batalla	Fecha	Contendientes	Bajas	Victoria
Cuádruple alianza (1718-1720)	Milazzo	15 de octubre de 1718	Lede: 9.000 españoles Caraffa: 6.000 imperiales	1.700/1.800	España
	Francavilla	20 de junio de 1719	Lede: 29.000 españoles Mercy: 21.000 imperiales	2.000/3.000	España
Sucesión polaca (1733-1738)	Bitolio	25 de mayo de 1734	Montemar: 16.000 españoles Belmonte: 6.200 imperiales	800/1.000	España
	Bari	26 de mayo de 1734	Montemar: 15.000 españoles Belmonte: 4.000 imperiales	0/4.000	España
Sucesión austríaca (1740-1748)	Composanto	8 de febrero de 1743	Gages: 13.000 españoles Traun: 11.000 imperiales	4.000/2.000	España
	Vallérí	11 de agosto de 1744	Gages: 24.000 españoles y napolitanos Lobkovich: 16.000 austríacos	3.500/1.500	España
	Madonna del Olmo	30 de septiembre de 1744	Conti: 26.000 españoles y franceses Carlos-Emmanuel III: 25.000 austro-sardos	4.000/4.500	Franco-española
	Bassignano	27 de septiembre de 1745	Gages: 50.000 españoles y franceses Carlos-Emmanuel III: 30.000 austro-sardos	1.000/2.500	Franco-española
Plasencia	16 de junio de 1746	Wenzel: 110.000 imperiales Gages: 100.000 españoles y franceses	3.500/13.000	Imperial	

SITIOS

Guerra	Plaza	Fechas	Ejército defensor	Ejército sitiador	Resultado	Victoria
Cuádruple alianza (1718-1720)	Cagliari	Sep. - Oct. 1717	Imperial	Español	Capitulación de la plaza	España
	Milazzo	Oct. 1718 - Jun. 1719	Imperial	Español	Asedio abandonado	Imperial
Sucesión polaca (1733-1738)	Mesina	Jul. - Sept. 1719	Español (desde Oct. 1718)	Imperial	Capitulación de la plaza	Español
	Gaeta	Abr. - Ago. 1734	Imperial	Español	Capitulación de la plaza	Español
	Mesina	Oct. 1734 - Feb. 1735	Imperial	Español	Capitulación de la plaza	España
	Siracusa	Abr. - Jun. 1735	Imperial	Español	Capitulación de la plaza	España
Sucesión austríaca (1740-1748)	Cuneo	Ago. - Oct. 1744	Imperial	Español	Asedio abandonado	Imperial
	Tortona	Ago. - Sep. 1745	Imperial	Español	Capitulación de la plaza	Español
	Alessandria	Oct. 1745 - Mar. 1746	Imperial	Español	Ciudadela resistió	Imperial

Tablas confeccionadas por G. Segura a partir, entre otros, de D.G. Chandler, *The Art of Warfare in the Age of Marlborough*, Kent, Spellmount, 1990.

Notas:

Se han tenido en cuenta las batallas campales en las que participaron en total más de 10.000 hombres. En las bajas se incluyen los muertos, heridos y prisioneros.

Se han seleccionado algunos de los ataques y defensas de plazas más relevantes, intentando cubrir todas las campañas.

Por último, señalar que el número de efectivos así como el de bajas son cifras estimadas y, aunque han sido generalmente aceptadas, están sujetas al estudio de cada caso en particular.

Apéndice documental

Doc. 1. Embarco en Barcelona de la expedición a Sicilia en 1718

CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones históricas*, vol. IV. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo. Madrid, 2002. págs. 636-637.

«Empezaron a salir las tropas de sus cuarteles en 20 de abril y en primero de mayo se empezó el embarco en Barcelona de todo género de pertrechos y víveres. El armamento consistía en 30 navíos de guerra de 74 a 20 cañones, divididos en cinco escuadras. Tenían sobre sí 5.390 hombres y 987 cañones. A más de esto, siete galeras mandadas por el general Grimau y siete balandras; los bastimentos de transporte divididos en 11 escuadras a 40 bastimentos por escuadra, y el todo 480. Sobre este armamento iban embarcados 80 cañones de batir y de campaña, 40 morteros, 1.500 acémilas para el transporte y 15.000 fajinas. Embarcáronse 36 batallones completos, 6 regimientos de caballería, 4 de dragones, 500 artilleros, 60 minadores, 50 ingenieros, 150 maestros de diferentes artes. El número de la gente que embarcó fue considerado exceder de 30.000 hombres; víveres para toda la gente por cuatro meses. Quieren muchos que se embarcó en dinero constante la suma de 5.500.000 de pesos, una copiosísima de bombas, granadas, balas, pólvora y instrumentos de remover tierra. Todo era con abundancia y prevención. Aseguró quien intervino que los medicamentos y géneros que incluía la botica general excedía del valor de 12.000 doblones. Embarcáronse diferentes arcas de piernas y brazos de palo, 4.000 ropas de cámara para enfermos y, en fin, una copiosa prevención de cuanto pueda idear la más sabia conducta en lo militar para el alivio de heridos y enfermos. No se permitió embarcar mujeres sino las precisas para la limpieza de cada regimiento. Se prohibió con pena rigurosa a los oficiales el embarcar sus mujeres ni otras sin permiso especial. Y para facilitar un pronto y cómodo embarco se construyó un ancho y largo puente que entrando desde tierra a proporcionada distancia dentro del mar facilitaba el tránsito a las tropas, desfilando por regimientos como en plena marcha, y así tomaban las embarcaciones sin embarazo ni turbación, siguiendo a cada regimiento sus equipajes precisos. Todo este número de gente se empezó a embarcar en el puerto de Barcelona al amanecer del día 15 de junio y el 17 se hizo a la vela el armamento, a la orden del almirante don Antonio Castañeta y del marqués de Ledesma, nombrado generalísimo de esta expedición».

Doc. 2. Las tropas expedicionarias bloqueadas en Sicilia

ALÓS, Antonio de: *Instrucción militar*. Manuel Texero. Barcelona, 1800, págs. 52-59.

«La pérdida entera de nuestra Armada Naval, que podía infundiros flojedad, hizo en los ánimos efecto muy contrario. La falta de pagas, pues en veintitrés meses que duró aquella guerra, los diecinueve estuvimos sin ellas, nunca nos desalentó; ni menos el considerar que teníamos cortada la comunicación con España por los navíos ingleses; y que el duque de Orleáns, regente de Francia en la menor edad de su sobrino Luis XV, movió guerra a España e hizo entrar en ella dos Ejércitos; con cuya novedad no pudieron enviarnos refuerzos; pues tuvo que oponerse con numeroso Ejército a los franceses que habían entrado en Cataluña por la parte de Rosas y en Vizcaya por San Sebastián y Fuenterrabía, quedamos sin esperanzas de poder rehacernos. El conjunto de estas circunstancias, y el haber llamado el rey los tenientes generales duque de Montemar y marqués de Verboom; cuya asistencia era de mucha utilidad en nuestro Ejército, al parecer había de disminuir el ánimo de nuestra tropa: pero permaneció siempre con el mismo espíritu belicoso sin que hiciese en su ardor la menor impresión tanto trágico suceso. [...] A la pérdida de Mesina, [...] no sucedió otra cosa particular hasta la memorable acción de Palermo. [...] [Después de algunos escarceos] nuestra Tropa esperaba impaciente la batalla, pero no la hubo porque se mandó por la Corte que entregásemos la capital a los alemanes. Lo ejecutamos, y marchamos a Términi cuatro leguas distante, donde descansamos, quedando para nosotros una tercera parte del Reino. [...] Nos mantuvimos en nuestros cuarteles hasta que en tres embarcos escoltados por los ingleses nos volvimos a España. Esta es la Guerra de Sicilia, que por menor os refiero; en cuyos sucesos me hallé desde el desembarco hasta el reembarco para España, que fue en Julio del año 1720. Como nuestra caballería al tiempo de volvernos aún era numerosa, mandó el rey que solo embarcasen cuatro caballos por compañía, vendiendo los demás o abandonándolos en la isla; lo que en el día es ventaja para las remontas de la caballería del rey de Nápoles».

Doc. 3. Patiño: el hombre de la logística en las operaciones anfibias

NAVIA, Álvaro (marqués de Santa Cruz de Marcenado): *Reflexiones militares*. Instituto de Estudios Asturianos (del CSIC). Oviedo, 1984, libro IX, cap. XIII, p. 254.

«Quien hubiere observado la conducta del señor don José Patiño en el desembarco de los pertrechos para el último sitio de Barcelona, y en los embarcos para Levante, Mallorca, Cerdeña y Sicilia, puede haber aprendido de la práctica aquel ministro infinitamente más que de mis avisos en esta profesión ajena; pero también sería mucho pretender imitar su comprensión ni su resistencia en la fatiga: vile meses enteros en Cádiz no comer ni cenar sino en la chalupa de ida y vuelta a Puntales y Cañue-

los, por no malograr en tierra aún aquellos pocos instantes necesarios para su alimento; estaba todo el día a las inclemencias del tiempo dando prisa a los aprestos de las naves: partía al amanecer y se retiraba a su casa de noche, no a descansar a proporción del sufrido trabajo, sino a dar para otro día las oportunas providencias, en cuya aplicación se mantenía por lo menos hasta media noche, y muchas veces hasta cerca del día, que reposaba dos horas sobre una silla. Vile en Barcelona, también durante seis meses, en las playas de Besós y Llobregat aguantando el sol de julio y agosto desde la mañana hasta la noche, y comiendo allí mismo un bocado de fiambre para que no hubiese tardanza ni confusión en el desembarco de nuestros pertrechos y en otras importantes ejecuciones de la marina para la toma de aquella plaza; y últimamente le vi en el muelle de ella, continuo mañana y tarde, a dar sus disposiciones para el embarco de Sicilia, tratando a un mismo tiempo con cincuenta personas de diversos oficios y encargos, sin que en un solo punto le turbase la diferencia ni la multitud de los negocios, por lo que desde el principio los desmenuzó en su idea y los compartió a varios subalternos que atendían a la ejecución y le suministraban claras las noticias; y con todo esto nada sobraba de tanto hombre: mira ahora si para la superintendencia de un embarco bastará cualquier intendente».

Doc. 4. Los desembarcos según el marqués de Santa Cruz

NAVIA, Álvaro (marqués de Santa Cruz de Marcenado): *Reflexiones militares*. Instituto de Estudios Asturianos (del CSIC). Oviedo, 1984, libro ix, cap. XIII, págs. 256-261.

«Los Generalísimos de ejército y armada conferencian a menudo con el superintendente general para prestar la mano de común acuerdo a la ejecución de las providencias oportunas y respectivas a sus empleos. [...]

Como el echar de una vez poca gente en la playa enemiga tiene el peligro de que mediana tropa de los contrarios la derrote primero que las chalupas de los segundos navíos hagan el segundo desembarco, se llevan siempre lanchas supernumerarias, chatas de fondo, lo que baste para poder arrimarse bien a tierra, pero no tanto que sean inútiles a la navegación con cualquier soplo de viento que agite un poco el mar. A la parte de proa tienen su mantelete, por cuyas troneras salen las bocas de los pedreros; y aún pudiera construirse el mantelete de forma que, dejándole caer a su tiempo, sirviese de puente para el desembarco. Cuando el transporte es largo, o la estación aventurada a borrascas, dichas lanchas se llevan dentro de los navíos. Muchos las quieren, a este fin, separadas en dos mitades fáciles de unir; pero yo más presto me contentaría de que fuesen menores para cargarlas enteras sobre las naves más gruesas, las cuales, para dejarles hueco, pueden llevar a remolque sus esquifes. [...]

A fin de que las chalupas de desembarco sepan dónde se hallan las naves de su destinación, cada una de estas pondrá sus banderolas de reconocimiento en el lugar del gallardete y flámula de los árboles mayor y trinquete. De dichas banderas, una significará la división y otra el navío, cuya diferencia se forma por la diversidad de colores; y aunque parece que no habrá tantos como navíos, se remedia con la mezcla de unos con otros; de cuyo modelo la combinación va muy lejos. Supónese que antes de salir del puerto los jefes de escuadra, y aún los comandantes de sus divisiones y los cabos de lanchas, tengan por escrito los colores de las banderolas de todos los navíos. [...]

Cuando ya las chalupas del primer viaje tengan su gente, se les hará señal de formar en los blancos de entre los navíos de guerra o detrás de ellos, y en el interín estos batirán la playa, un tiro sobre otro, porque a cargas cerradas tendría muchos intervalos el fuego. Cada navío se pondrá para sus tiros una porción del terreno que le viene paralelo al costado, para que sea más bien repartida la ofensa encima de las costa. [...]

Los comandantes de las chalupas no se corten el viaje unos a otros por el ansia de ser los primeros a desembarcar; pues a más de los tropiezos que de aquí resultarían, es inconveniente que las tropas lleguen desunidas; y dichos comandantes de chalupas conservarán con las de sus costados tal distancia, que baste para que las tropas, lejos de confundirse al saltar a tierra, tengan espacio suficiente para formar.

Cada navío dejará de batir luego que le pasen por delante las chalupas de desembarco.

Los enemigos, que hasta allí se mantuvieron fuera del alcance del cañón, será natural vengán entonces de gran paso hacia la orilla del mar para poder mezclarse con los tuyos primero que formen; en tal caso hagan alto a un tiro de fusil de tierra tus chalupas, y jueguen sus pedreros o cañonzuelos de proa con bala rasa, al mismo tiempo que prosiguen su fuego las fragatas, galeras y bergantines o galeotas de las extremidades o cuernos de la armada, con lo cual no hay duda se retirarán de nuevo los contrarios; y continuando tus chalupas el viaje, ejecutarán su desembarco».

Doc. 5. Los desembarcos según el marqués de la Mina

GUZMÁN-DÁVALOS, Jaime Miguel de (marqués de la Mina): *Máximas para la guerra*. Ed. Manuel-Reyes García Hurtado. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006, capítulo III, págs. 234-236.

«Es muy difícil a las tropas de tierra embarazar los desembarcos, porque siempre se ejecutan en las playas descubiertas que barre el cañón de los navíos, se llenan de granaderos escogidos, muchos botes y embarcaciones menores, que distribuidos con extensión llegan formados a

las orillas, y al mismo tiempo de tomar tierra la tropa se halla en línea, llevan los caballos de frisa que se plantan sin detención, y desde luego se pone el terreno en defensa. Precedida esta primera maniobra vuelven los botes por segunda, tercera remesa y cuantas son necesarias para el desembarco de toda la infantería, y a proporción que el número crece se gana terreno para darse lugar, pero sea siempre con el cuidado de hacer martillo para los costados para cubrir los flancos, de modo que forme la infantería con la mar un cuadrilongo o rectángulo para precaver un ataque entonces o en la noche o al amanecer, pues pudiera con la oscuridad acercarse el enemigo sin riesgo del cañón de los bordos, y si consiguiera mezclarse dejaría inútil su fuego. Antes de haber desembarcado toda la infantería no se ha de pensar en la caballería, el cañón, equipaje y el resto de la máquina, todo lo cual tomará tierra a la retaguardia de la infantería, en el cuadro que se ha supuesto formar con la mar. Deberá ejecutarse todo el desembarco al amanecer, porque es la hora regularmente de estar las aguas más quietas, y por tener todo el día para la operación.

Las tropas de granaderos y piquetes que se destinen las primeras irán a la ligera sin más que sus armas, municiones y pan, y han de ser cuantas más se pueda, según los botes, lanchas, falucas, etc., que den de sí los bajeles mayores. No suelen tener las playas abiertas el fondo necesario para arrimarse mucho los navíos de guerra, por lo cual no son los mejores para este caso, aunque el mayor calibre de su cañón dé alcance a su fuego de lejos. Las galeras, jabeques y fragatas son más a propósito porque se acercan sin riesgo y abrigan el desembarco. Aunque es natural que sea superior el que desembarca al que le recibe puede alguna vez convenir, según el terreno y las circunstancias, que lleven las primeras tropas instrumentos de gastadores para fortificar un puesto y cañón de montaña o petardo para forzarle.

Saldrán a tierra con las primeras tropas oficiales de grado que las manden y del Estado Mayor que las formen, y convendrá que cada capitán sepa los piquetes que debe tener a sus costados para facilitar que los busque sin confusión ni voces. Luego que haya cierto número de gente en tierra me parece que se adelanten mangas a formar una especie de avanzados o primera línea que descubran apostándolas en las alturas, en las peñas, las casas, vallados o parajes más ventajosos, que a este fin ofrezca el país. Pero esto pide mucha cautela y reconocimientos prolijos y anticipar sargentos y cabos advertidos para precaver alguna emboscada en terreno extraño, y si hay cerca arboleda o quebrada es preciso reconocerla primero y aseguarse».

Doc. 6. Utilidad de la galeras en las operaciones navales

NAVIA, Álvaro (marqués de Santa Cruz de Marcenado): *Reflexiones militares*. Instituto de Estudios Asturianos (del CSIC). Oviedo, 1984, libro ix, cap. x, págs. 243-244.

«[Las galeras] siempre son útiles para guardar contra los corsarios las costas y para socorros que al favor de noches de calma entran por medio de las naves enemigas con los transportes que necesitan las plazas y costas marítimas, como se vio en la última guerra de Sicilia, sobre cuyas costas había siempre veinte gruesos navíos de guerra ingleses que nunca pudieron embarazar a nuestros jefes de escuadra Grimau y Montemayor los continuos viajes en que de Italia, de España y de un puerto a otro de Sicilia llevaban dinero, y más géneros, al ejército español mandado por el señor marqués de Ledesma, no solo en las bonanzas del verano, sino en lo fuerte del invierno. [...]

Aún cuando hubieses de mantener una armada gruesa en naves, sirven las galeras para retirar del combate, durante la calma, los navíos maltratados, y remolcar otros a la carga o al alcance. Favorecen los desembarcos, pudiendo acercarse a tierra más que los navíos a flanquear a los enemigos. En las defensas de plazas son como tantas baterías movibles y rasantes para enfilarse a las de los sitiadores: llevan los transportes de uno a otro puerto vecino con más facilidad que las naves, porque estas, con el temor de las corrientes, o del viento de afuera, es preciso que se engolfen, y si después las coge la calma, están semanas cumplidas en el viaje que hacen las galeras en cuatro horas. Otra ventaja de las galeras es que en un alcance durante la calma se adelantan a batir con sus cañones de crujía la popa de los bajeles de la retaguardia enemiga; y viéndose ellos en precisión de volver a menudo el costado para alejarlas con sus descargas, este continuo movimiento y mutación de velas les atrasa el viaje y da lugar a que tu vanguardia los alcance y los tome, o empeñe al grueso de la armada contraria a volver a sostenerlos».

Doc. 7. De Nápoles a Lombardía (1735)

ALÓS, Antonio de: *Instrucción militar*. Manuel Texero. Barcelona, 1800, págs. 75-78.

«El ministerio español, viendo [al] emperador disgustado de que le hubiésemos conquistado el reino de las dos Sicilias, y que el nuevo rey no solo se mantenía pacífico en su nueva adquisición, si que también en la de los ducados de Parma y Plasencia, y que conservaba el título de Gran Príncipe de Toscana, intentó reincorporarse los feudos de Parma y Plasencia, y quiso ocurrir a la invasión; a cuyo efecto pasó nuestro Ejército de Nápoles a Lombardía a unirse con el de los Franceses y Saboyardos. La primera operación nuestra fue rendir la Mirandula, y luego se juntaron en consejo de Guerra los tres generales español, francés y saboyardo. Resolvieron el ataque de la gran Plaza de Mantua, tomando a su cargo cada cual una calzada para bloquearla con Destacamento de los tres Ejércitos, y el nuestro ocupó a los largo del Po.

En esta operación cortó el ardor militar de los tres Ejércitos, e hizo repentinamente suspender el bloqueo un golpe de pluma dado en el bufete del cardenal Fleury Ministro de Francia; quien sin noticia de nuestra corte, hizo un tratado con la de Viena, en que esta se allanó a entregar a los Franceses la Lorena, que era el afán de ellos más de siglo y medio, y en trueque se entregaría a los austriacos los ducados de Toscana, Parma y Plasencia, sin embargo de estar en pacífica posesión de estos feudos Carlos V rey de Nápoles, duque de Parma y Plasencia, etc. Gran Príncipe de Toscana. Al duque de Lorena en compensación se le daría por juro de heredad la Toscana, y a Carlos V, que en este tratado se le despojaba de tan considerable porción de su patrimonio, convenía la corte de Viena en reconocerle rey de las Dos Sicilias, hacerle a este efecto cesión solemne de dicho reino.

Llegada esta novedad al duque de Noailles, dio lugar a los alemanes para pasar las orillas del Po, donde inopinadamente los vimos, pues se manejó sin dar el menor aviso a nuestro general duque de Montemar.

Los españoles solos no teníamos fuerzas bastantes para oponernos al ejército alemán, y nos fue preciso marchar con alguna precipitación, y pasar los Apeninos por Bolonia. Entramos sin pérdida en Toscana, y como los alemanes nos seguían, al hallarnos en las inmediaciones de Florencia, nos formamos para recibirles en batalla.

Cortó nuestra intrepidez, y la de los alemanes el duque de Noailles, precisando a estos a detenerse en la frontera de Toscana, esperando que nosotros evacuásemos aquel estado en fuerza de la paz particular entre París y Viena, en que no había tomado parte el rey de España, ni el de Nápoles, que eran los más interesados en el asunto.

Nuestra corte sintió mucho lo practicado por la de París; pero allanó por razones de alta política, y por la mediación de la de Londres.

Se nos dio orden de retirarnos a España, lo que practicamos, marchando la caballería por la ribera de Génova, y Francia; y la infantería por mar, con lo que se concluyó aquella guerra, en que fui hecho coronel».

Doc. 8. Relación del combate de Cabo Sicié según carta de Juan Josef Navarro.

VARGAS, José de: *Vida de don Juan Josef Navarro, primer marqués de la Victoria*. Imprenta real. Madrid, 1808, págs. 445 y ss.

«Los preparativos de los franceses, la prisa que ellos daban para salir, la seguridad con que se figuraban vencer a los ingleses, los puentes de abordajes con que querían atacarlos, era una jactancia insufrible. Nosotros callábamos, y nos preparábamos, como lo hicimos lo más prontamente que pudimos, en veinte y cinco días, desarmando las quatro

fragatas en Tolón porque la tropa y marinería que debía llegar de Cataluña nunca se logró. Y así en un discurso que mr. de Court hizo a todos los oficiales generales y comandantes de navíos, después de amaestrarlos en el proyectado abordaje, yo no le respondí más palabra en su idioma, que fue: qu'on nous mene bien et nous faisons notre devoir.

El día 19 de febrero nos hicimos ya tarde a la vela, y quedaron muchos navíos dados fondo, y otros volvieron a fondear, y el 20 salimos sin que los ingleses lo hicieran, aunque a la vela dentro de las islas.

El 21 mudó de parecer mr. de Court de atacar en la mar a los enemigos y quiso que mi escuadra entrase a atacarlos por el pequeño paso donde no podía entrar más que un navío después de otro: esta mudanza no habiéndola yo aprobado, me hizo escribirle los grandes inconvenientes a que nos exponía, sin podernos socorrer mutuamente: fueron tan buenas mis razones que, aunque no varió de parecer, no lo pudo poner en práctica, porque los enemigos salieron de las islas teniendo el viento favorable, y estando nosotros a sotavento de él. La macha mar y el poco viento embarazó que yo hiciese la vanguardia, y quedé haciendo la retaguardia hasta la mañana del 22. Lo fixo es que si entramos en las referidas islas y paso, no queda memoria de nosotros.

Para entender bien la mala maniobra de este día 22, es preciso saber que mr. de Court y yo habíamos convenido muchas veces en que nunca atacaríamos a los ingleses estando nosotros a sotavento, y que esperaríamos quatro a cinco días, si era preciso, para atacarlos con esta ventaja. No obstante mr. de Court formó con nosotros su línea, a tiempo que los ingleses, formando la suya, se venían con el viento favorable sobre nosotros. La vanguardia inglesa compuesta de gruesos y buenos navíos la mandaba Martin Rowley, el centro compuesto de los mayores de tres puentes los mandaba Mathews, y la retaguardia Lestok, y todos componían treinta y dos navíos de guerra [...].

La armada combinada, la vanguardia la mandaba mr. de Gavaret, el centro mr. de Court y la retaguardia yo.

Mr. de Court mandó que su vanguardia hiciese fuerza de vela a tiempo que la vanguardia inglesa se acercó a nosotros, y separó al primer navío de los nuestros que era el oriente; y el centro enemigo compuesto de tres navíos de tres puentes y dos de setenta se echó sobre mi navío el Real (los navíos franceses prosiguieron su fuerza de vela) yo les dexé acercar quanto ellos quisieron sin tirarles un tiro, y entonces al de menos de la mitad de un tiro de fusil Mathews habiendo orzado con sus cinco navíos, empezó por tres tiros el combate, y no había acabado el tercero quando las quatro andanadas de mi navío quasi todas se emplearon contra el de Mathews llamado el Namur, que luego que recibió la descarga orzó, y no volvió más a presentarme el costado, sino que me atacaba por la mura. Los quatro navíos hicieron un fuego qual ja-

más se ha visto igual, el Real parecía un volcán, y así duró quatro horas un obstinado combate, en cuyo tiempo recibí una herida de metralla en la pierna derecha, la que no me estropeó por las botas dobles que tenía puestas, y de allí a una hora me hirieron en la oreja izquierda, que creí me la habían quitado, y fue preciso irme a curar [...].

Mi retaguardia se venía aproximando y conteniendo la de los enemigos. Ya eran cerca de las cinco de la tarde quando el navío de Mathews, habiendo hecho señal a un brulote, él mismo lo conduxo sosteniendo el fuego de los más horrorosos que se han visto en la mar; y Dios que favorecía nuestra constancia, al estar a tiro de pistola del navío el brulote, al tiempo de pegarse fuego de un cañonazo lo echamos a pique, y todos gritaron viva la virgen y el rey, y empezó a avivar el fuego por nosotros, lo que visto por Mathews quiso venir a tomarme la proa al tiempo que le presentó el costado el Hércules, con que se dieron buenas descargas, obligándole a orzar y poner bandera blanca en lugar de la roxa de combate que tenía.

Ya se iban retirando quando, entrando de la retaguardia el S. Fernando y Brillante de refuerzo, se renovó el combate contra siete navíos ingleses, pero un poco lejos; y de allí a media hora, que eran las seis y media, los ingleses nos dexaron el campo de batalla por nuestro, y se retiraron.

Los franceses en todo este tiempo vieron los toros desde el balcón: dicen que mr. de Court hizo señal de virar a su vanguardia, y que no fue visto; se supo que habiendo virado mr. Gavaret le mandó no lo executase sobre los enemigos, sino que arribase sobre él; que mr. de Court viró con tres o quatro navíos hacia los ingleses que hacían la vanguardia; pero estando cerca de ellos ni unos ni otros hicieron fuego.

Todas estas circunstancias manifestaron en esta ocasión la poca gana que tenían de cumplir su proyecto de atacar a los ingleses con espada en mano. Lo fixo es que si mr. de Court ataca, después de hacer virar de bordo a un tiempo a sus dos esquadras, los ingleses quedan perdidos.

La fortuna de mi navío consistió en que, por grande esfuerzo que hicieron los ingleses para desarbolarle, nunca lo lograron, aunque vieron caer la verga mayor, y estar hecha polvo la xarcía, y pasados de balazos palos, vergas, y casi sin velas.

Este combate ha costado la vida en el Real al capitán Geraldino, a mi segundo ayudante Padilla y al capitán de granaderos, y herido yo y tres oficiales y dos guardias-marinas Roco y Espadero, y cincuenta y seis muertos de la tripulación, y ciento y diez y ocho sin piernas o brazos, doscientos setenta de menores heridas toda la gente del alcázar o muerta o herida.

En los demás navíos ha habido otras desgracias de oficiales y guardias marinas que, por no dilatarme, no los nombro».

Doc. 9. Crisis de la alianza franco-española en 1746.

BUONAMICI, Castro: *Comentarios o Memorias de la sorpresa de Veletri, y de la Guerra de Italia*. Plácido Barco López. Madrid, 1788, págs. 212-214.

«Lo cierto es que con aquella conferencia y tratados de paz (entre Cerdeña y Francia) de tal modo se entorpecieron los franceses, que parecían estar dormidos, y sin acción para la guerra. Pero el rey de Cerdeña, siempre vigilante, y atento a no perder la ocasión y el tiempo, tomó de sorpresa la ciudad de Hasti; y alegre con la discordia, que por la diferencia de genio, y naturales, de día en día era mayor entre franceses y españoles, esperaba que en breve tiempo no solo resarciría los daños recibidos, sino que aumentaría con ventajas sus intereses.

Mas los Borbones comenzaron a estar entre sí muy discordes, primeramente a escondidas, y después a las claras. Habían partido a Milán los españoles con mucha repugnancia de los franceses; y contra lo que de común consentimiento se había determinado en el Consejo de Guerra, emprendieron con mucho esfuerzo la conquista de aquella plaza, con lo cual se hacían odiosos a sus aliados, descubriendo su intempestiva codicia, y al mismo tiempo, dividiendo fuerzas, se hacían más débiles para resistir a los enemigos; pero no por eso desistían los españoles de su empresa. Por todas vías se conducían a Milán los pertrechos necesarios para conquistar la plaza, y hecha ya la trinchera, se ponían baterías, sin que entretanto los jefes y comandante del Ejército, que estaban alojados en la ciudad, dejasen de divertirse con escenas, juegos y bailes, de suerte que causaba admiración ver que por una parte la ciudad estaba vuelta y llena de confusión con los aparatos de guerra, y por otra parte se divertía con bailes y varios entretenimientos. Pero después que tomo cuerpo la voz de haber sido cierta la negociación de la conferencia [franco-sarda]; y que la rendición de las tropas francesas en Hasti no se había hecho sin premeditado acuerdo, los españoles, juzgando que los franceses los vendían y llevaban engañados, de repente abandonaron el bloqueo de la plaza de Alejandría; y temiendo a un mismo tiempo la infidelidad de los aliados y la venida de los enemigos, desistieron también de la conquista de la plaza de Milán, sacando toda la artillería y llevándola embarcada por el río, con los demás pertrecho que por tierra se enviaron a Pavía, adonde pensaban partir cuanto antes el infante, el duque de Módena y Gages; dando a entender con semejantes disposiciones, que del todo querían apartarse de los franceses; pero estos, viendo, que los españoles los desamparaban, y que por sí solos no podían contrastar a los alemanes, ni hacer frente a un Ejército superior en fuerzas; por último, recelándose que no les cerrasen el paso para Génova y la Provenza, abandonando todo el país inmediato a los ríos Tánaro, Po y Bormia, se retiraron arrebatadamente a la ciudad de Novi.

Sonó mal en España la conferencia [franco-sarda], y con motivo de ella se hablaba mal de los franceses, y aún eran aborrecidos, de suerte que el mismo rey, arrebatado de la ira y de las persuaciones de su consorte la reina, sin reflexionar lo que hacía y los graves inconvenientes que podían seguirse, determinó apartarse de los franceses, aliados tan inconstantes y poco fieles, y solicitar nuevas alianzas y amistades más seguras».

Doc. 10. Sobre hacer guerra con aliados

GUZMÁN-DÁVALOS, Jaime Miguel de (marqués de la Mina): *Máximas para la guerra*. Ed. Manuel-Reyes García Hurtado. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006, capítulo VII, págs. 252-253.

«Pocas empresas grandes se consiguen con tropas de dos príncipes, porque rara vez se unen tanto los intereses que no difieran las máximas, y por consecuencia las órdenes de que son la víctima los generales. Sé por dolorosa experiencia lo que no hice y lo que pude hacer en varias ocasiones, si mandase tropas del rey sin aliados. [...]

Conservo la dificultad de hacer guerra gloriosa con aliados, aunque fuesen de mejor fe que lo que ha introducido en los gabinetes la que llaman hoy razón de estado y política de cortes, que no es otra cosa que un fantasma desconocido del honor para deslumbrar las insidias. Dichoso el ministerio cuyas máximas se dirijan solo al interés de su príncipe, sin dependencia de otro, y más dichoso el general que manda un ejército con tropas que solo reciban una orden, pues obrará con menos número más que con un millar que divida la obediencia».

Fuentes

ALÓS, Antonio de: *Instrucción militar*. Manuel Texero. Barcelona, 1800.

BACALLAR, Vicente (marqués de San Felipe): *Comentarios de la Guerra de España*. Ed. Carlos Seco Serrano. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1957.

BUONAMICI, Castro: *Comentarios o Memorias de la sorpresa de Veletri, y de la Guerra de Italia*. Plácido Barco López. Madrid, 1788.

CANTILLO, Alejandro: *Tratados, convenios y declaraciones de paz y comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas de la Casa de Borbón*. Alegría y Charlain. Madrid, 1843.

CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones históricas*. 4 vols. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo. Madrid, 1997-2002.

FITZ-JAMES, James (duque de Berwick): *Memorias del mariscal Berwick*. Ed. Pere Molas Ribalta. Universidad de Alicante, 2007.

GUZMÁN-DÁVALOS, Jaime Miguel de (marqués de la Mina): *Máximas para la Guerra*. Ed. Manuel-Reyes García Hurtado. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006.

NAVIA, Álvaro (marqués de Santa Cruz de Marcenado): *Reflexiones militares*. Instituto de Estudios Asturianos (del CSIC). Oviedo, 1984.

VARGAS, José de: *Vida de don Juan Josef Navarro, primer marqués de la Victoria*. Imprenta real. Madrid, 1808.

Bibliografía

ANDERSON, Matthew S.: *Guerra y Sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*. Ministerio de Defensa. Madrid, 1990.

BLACK, Jeremy: *European warfare, 1660-1815*. UCL Press. London, 1994.

CHANDLER, David G.: *The Art of Warfare in the Age of Marlborough*. Spellmount. Kent, 1990.

DUFFY, Christopher: *The Military Experience in the Age of Reason*. Routledge & Kegan Paul. London and New York, 1987.

MELENDRERAS, M.^a del Carmen: *Las Campañas de Italia durante los años 1743-1748*. Universidad de Murcia, 1987.

PÉREZ, Carlos: *Patiño y las reformas de la administración en el reinado de Felipe V*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006.

SERRANO, Eliseo (ed.): *Felipe V y su tiempo*. 2 vols. Congreso Internacional celebrado en Zaragoza, 15 al 19 de enero de 2001. Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2004.

Obra maestra en tres actos:
La Campaña Peninsular (1808-1814) de *sir* Arthur
Wellesley como paradigma histórico de la guerra
combinada y conjunta

Rodrigo Lorenzo Ponce de León
Capitán Auditor, JUTOTER 21

Ponencia 3

Prólogo

El año de 1808 fue el año en el que el general británico *sir* Arthur Wellesley, conocido como el duque de Wellington, desembarcó en la Península Ibérica al mando de una expedición conjunta terrestre-naval de 30.000 efectivos.¹ Apenas podía imaginar aquel bizarro militar que estaba a punto de convertirse en uno de los primeros generales que no solo derrotaría a los ejércitos napoleónicos en lo que para ellos era, si acaso, un teatro de operaciones menor o secundario,² sino que lo haría, además, al mando de una fuerza de tropas lusas, españolas y británicas integrada tanto por marinos, infantes de marina y soldados.

La historiografía parece haber dedicado atención preferente al principal teatro de operaciones de Napoleón: Rusia y Alemania. Ello obedece a que,

¹ Por uno de esos giros caprichosos de la historia, la expedición que iba a ser empleada para sublevar nuestras colonias en América del Sur, en concreto para acudir en ayuda del prócer latinoamericano Francisco de Miranda en su lucha por la emancipación, fue utilizada en su lugar para socorrer el levantamiento de portugueses y españoles contra la invasión francesa. Véase NEILLANDS, R. (2003), *Wellington & Napoleon: Clash of Arms*. Pen & Sword Books, Barnsley, Inglaterra, p. 39; también HOLMES, R. (2002), *Wellington: The Iron Duke*, Harper Collins Publishers, Londres, págs. 102-103.

² Por aquel entonces las campañas que Napoleón consideraba decisivas eran las que se desarrollaban en Rusia y Alemania (1812-1813).

quizás, era en ese teatro donde estaban en juego los principales intereses estratégicos de las potencias europeas de la época. Por esa razón, la impronta dejada por los éxitos militares del general Wellesley ha pasado casi desapercibida, especialmente por lo que se refiere a las operaciones navales y anfibas desempeñadas por la Royal Navy en la campaña peninsular.³ En defensa de la gran importancia concedida a las luchas napoleónicas en Rusia y Alemania uno puede argumentar, desde luego, que la guerra es, después de todo, la continuación de la política nacional por otros medios, como a los discípulos de la escuela clausewitziana les gusta afirmar axiomáticamente, afirmación de la que nosotros recelamos.⁴ Pese a ello, no olvidemos que fue precisamente en la Península Ibérica donde la «úlceras Española» de Napoleón se convertiría a la postre en «enfermedad» letal, tal y como él reconocería en la intimidad más tarde en el exilio: «Esa guerra desafortunada fue la causa de mi ruina: dividió mis fuerzas, me obligó a multiplicar el esfuerzo, hizo que mis principios se tambaleasen».⁵

El presente artículo aborda sumariamente la conducción de las operaciones conjuntas y combinadas por parte de *sir* Arthur Wellesley y nuestra finalidad es resaltar la verdad relativa que existe detrás de ciertos principios del arte de la guerra como la dicotomía entre teatros de operaciones principales y secundarios; los beneficios de la guerra expedicionaria frente a la guerra de defensa territorial; y, en última instancia, los dividendos de paz y seguridad inherentes a la seguridad colectiva como

³ FRANCO, H. (2008), «La Marina en la Guerra de la Independencia», *Revista general de Marina*, agosto-septiembre, págs. 257-266, p. 257: «Contrasta la numerosa bibliografía existente sobre las operaciones de las fuerzas terrestres durante la Guerra de la Independencia con el reducido número de estudios sobre las operaciones llevadas a cabo por la Armada durante la contienda...»; en este número de la revista se emplea argumento semejante en CERVERA, J., *En Tierra como en el Mar. Los Marineros en la Guerra de la Independencia*, págs. 293-302, p. 293.

⁴ Con modestia pero con rotundidad consideramos la afirmación de Clausewitz simplemente equivocada. La guerra no es la continuación de la política por otros medios. Antes al contrario, parafraseando al general prusiano: es la política la que debería ser considerada como «la continuación de la guerra por otros medios (civilizados)». La afirmación de Clausewitz presupone la existencia de Estados –y de la política de Estado– como institución permanente a lo largo de la historia, ignorando el hecho que la guerra misma es un fenómeno que antecede por muchos siglos al Estado, que el Estado no es la única forma de organización política y social que ha existido y, sobre todo, que es precisamente debido a que la vida en estado de naturaleza llevaba al individuo a la pugna permanente con sus semejantes, por lo que se convino el Estado como forma de convivencia pacífica y próspera entre los hombres y los pueblos. Por consiguiente, no resulta nada extravagante afirmar que la política es, de hecho, la continuación de la guerra por otros medios. Véase más sobre el papel de Estado en las relaciones humanas en WALTZ, K. (2001), *Man, the State, and War*, Columbia University Press, Nueva York.

⁵ LAS CASAS, E. (1823), *Mémoires de Saint Hélène: Journal of the Private Life and Conversations of the Emperor Napoleon at St Helena*, vol. 2, pt. 2, H. Colburn and Co., Londres, p. 220.

sistema frente a los defectos presentes en el modelo alternativo de equilibrio de poder.

Un *révolutionnaire* en asuntos militares en plena Edad de las Revoluciones, de haber vivido en este siglo *sir* Arthur Wellesley hubiese abogado probablemente por las operaciones conjuntas terrestres, navales, submarinas, aéreas y hasta incluso espaciales simultáneamente. O tal vez no, pues así es la intuición de los genios a veces...

Acto I: Un ejército metido a marina y viceversa

Una cosa era declarar la guerra a la Rusia de los zares y otra muy distinta traicionar la lealtad del pueblo español. De hecho, las tropas francesas habían venido a España en tránsito hacia Portugal, país acusado de estar incumpliendo el embargo impuesto por Francia al comercio con Gran Bretaña a través del infame⁶ e impopular⁷ «Sistema Continental». Napoleón también tenía otros planes para España, incluyendo la destitución del legítimo monarca en favor de su hermano José. Tal vez esto explique la actitud hostil del pueblo español ante la presencia francesa si se compara con la tímida resistencia inicial del pueblo austriaco o ruso –Napoleón nunca pensó en destituir a los Habsburgo en Viena o a los Romanov en Moscú–.

En el verano de 1808 comenzaron a llegar a Inglaterra los primeros delegados de la resistencia española procedentes de Asturias y Galicia; a continuación fueron llegando de otras tierras de España, no había duda de que el pueblo, al que representaban, estaba decidido a defender su independencia.⁸ Hasta ese momento la contribución británica al esfuerzo bélico de sus aliados continentales había sido siempre en forma de ayuda económica;⁹ pronto sería a base de barcos, tropas, armas y pertrechos.

⁶ PARKER, G. (2005), *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge University Press, New York, p. 205: «Napoleón no agrupó a todos los Estados del Continente europeo en una zona de libre comercio sino que, en su lugar, impuso un sistema de tarifas abusivas beneficioso para Francia; por consiguiente, el Sistema Continental era una herramienta de dominio francés antes que un frente común contra los británicos.» Irónicamente, Wellesley habrá de explotar más tarde la táctica del hambre en la Guerra de Independencia con su táctica de sitios y encomendando a la Royal Navy misiones de interdicción naval dirigidas contra los convoyes de suministro marítimo de los franceses.

⁷ HOWARD, M. (2009), *War in European History*, Oxford University Press, Oxford, p. 91: «Una de las consecuencias [del embargo] fue que los pueblos europeos eran menos conscientes de los beneficios políticos que les podían proporcionar los portadores del estandarte de la Revolución Francesa que de la arbitrariedad y corrupción implícita en una economía controlada.»

⁸ WESTMORLAND, J. (1820), *Memoir of the Early Campaigns of the Duke of Wellington in Portugal and Spain*, John Murray, Londres, p. 2.

⁹ PARKER, at 215: «La riqueza de Gran Bretaña le permitía financiar coalición tras coalición contra los franceses.»

El 14 de junio de 1808 el duque de York, en calidad de comandante en jefe del cuartel general del ejército británico, comunicó a *sir* Arthur Wellesley su nombramiento como jefe de una fuerza expedicionaria a la que se encomendaba «el cumplimiento de un servicio particular». Ese «servicio particular» resultó ser el apoyo militar que Gran Bretaña había decidido prestar a los pueblos de España y Portugal en su lucha por la independencia. El nombramiento atribuía al general Wellesley el mando y la superior autoridad sobre la fuerza, incluyendo asuntos en detalle como partes de guerra y relaciones con el mando supremo, comunicación de las bajas y vacantes, propuestas para el ascenso, paga, vestuario, sanidad y asuntos disciplinarios.¹⁰ Se trataba de un nombramiento meticuloso para un jefe meticuloso, si bien no exento de intriga meticulosa por parte de sus propios adversarios en el ejército.¹¹

Del 1 al 5 de agosto tropas británicas del ejército y de la infantería de marina desembarcaron en la Bahía de Mondego, una vez descartado que lo hicieran en Peniche (lugar densamente guarnecido por los franceses y demasiado próximo a Lisboa).¹² El desembarco en Portugal y la expulsión de los franceses de aquel país obedecía a la necesidad estratégica de poder utilizar ese territorio posteriormente como línea de comunicación para las operaciones que habrían de realizarse entre el norte y sur de España.¹³ El motivo por el que fue Portugal, y no España, el lugar elegido para el desembarco quizás nunca lleguemos a saberlo. Parece ser que Wellesley prefería incluso esta última opción pero las autoridades españolas rechazaron cualquier otra ayuda que no fuese dinero y armamento.¹⁴ Otra decisión táctica adoptada antes del desembarco y que a la

¹⁰ El nombramiento fue publicado por Orden de 14 de junio, promulgada en el Horse Guards' Barracks de Londres, sede principal del ejército por aquel entonces. Puede consultarse esta orden en GURWOOD, J. (1834-1839), *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington, 1799 to 1818*, vol. IV, J. Murray, Londres, págs. 1-4. (En adelante: *Dispatches*).

¹¹ El duque de York no estaba de acuerdo con el nombramiento de Wellesley, decisión personal del ministro de la Guerra, visconde Castlereagh. Wellesley había servido en la India, hecho que en el Horse Guards valía bien poco. Lo que es peor, un éxito militar en la India no solo no era considerado mérito suficiente para desempeñar el mando de un ejército en el teatro europeo, era incluso motivo de recelo y sospecha. El hecho que el padre de Wellesley fuese miembro del Parlamento acrecentaba aún más la envidia que le profesaban sus compañeros en el ejército, los cuales pensaban que había ingresado en el mismo más por los honores y prebendas que por vocación de servicio. Véase más en torno a las críticas formuladas por Wellesley contra la burocracia que dirigía el ejército en aquella época en CROKER, J. (1884), *The Croker Papers: The Correspondence and Diaries of John Wilson Croker*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, vol. I, p. 342.

¹² *Dispatches*, vol. IV, págs. 31, 66.

¹³ *Dispatches*, vol. IV, p. 32.

¹⁴ Algún autor inglés, por ejemplo WESTMORLAN, p. 3, apunta al «sentimiento mezcla de orgullo y envidia que con tanta frecuencia ha estado a punto arruinar los asuntos de España». Lo cierto es que las autoridades españolas sospechaban de las intenciones británicas y tenían sobrados motivos para ello. España e Inglaterra habían sido enemi-

larga demostraría ser fundamental fue, aunque esto parezca en principio irrelevante, que las tropas debían dejar a bordo sus mochilas y los oficiales su equipaje.¹⁵ Esto permitía a su vez que las tropas se desplazasen con mayor velocidad por las rutas elegidas mientras que los buques les seguían de cerca con todos los pertrechos. Desde un principio las fuerzas británicas contaron con el apoyo de la población portuguesa, clave también del éxito en toda operación anfibia.¹⁶ La flota portuguesa permanecía mientras tanto ausente puesto que en noviembre de 1807 se había ordenado su traslado a Brasil con objeto de evitar que cayera en manos francesas,¹⁷ si bien una escuadra todavía permanecía fondeada en Lisboa en 1808. El 10 de agosto el ejército de Wellesley junto con la caballería portuguesa, al mando del general Freire, iniciaron la marcha hacia Lisboa por la costa. Junto a ellos y siguiéndoles de cerca navegaban los buques de la Royal Navy actuando de transporte y ocasionalmente como artillería de apoyo. La decisión de seguir la ruta que discurre por la costa, mucho más larga y expuesta que por los caminos del interior, tenía su propio razonamiento operacional: Wellesley se aseguraba así la ventaja de contar con los refuerzos y pertrechos a bordo de los barcos de manera inmediata.¹⁸ La ruta era más larga y expuesta, sí, pero a la larga permitía que la estrategia no quedase subordinada a la necesidad logística y no al revés, que es justo el principal error cometido por los franceses, subyugados siempre por los imperativos de la logística terrestre. Además, el empleo de la marina permitía al general británico desplazar sus tropas y pertrechos al punto deseado con mucha más rapidez que los franceses podían hacerlo por tierra e incluso, llegado el caso, utilizar los buques para evacuar su ejército en caso de necesidad. El dominio del mar con el que contaban los británicos era una herramienta estratégica de gran valor; lo sabían y supieron sacar provecho de la situación, añadiendo una

gos tradicionales durante siglos, siendo la rivalidad por el dominio del mar uno de los motivos. Además, la ocupación de Gibraltar por una fuerza anglo-holandesa durante la Guerra de Sucesión española (1701-1714) y su polémica posesión posterior por parte de Gran Bretaña vino a empeorar todavía más la ya difícil relación hispano-británica. A día de hoy, el Peñón sigue siendo fuente permanente de conflicto entre ambos países a nivel diplomático y legal.

¹⁵ *Dispatches*, vol. iv, p. 37. Aunque parezca una ironía, en aquella época se decía que en los ejércitos napoleónicos la posibilidad de ascender a los grados más altos de la carrera militar era tal que cada soldado de los ejércitos napoleónicos llevaba en su mochila *le bâton de maréchal de France*. ¡Qué hilaridad! Mientras que el soldado francés marchaba a veces hasta el agotamiento debido al equipo que debía portar, el soldado británico mientras tanto dejaba atrás su mochila para ganar movilidad táctica. Sin duda, los ejércitos de Wellesley no hubieran gozado de esa ventaja de no haber sido por el apoyo prestado por la Royal Navy a las operaciones terrestres. Esto demuestra que la colaboración entre las fuerzas terrestres y navales o por así decirlo, las operaciones «conjuntas», jugaron un papel crucial en esta guerra.

¹⁶ *Dispatches*, vol. iv, p. 67.

¹⁷ *Dispatches*, vol. iv, p. 55.

¹⁸ WESTMORLAND, págs. 10-11.

dimensión operacional a las hostilidades que compensaba el menor tamaño del ejército británico en comparación con la *Grande Armée* napoleónica. El 17 de agosto el ejército combinado anglo-luso derrotó a las tropas del general Delaborde en Roliça forzando su retirada hacia Torres Vedras. El 18 Wellesley desplazó sus tropas a Lourinhal con el propósito de reabastecerse de los buques fondeados en las proximidades y para recibir refuerzos procedentes de puertos ingleses. El 21 de agosto la fuerza combinada anglo-portuguesa se enfrentó y derrotó a un magnífico ejército de 14.000 efectivos al mando del general Junot en Vimeiro. Un tratado de paz algo vergonzoso entre franceses y británicos siguió a esta derrota, la Convención de Sintra, en la que Wellesley nada tuvo que ver más allá de hacer lo que se le ordenó firmándolo.¹⁹ Paradójicamente, una de las cláusulas del tratado, como se verá, estipulaba que los buques de la Royal Navy se encargarían de repatriar a las fuerzas francesas de vuelta a su país con todas sus «pertenencias y equipos» intactos.²⁰ De nuevo, la Royal Navy prestó un servicio de altísima utilidad en esta guerra y, de nuevo también, el empleo de la guerra combinada y conjunta demostró ser vital para la derrota del hasta entonces invencible ejército francés. En agosto también, la Royal Navy transportó un contingente español de 10.000 efectivos, de un total de 12.000, enviados previamente a Dinamarca tras una petición más que sospechosa hecha por Francia.²¹ Estas fuer-

¹⁹ De hecho, el general Wellesley ya había perdido el mando supremo de la fuerza anglo-portuguesa por aquellas fechas cuando *sir* Harry Burrard, de mayor antigüedad que Wellesley, arribó a Maceira el 20 de agosto. La burocracia del Horse Guards parece ser que tuvo que ver mucho con esta sustitución. Sin embargo, en uno de esos errores tan frecuentes en la guerra, el general Burrard, que se había reunido con Wellesley ordenándole no avanzar hasta que llegasen refuerzos al mando de *sir* Hew Dalrymple y *sir* John Moore, decidió permanecer a bordo la noche del 20 al 21. Wellesley desembarcó tras la reunión aquella tarde del día 20 ignorando que la gran batalla de Vimeiro tendría lugar antes del amanecer. WESTMORLAND, p. 24; *Dispatches*, vol. IV, p. 93. Por lo que se refiere a las objeciones que Wellesley formuló a las condiciones del tratado de paz, véase *Dispatches*, vol. IV, págs. 120, 134.

²⁰ De los pillajes y saqueos sistemáticos atribuidos a las tropas napoleónicas se ha hablado hasta la saciedad. Y si bien puede que ello sea así debido a su avance imparable por el continente, que convertía el apoyo logístico en una pesadilla (PARET, P. (1986), *Napoleon and the Revolution in War, Makers of Modern Strategy*, ed. Peter Paret, Princeton University Press, N.J., págs. 127-128); o porque sencillamente Napoleón lo utilizaba como medio para financiar sus campañas al menor coste posible para el contribuyente francés (PARKER, p. 215); o por la promesa del botín con la que se incitaba a las tropas en caso de vencer (HOWARD, p. 82); o como medida de represalia contra la población civil (WESTMORLAND, p. 9); sin embargo, sería injusto culpar exclusivamente a las fuerzas francesas de esos desmanes puesto que igual se comportarán británicos y portugueses tras la caída de Badajoz en 1812 o San Sebastián en 1813 (*Dispatches*, vol. XI, p. 173) e incluso los españoles tras la batalla de Nivelle en 1813 (*Dispatches*, vol. XI, p. 306). Ignorar esto es ignorar una de las verdades más crueles de la guerra.

²¹ Debe tenerse en cuenta que por aquellas fechas España y Francia eran todavía países aliados. Estas tropas, al mando del marqués de la Romana, (WESTMORLAND, p. 52) habían sido enviadas a petición francesa para guarnecer Dinamarca. Resulta imposible

zas debían desembarcar en Coruña y unirse al ejército anglo-portugués de 20.000 efectivos mandado por *sir* John Moore procedente de Portugal.

Mientras tanto, a resultas de la polémica suscitada por la Convención de Sintra en el Parlamento, se ordenó el regreso de Burrard, Dalrymple y Wellesley a Gran Bretaña donde les aguardaba una comisión de investigación; quedaban ahora las fuerzas británicas al mando de *sir* John Moore.²² En Gran Bretaña una comisión de investigación, y no un consejo de guerra, presidida por el general *sir* David Dundas y contando con la asistencia de un auditor militar examinó el contenido del armisticio y especialmente la conducta de Burrard, Dalrymple, Wellesley y otros oficiales con mando sobre las tropas durante la batalla de Vimeiro. Una de las condiciones del armisticio, como ya se dijo, era que los franceses podían abandonar Portugal con sus todas «pertenencias y equipos» intactos y, tal y como Wellesley declaró ante la comisión,²³ esa expresión solo incluía los equipos de carácter militar. Sin embargo, la polémica residía en el hecho que cuando los delegados británicos encargados de supervisar el embarque de los franceses en Lisboa se personaron en el puerto descubrieron, para su asombro, que muchos oficiales y generales franceses estaban subiendo a bordo caballos, obras de arte y otros objetos de dudoso carácter «militar».²⁴ La comisión de investigación, tras un examen de los hechos, dio por zanjado el asunto y acordó que no había lugar a la exigencia de responsabilidad contra ninguno de los investigados. Tal era el celo con el que el Parlamento de Westminster seguía los eventos en la Península Ibérica. Toda conducta criminal cometida en tiempo de guerra merece especial reproche quien quiera que sea el culpable, pero una cosa era la triada de pillaje, embriaguez y desmanes de todo tipo que la tropa cometía tras la caída de una ciudad sitiada,²⁵ y otra muy distinta el saqueo sofisticado de joyas, cuadros, objetos religiosos y otro tipo de obras de arte que tan poco decía de la honorabilidad de los oficiales superiores.²⁶

La breve estancia de *sir* John Moore en la península podría considerarse un éxito estratégico y al tiempo un fracaso operacional repleto de adversida-

no relacionar esta petición con el posterior paso «inocente» de las tropas francesas por suelo español camino de Portugal.

²² WESTMORLAND, p. 45.

²³ *Dispatches*, vol. IV, p. 182.

²⁴ En uno de estos episodios patéticos, un conocido general francés tuvo que ser persuadido de no subir a bordo una colección de obras de arte que resultó ser propiedad de una aristócrata portuguesa. Al final desistió de sus propósitos gracias a la intervención de un pelotón de infantes de marina británicos a punta de bayoneta (WESTMORLAND, págs. 42-43).

²⁵ Wellesley era el primero en condenar este tipo de hechos. Con ocasión de discutir el estado de disciplina de sus tropas en España hacia 1813 no ahorró adjetivos cuando le preguntaron por los saqueadores y los desertores: «Tenemos en filas como soldados a la peor escoria de este mundo...» (*Dispatches*, vol. x, p. 496).

²⁶ WESTMORLAND, p. 40.

des tácticas. El general Moore gozaba de prestigio entre sus subordinados. Había participado con éxito en acciones de guerra en los Países Bajos, Sicilia, Calabria, Egipto, Irlanda y en las Indias Occidentales. Persona imaginativa dispuesta siempre a romper viejos moldes,²⁷ se le aborrecía en los cuarteles generales tanto como a Wellesley pese a su excelente hoja de servicios.²⁸

La situación en España era optimista. Mientras que Junot había sido derrotado en Portugal, los generales franceses tenían que hacer frente en España a la guerra convencional librada contra el ejército español leal a las Juntas y la represión del movimiento popular guerrillero. Esto obligaba a un cambio permanente de tácticas que demostraría a la larga ser la causa de su derrota. La Armada española había jugado un papel fundamental desde el comienzo mismo del levantamiento popular y ello se debe a la actuación acertada del almirante Valdés en Cartagena. Primero, desobedeciendo la orden de trasladar su escuadra al puerto francés de Toulon en marzo de 1808. Segundo, desobedeciendo la orden de partir de Ferrol con rumbo a Río de la Plata. Tercero, desobedeciendo de nuevo cuando se le ordenó trasladarse a Cádiz y unirse allí a la escuadra francesa del almirante Rosily.²⁹ Pocas veces en la historia de la guerra podría decirse que un acto de triple insubordinación ha estado tan justificado. Rosily se rendiría a la escuadra del almirante Apodaca en junio, permitiendo así que la Armada leal se hiciese con buques y embarcaciones de tanta necesidad en aquellos momentos.³⁰ El ejército de 20.000 efectivos al mando de Moore pisó suelo español en octubre. Las órdenes que tenía Moore eran las de dirigirse a Burgos, donde una fuerza británica adicional de 13.000 efectivos procedente de Coruña y mandada por *sir* David Baird se les uniría y quedaría a su mando. La Royal Navy, una vez más, habría de jugar un papel operacional clave en el despliegue. El ejército de Moore no solo necesitó de los buques para abastecerse mientras se hallaba en Portugal sino que también contó con el apoyo prestado por los buques en el desembarco de las tropas británicas en Coruña y con los 10.000 efectivos españoles traídos desde Dinamarca en agosto. Una vez en Burgos, el ejército de Moore debía avanzar hacia el Ebro y cooperar con los ejércitos españoles de los generales Castaños y

²⁷ HOWARD, p. 89.

²⁸ A *sir* John Moore se le conocía en círculos conservadores como el «General Whig» y no precisamente por sus ideas liberales, que de hecho las tenía, sino como insinuando que se trataba de un militar incompetente que había llegado al generalato por influencia del Partido Liberal. MOORE, J. (1904), *The Diary of Sir John Moore*, vol. 1, E. Arnold Pub., Londres, Prefacio, p. viii. La poca simpatía que Moore sentía a su vez hacia los políticos conservadores en vol. II, págs. 239-245.

²⁹ FRANCO, p. 258.

³⁰ MARTÍNEZ-VELARDE, C. (2008), «La Marina en la Guerra de la Independencia – Su apoyo al Ejército, su integración en él», *Revista Ejército*, n.º 532. Número Extraordinario sobre la Guerra de la Independencia, págs. 77-88, p. 81.

Palafox. Entre estos dos generales españoles, sin embargo, no parecía existir una relación armoniosa.³¹ A mayor abundamiento, el ejército de 10.000 efectivos al mando del Marqués de la Romana traído de Dinamarca debía partir de Galicia y unirse al ejército español que operaba en el norte. No obstante, el difícil tránsito por las carreteras españolas y la subsistencia de su ejército hicieron que Moore optase por separar las divisiones, marchando tan lejos unas de otras que prácticamente se hicieron inservibles como ejército. De hecho, la infantería de Moore llegó a Salamanca a finales de noviembre; la caballería y la artillería lo harían un mes después. Los franceses, entre tanto, habían logrado romper el cerco del Ebro y derrotar a los ejércitos españoles en Espinosa de los Monteros el 11 de noviembre y en Tudela el 28, poniendo en difícil situación al ejército de Castaños.³² Con un ejército desmembrado, detenido como estaba en Salamanca y considerando la distancia a la que todavía se encontraba el cuerpo de ejército de *sir* David Baird Moore decidió finalmente que una retirada hacia Portugal era la mejor opción. La Royal Navy volvería a desempeñar una función estratégica y operacional importante en la retirada. Entre los días 15 y 16 de enero de 1809 las fuerzas de artillería y caballería embarcaron en el puerto de Coruña mientras que otras fuerzas lo hacían en Vigo. El día 17 correspondía embarcar a la infantería pero los franceses contraatacaron. La batalla que aconteció en Coruña, y que habría de costarle la vida a Moore, salvó sin embargo el honor de Gran Bretaña y la única fuerza terrestre con la que contaba. De no haber sido por la evacuación que hicieron posible los buques de la Royal Navy, el magnífico ejército que mandaba el general Soutt hubiera echado a las fuerzas del general Moore literalmente al mar. En otras palabras, el único ejército del que disponía Gran Bretaña hubiera sucumbido a su enemigo poniendo así fin a la voluntad de resistencia de los españoles y obligando a los británicos a firmar la paz con Francia. Con todo, la retirada ordenada por Moore demostró ser un éxito desde el punto de vista estratégico pero la continua indecisión de este en cuanto al punto de embarque: Vigo, Betanzos, luego Coruña, no hizo más que añadir otra carga innecesaria a un ejército ya de por sí fatigado, diezmado por los numerosos casos de enfermedad, por un servicio de aprovisionamiento que no siempre estuvo a la altura de las circunstancias y por numerosos casos de indisciplina. Esto último era debido a que entre la tropa y la oficialidad cundió la idea de que el abandono de España no solo era faltar a la palabra dada a los españoles sino que constituía un acto de cobardía del propio Moore. Desgraciadamente, la caída de Coruña en manos francesas significó también la pérdida de los buques de la Armada amarrados en Ferrol.³³

³¹ WESTMORLAND, p. 52.

³² *Ibíd.*, p. 54.

³³ MARTÍNEZ-VALVERDE, p. 83.

El mando de las tropas británicas en Portugal recayó en el teniente general *sir* John Cradock; y ese país, tras la caída de Coruña, se convirtió de nuevo en teatro de operaciones. Las fuerzas francesas al mando del general Soult ocuparon a continuación las provincias portuguesas próximas a Galicia, y capturaron Oporto el 29 de marzo.³⁴ Pero el Gobierno británico no estaba dispuesto a abandonar la empresa peninsular. No ha de extrañar que de nuevo ofreciese a Wellesley, partidario de la causa española y portuguesa, el mando de la fuerza expedicionaria. Una vez en Portugal, Wellesley debía atravesar a España y unirse al ejército español mandado por el general Cuesta. Los dos generales, por lo que se ve, no parecían sentir gran simpatía mutua.³⁵

En marzo la armada combinada hispano-británica contribuyó a la captura de Vigo desembarcando fuerzas, armas y munición mientras que su fuego artillero se dirigía contra las murallas de defensa de la ciudad.³⁶ En junio sus cañoneras ayudaron a las tropas españolas procedentes de Vigo, cuya misión era la de repeler el avance francés a través de Sampaño, forzando la retirada definitiva de Galicia por parte del general Ney.³⁷ En el Mediterráneo, la armada combinada evitó el reaprovisionamiento marítimo de Cataluña por los franceses, para forzar así la caída de Barcelona, y desembarcó frecuentemente en la costa armas, munición y dinero para el movimiento guerrillero.³⁸

Del 11 al 17 de febrero de 1810 la Royal Navy transportó tropas anglo-portuguesas desde Lisboa y Gibraltar hacia Cádiz; otros 3.000 efectivos españoles fueron trasladados igualmente desde Ayamonte en Huelva. En abril una armada anglo-española ayudó en la defensa de Cádiz, capital de la España libre, en un sitio que habría de durar hasta agosto de 1812. En marzo de 1811 una fuerza anfibia hispano-luso-británica logró imponerse a toda una división francesa en La Barrosa junto a Cádiz. Mientras tanto, el ejército aliado logró expulsar a los franceses, entonces al mando del general Massena, del norte de Portugal en abril de 1811. Una de las decisiones estratégicas más acertadas de Wellesley había sido la de establecer una línea de defensa fortificada en torno a Torres Vedras, forzando así la retirada de Massena a base de inanición. Durante 1811, por un capricho curioso de la historia, buques de la Royal

³⁴ *Dispatches*, vol. IV, p. 243.

³⁵ Había quienes intrigaban intentando convencer al general Cuesta que el general inglés quería debilitar su ejército sugiriendo con frecuencia su fragmentación en destacamentos, reduciendo así su capacidad de combate y con ello la gloria que podría corresponderle a aquel en la expulsión de los franceses de España (WESTMORLAND, p. 72). Por el contrario, las quejas de Wellesley contra el modo de dirigir las operaciones de Cuesta no son pocas (*Dispatches*, vol. V, págs. 51, 253, 254, 256, 259-260).

³⁶ MARTÍNEZ-VALVERDE, p. 83.

³⁷ FRANCO, p. 261.

³⁸ *Dispatches*, vol. IX, p. 58; FRANCO, págs. 261-262.

Navy transportaron a España caudales procedentes de nuestras colonias americanas.

Del 30 de mayo al 18 de junio de 1812 la Royal Navy suministró con regularidad mosquetones y cartuchos a la guerrilla española. Pocas veces en la historia ha existido una operación tan combinada y conjunta: marineros británicos transportando armamento para fuerzas irregulares españolas en tierra. En julio acontecieron más operaciones conjuntas tales como el transporte de una expedición anglo-siciliana de 6.600 efectivos que partieron de Palermo con destino a la costa catalana, no sin antes detenerse en Mallorca para embarcar una fuerza española de 4.000 efectivos. En el Cantábrico, el comodoro Popham hostigaba continuamente las ciudades costeras en manos francesas con su fuerza de 1.000 infantes de marina británicos, desembarcando habitualmente armas, munición y dinero para la guerrilla.

En abril de 1813, poco antes de la captura de Vitoria, Wellesley seguía insistiendo en la importancia de asegurar la navegación por las costas de Portugal y España a fin de garantizar el suministro de su ejército.³⁹ Tras la caída de Santander en agosto de 1812 el puerto de esta ciudad se había convertido en el principal punto de aprovisionamiento del ejército aliado, al que llegaban continuamente convoyes marítimos procedentes de los depósitos situados en Lisboa. Sin embargo, la caída de Vitoria y la posibilidad de adentrarse en Francia revelaban hasta qué punto Wellesley estaba preocupado con el suministro de sus tropas por vía marítima. De hecho, en febrero de 1814 la Royal Navy prestaría un servicio inestimable al ejército aliado utilizando sus botes como puente improvisado para cruzar el Adour y rodear la ciudad de Bayona.⁴⁰ A continuación cayó Burdeos mientras que los ejércitos de Prusia, Austria y Rusia avanzaban por el norte, capturando París el 31 de marzo.⁴¹ Napoleón abdicaría del trono imperial el 6 de abril de 1814. En uno de esos errores o caprichos de la guerra, mientras los aliados firmaban la paz con el Gobierno provisional de Francia Wellesley había estado persiguiendo a las fuerzas del general Soult hacia el interior en dirección este, donde librarían un feroz encuentro en Toulouse el 10 de abril.⁴² Las noticias del armisticio con Napoleón no llegaron a tiempo. Tras la batalla ambos fueron informados, firmando a continuación el armisticio mediante la Convención de Toulouse de 18 de abril.⁴³ Por irónico que resulte, el general que tanto insistió en tener la costa siempre en los flancos⁴⁴ decidió, por una vez, abandonar el

³⁹ *Dispatches*, vol. x, p. 515.

⁴⁰ HALL, C. (2004), *Wellington's Navy: Sea Power and the Peninsular War 1807-1814*, Chatham, Londres, págs. 217-229.

⁴¹ *Dispatches*, vol. xi, p. 643.

⁴² *Dispatches*, vol. xi, p. 648.

⁴³ *Dispatches*, vol. xi., p. 653.

⁴⁴ *Dispatches*, vol. xi, p. 358; vol. x, págs. 318, 374, 458, 480.

litoral y dirigirse hacia el interior, lo que le llevó a continuar una guerra que en realidad ya había acabado.

Acto II: Un ciudadano metido a soldado y viceversa

Detrás de la Guerra de la Independencia hubo algo más que dos generales con ideas diferentes en torno a la estrategia, las operaciones o la táctica. De hecho, la guerra fue el enfrentamiento entre dos ejércitos de distinta factura. El ejército francés se autodenominaba *armée de citoyens* y la recluta se hacía a base del servicio militar obligatorio. La nación aportaba anualmente los contingentes necesarios y el servicio era prácticamente de por vida: primero la movilización para prestar el servicio en filas; luego el ingreso en la reserva hasta el licenciamiento definitivo.⁴⁵ La promoción y los ascensos estaban abiertos a cualquiera que reuniese méritos suficientes puesto que como se decía en aquel tiempo «cada soldado llevaba en su mochila *le bâton de maréchal de France*». Pero con números solo no basta. De hecho, Napoleón había vencido a los ejércitos aliados de la Primera Coalición empleando columnas de reclutas mal entrenados contra el enemigo, una tras otra. Luego, a medida que empeoraba la calidad de la tropa, multiplicó su artillería pero aun así cada victoria era siempre a cambio de un alto precio en bajas.⁴⁶ Era una auténtica paradoja que en el país de la revolución, cuyos ideales eran antimilitaristas y legalistas y donde habían sido abolidos los privilegios de la clase aristocrática ganados en las batallas del pasado, cada ciudadano era de hecho un soldado⁴⁷ o vivía con el temor de toparse con el sargento encargado de reclutamiento.⁴⁸ Luego estaba el asunto de la logística y la intendencia. Napoleón confiaba en que sus tropas se buscasen su propia manutención.⁴⁹ Un ejército camina con el estómago lleno, llegó a decir.⁵⁰ Sí, pero se olvidó de añadir a costa de qué estómago: ¿el del soldado

⁴⁵ En 1812 Napoleón tenía cerca de un millón de efectivos movilizados y distribuidos por el continente desde España hasta Rusia, su economía y prácticamente toda su administración pública estaba dedicada al mantenimiento del ejército de campaña. (KEEGAN, J. (2004), *A History of Warfare*, Pimlico Military Classics, Londres, p. 349).

⁴⁶ HOWARD, p. 85.

⁴⁷ Una vez expulsados los franceses de la Península Ibérica y ante un posible avance hacia el interior de Francia Wellesley advertía: «Debe tenerse en cuenta que esta nueva operación consiste en la invasión de Francia, país donde todos los varones son soldados, donde la población entera está armada y organizada, y no como sucede en otros países donde son inexpertos la mayoría sino a base de hombres que durante los últimos veinticinco años en los que Francia ha estado en guerra con toda Europa, deben, la mayoría de ellos, por lo menos, haber servido en algún lugar.» (*Dispatches*, vol. x, p. 614).

⁴⁸ KEEGAN, p. 349.

⁴⁹ HOWARD, p. 85.

⁵⁰ (US) Air Force Logistics Management Agency (2006), *Quotes for the Air Force Logistician*, vol. 1, Alabama, p. 133.

o el del campesino? De hecho, la logística «autofinanciada» puesta en práctica por Napoleón no solo le enajenaba la simpatía de la población de los territorios ocupados sino incluso la de su propia población, la cual prefería vender sus productos a los proveedores del ejército de Wellesley antes que a los del general Soult.⁵¹

Si en 1808 existía un ejército en Europa tan opuesto a la *Grande Armée* como el día es a la noche, ese ejército era, desde luego, el británico. Pactos y acuerdos constitucionales que databan del siglo xvii habían hecho del ejército un servicio sometido al control del Parlamento. Y el Parlamento ejercía ese sometimiento a través de múltiples controles sobre su presupuesto, su tamaño, su empleo, su abastecimiento e incluso sobre su propia existencia mediante una ley de vigencia anual destinada a castigar la rebelión militar: la *Mutiny Act*.⁵² De hecho, toda forma de militarismo iba en contra de la tradición constitucional inglesa. Si un ejército permanente era considerado como un instrumento de tiranía, la idea de un servicio militar obligatorio era impensable.⁵³ El ejército británico se nutría de personal voluntario alistado para una campaña en particular. Del mismo modo, muchos regimientos se constituían para una determinada campaña y al término de la misma eran disueltos.⁵⁴ No ha de extrañar, por consiguiente, que para el común de los británicos todo lo que sonase a ejército regular, consejos de guerra o sus leyes y ordenanzas tuviese la consideración de «males temporales de una enfermedad del Estado, las cuales no forman parte de las leyes permanentes y perpetuas del reino».⁵⁵ Con todo, cada soldado era de hecho un ciudadano y porque «era un ciudadano, y quería seguir siéndolo, se metía a soldado durante un tiempo».⁵⁶ Ni que decir tiene, por supuesto, que mientras era soldado estaba sometido a estricta disciplina.⁵⁷ Wellesley resolvió el dilema de la logística como un

⁵¹ WELLER, J. (1964), «Wellington's Peninsular War Logistics», *Journal of the Society for Army Historical Research*, vol. 42, págs. 197-202, págs. 198-200.

⁵² Durante las pugnas del siglo xvii entre el Parlamento y la Corona se había llegado a un acuerdo en virtud del cual se autorizaba al monarca a organizar un ejército y a mantenerlo en suelo inglés siempre y cuando contase con autorización parlamentaria y lo mantuviese bajo la más estricta disciplina. Dados los repetidos intentos de clausurar el Parlamento y establecer una monarquía absoluta que se habían producido durante las revoluciones de 1640 y 1688, no ha de extrañar, por consiguiente, que la autorización parlamentaria tuviese lugar mediante una ley llamada precisamente *Mutiny Act*.

⁵³ FRIEDMAN, L. (1969), «Conscription and the Constitution: The Original Understanding», *Michigan Law Review*, vol. 67, n.º. 8, págs. 1493-1552, p. 1502.

⁵⁴ HOWARD, p. 88.

⁵⁵ BLACKSTONE, W. (1765), *Commentaries on the Laws of England*, Clarendon Press, Oxford, vol. 1, p. 400.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 395.

⁵⁷ La justicia militar británica era implacable y ejemplar. Francis Seymour Larpent, auditor agregado al Estado Mayor de Wellesley durante la guerra, dejó una crónica de los numerosos consejos de guerra celebrados contra soldados y oficiales del ejército británico por delitos como la embriaguez o la destrucción de propiedad particular a

hombre de negocios inglés de su época: con barcos y dinero. El dominio británico del mar le permitió poner en práctica la estrategia y la táctica que en todo momento estimaba oportuna. Los depósitos situados en Lisboa, Coruña o Santander formaban el núcleo de su sistema de suministros, complementado con los pertrechos que llegaban regularmente de los puertos ingleses a bordo de los buques de la Royal Navy.

El sistema de suministros de Wellesley también tenía otro componente de alto valor estratégico: los productos perecederos o ciertos servicios se adquirían en el país previo pago. Su oposición a la requisita militar y su insistencia a que todo fuese religiosamente adquirido previo pago obedecían a una finalidad estratégica elemental: ganarse el apoyo de la población local.⁵⁸ Y fue precisamente el sistema de logística diseñado por Wellesley, que le permitía mantener operaciones dónde y cuándo deseaba, lo que provocó lentamente el desgaste de los recursos de la *Grande Armée* y a la larga su derrota.

Acto final: Proyección, protección, prolongación

Llegamos así al final pero retrocediendo al principio, como en la célebre obra de Shakespeare.⁵⁹ En 1808 la *Grande Armée* de Napoleón se hizo con Europa a su antojo. Pero, en la Península Ibérica, teatro de operaciones irrelevante en los planes franceses, una fuerza combinada y conjunta a base de tropas británicas, portuguesas y españolas de tierra y mar bajo el mando del teniente general *sir* Arthur Wellesley tenía sus propios planes también. La coalición demostró ser un éxito tanto en los planes de guerra como, por decirlo de algún modo, en los de paz. Primero, porque esta guerra demostró desde un plano de gran estrategia que potencias medias e incluso pequeñas pueden aliarse y luchar contra un enemigo común y poderoso. Por consiguiente, la paz y la seguridad están mucho más a salvo en un sistema de alianzas con un interés común en la paz que bajo la relativa seguridad que ofrece el clientelismo de las potencias hegemónicas. Segundo, en un plano estrictamente estratégico la guerra demostró la primacía del sentido común. Algo tan poco glamuroso como la intendencia puede de hecho decidir la guerra. Wellesley comprendía ese aserto y mantuvo siempre el mar en los flancos por razones obvias. Del mismo modo, las operaciones realizadas en teatros menores o se-

los más graves de desertión, violación o desobediencia. LARPENT, G. (1853), *The Private Journal of F. S. Larpent, Judge Advocate General of the British Forces in the Peninsula, attached to the headquarters of Lord Wellington during the Peninsular War from 1812 to its close*, Richard Bentley, London (Elibron Classics reprint, 2005).

⁵⁸ ROTHENBERG, G. (1978), *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, Bloomington, Londres, p. 185.

⁵⁹ «The Winter's Tale», en W. J. Craig, *The Oxford Shakespeare* (Oxford, Oxford University Press, 1914).

cundarios tienen un impacto directo y son decisivas en relación con otros teatros a miles de kilómetros de distancia. Mientras que la decisión de abrir o no un nuevo teatro secundario es de carácter estratégico, una vez abierto este corresponde al comandante operacional conducir las operaciones con un sentido amplio de la guerra y de sus numerosos frentes mayores y menores. Wellesley sabía que la guerra que estaba librando en la Península Ibérica podía tener un impacto en la guerra que se libraba en Alemania o Rusia. Se trataba de una simple cuestión de matemática de guerra: prolongando una guerra de desgaste se consumían recursos franceses mucho más necesarios en otros frentes. Tercero, en un plano operacional la guerra demostró que todas las armas y servicios son igualmente necesarios. Los aliados practicaron un tipo de guerra combinada y conjunta ilimitada. Un día los barcos de la Royal Navy desembarcaban tropas en el lugar indicado; otro desembarcaban armas y municiones a las fuerzas de la guerrilla. Las ciudades y localidades costeras podían ser protegidas o atacadas con el apoyo de la artillería naval; las embarcaciones servían también como puente improvisado para las tropas terrestres. En definitiva, ejércitos que ni siquiera hablan una misma lengua pueden ser empleados eficazmente siempre que esto se haga con un sentido amplio de la operación. Por último, en un plano táctico la guerra también demostró que algo tan irrelevante como una ración de campaña puede decidir de hecho una batalla. Si al soldado de Wellesley le hubiesen obligado a cargar su equipo con todo lo que podría serle de necesidad en la operación probablemente hubiese carecido de la movilidad y velocidad que se esperaba de él. Una orden aparentemente frívola como la de no llevar la bayoneta montada salvo en caso de emergencia obedecía a una altísima razón estratégica: cuando estaba montada interfería con el cañón del arma y ralentizaba su recarga.

Las doctrinas de Wellesley podrían resumirse en tres palabras: proyección, protección, prolongación. Las fuerzas terrestres fueron proyectadas desde el mar hacia los puntos elegidos de la costa, multiplicando así las posibilidades de despliegue o de evacuación. Las fuerzas navales apoyaron con fuego artillero a las terrestres actuando en protección de estas. Wellesley utilizó todos estos medios conjuntos para prolongar las operaciones y desgastar los recursos de su oponente, llevándole de vuelta a Francia.

Si los grandes hechos y personajes de la historia se repiten, por así decirlo, dos veces, eso es un asunto dialéctico que dejamos a los filósofos.⁶⁰ Sin embargo, no debiera pasar desapercibido para el historiador militar

⁶⁰ Karl Marx comienza su obra *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* parafraseando a Hegel en su idea que los grandes personajes y hechos históricos se suelen repetir dos veces, si bien añadiendo a la afirmación hegeliana: «la primera como tragedia, la segunda como farsa». ¿Fueron los hermanos Bonaparte el mismo personaje histórico solo que unas veces trágico, otras cómico...?

que Napoleón, el vencedor de Egipto, murió olvidado en el exilio en 1821; Wellesley, el vencedor de la Península Ibérica, murió convertido en leyenda en 1852.

Bibliografía seleccionada

- BLACKSTONE, W. (1765), *Commentaries on the Laws of England*, 4 vols., Clarendon Press, Oxford.
- CERVERA, J. (2008), «En Tierra como en el Mar. Los Marineros en la Guerra de la Independencia», *Revista general de Marina*, agosto-septiembre, págs. 293-302.
- CRAIG, W. J. (1914), «The Winter's Tale», *The Oxford Shakespeare*, Oxford University Press, Oxford.
- CROKER, J. (1884), *The Croker Papers: The Correspondence and Diaries of John Wilson Croker*, 2 vols., Charles Scribner's Sons, Nueva York.
- FRANCO, H. (2008), «La Marina en la Guerra de la Independencia», *Revista general de Marina*, agosto-septiembre, págs. 257-266.
- FRIEDMAN, L. (1969), «Conscription and the Constitution: The Original Understanding», *Michigan Law Review*, vol. 67, n.º 8, págs. 1493-1552.
- GURWOOD, J. (1834-1839), *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington, 1799 to 1818*, vols. I-XIII, J. Murray, Londres.
- HALL, C. (2004), *Wellington's Navy: Sea Power and the Peninsular War 1807-14*, Chatham, Londres.
- HOLMES, R. (2002), *Wellington: The Iron Duke*, Harper Collins Publishers, Londres.
- HOWARD, M. (2009), *War in European History*, Oxford University Press, Oxford.
- KEEGAN, J. (2004), *A History of Warfare*, Pimlico Military Classics, Londres.
- LARPENT, G. (1853), *The Private Journal of F. S. Larpent, Judge Advocate General of the British Forces in the Peninsula, attached to the headquarters of Lord Wellington during the Peninsular War from 1812 to its close*, Richard Bentley, Londres (Elibron Classics, reimpresión, 2005).
- LAS CASAS, E. (1823), *Mémorial de Saint Hélène: Journal of the Private Life and Conversations of the Emperor Napoleon at St Helena*, 2 vols., Colburn and Co., Londres.
- MARTÍNEZ-VALVERDE C. (2008), «La Marina en la Guerra de la Independencia – Su apoyo al Ejército, su integración en él», *Revista Ejército*, n.º 532, número Extraordinario sobre la Guerra de la Independencia, págs. 77-88.
- MOORE, J. (1904), *The Diary of Sir John Moore*, 2 vols., E. Arnold Pub., Londres.
- NEILLANDS, R. (2003), *Wellington & Napoleon: Clash of Arms*. Pen & Sword Books, Barnsley, Inglaterra.

- PARET, P. (1986), *Napoleon and the Revolution in War*, en Paret Peter (ed.), *Makers of Modern Strategy*, Princeton Univ. Press, Princeton, New Jersey.
- PARKER, G. (2005), *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge University Press, Nueva York.
- ROTHENBERG, G. (1978), *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, Bloomington, Londres.
- USAF LOGISTICS MANAGEMENT AGENCY (2006), *Quotes for the Air Force Logistician*, 2 vols., Alabama.
- WALTZ, K. (2001), *Man, the State, and War*, Columbia University Press, Nueva York.
- WELLER, J. (1964), «Wellington's Peninsular War Logistics», *Journal of the Society for Army Historical Research*, vol. 42, págs. 197-202.
- WESTMORLAND, J. (1820), *Memoir of the Early Campaigns of the Duke of Wellington in Portugal and Spain*, John Murray, Londres.

DELGADO BARRADO, JOSÉ MIGUEL (DIR.), LÓPEZ ARANCIA, MARÍA AMPARO (COORD.): ANDALUCÍA EN GUERRA, 1808-1814. UNIVERSIDAD DE JAÉN, 2010, 568 PÁGS. ISBN: 978-84-8439-504-1.

Enrique García Hernán
*Instituto de Historia, CCHS-CSIC
CEHISMI*

Nos encontramos ante un libro espléndidamente editado por el servicio de publicaciones de la Universidad de Jaén, con numerosas ilustraciones en color y elementos técnicos, como formato, papel, diseño que lo hacen atractivo al lector. Son muchos los trabajos editados en los últimos diez años para rememorar la Guerra de la Independencia, con diferentes objetivos, como el editado por el Ministerio de Defensa sobre el viaje de José I a Andalucía o el *Diccionario de la Guerra de la Independencia* editado por Actas. Con esta edición se trata de conmemorar la participación andaluza, principalmente en tres aspectos: guerra, sociedad y cultura. Por tanto, no es un libro de historia militar stricto sensu. Ciertamente era necesario mirar a Andalucía desde una perspectiva militar, pues no solo fue importante por las Cortes de Cádiz, sino por dos momentos culminantes, a saber, la batalla de Bailén en 1808 y el sitio de Cádiz de 1810. Como el objetivo es abordar la contienda desde una visión global, en sus diferentes posibilidades históricas y artísticas, el libro cuenta con una

treintena de contribuciones y está estructurado en tres bloques temáticos. Todos los trabajos son de expertos nacionales e internacionales, en general breves, muchos de ellos presentados en otros estudios anteriormente por los autores. Cuentan con aparato crítico y una bibliografía final muy útil, así como un valioso índice de ilustraciones y al final una versión francesa del texto.

Empieza el libro, tras unas palabras del rector de la Universidad, Manuel Parras Rosa, y del director de la edición, y después con aclarador proemio de Emilio de Diego García, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, el gran experto en la Guerra de la Independencia, donde hace un «Balance de un conflicto marcado por la complejidad». Consigna tres referencias básicas para comprender mejor la guerra de supervivencia que fue la de la Independencia: la batalla de Bailén, la «Pepa», y la defensa de Cádiz. En los tres elementos hay mucho de verdad y de leyenda. La primera parte queda bajo el título «La mirada francesa a Andalucía», cuenta con seis contribuciones focalizándose en aspectos sociales y religiosos. Por resaltar un par de autores, puedo mencionar el estupendo trabajo de la doctora Alabrús sobre las relaciones conflictivas entre España y Francia, así como el de Dufour sobre el clero afrancesado. Mucho más interés tiene para la historia militar la segunda parte, con el título «Andalucía: centro del conflicto armado», con once autores. Resulta obligado mencionar los estudios de Bernal Rodríguez, sobre financiación, industria y estructura gremial, así como los de los profesores Esdaile, sobre los ingleses en Andalucía, y Sanz Arrollo, sobre la batalla de Bailén, donde analiza el enfrentamiento desde un punto de vista táctico y especialmente interesante las consecuencias por sus importantes repercusiones. Esdaile, gracias a las memorias de soldados ingleses, pone en cuarentena la afirmación de la sublevación general popular andaluza contra las tropas de Napoleón, como queda patente por la ausencia de una «Zaragoza andaluza» cuando entraron en 1810. La guerrilla actuará después. Precisamente, una buena aportación es la de Díaz Torrejón sobre una revisión del movimiento guerrillero, que no fue solo una guerra de desgaste, sino también una guerra de nervios por la increíble presión que debían soportar los soldados imperiales. En general, se tocan los temas esenciales de la guerra, incluso es de agradecer la inclusión de un trabajo de Guimerá Ravina sobre el sitio de Cádiz de 1810, encomendada la defensa militar al capitán general Castaños y al teniente general Escaño, porque gracias a su heroico comportamiento la Regencia logró mantener la soberanía de la nación, en gran medida porque todavía quedaba algo de la Armada. Creo que los trabajos de Pascua Sánchez y Morgado García quizá hubieran quedado mejor en la primera parte, pues no tocan directamente aspectos militares, sino de género y religiosos. La tercera parte queda titulada «La guerra: cultura, símbolo y propaganda», con nueve aportaciones de grandes especialistas en temas culturales, como Enciso Recio (poder y cultura), Vígara Zafra (artes plásticas), Peña Díaz

(imprensa y libertad), Freire López (teatro), Jiménez Fernández (poetas), Checa Beltrán (Capmany), Sánchez León (música), Ruiz Trapero (moneda); y el más interesante, el de Fernandez Sirvent, titulado «18 protagonistas de una guerra de tinta y fusil (Andalucía, 1808-1814)», donde repasa biográficamente clérigos, militares, juristas, burócratas y eruditos. Entre los militares, reseña a Antonio Alcalá Galiano, Francisco Amorós, el general Joaquín Blake, y el general Francisco Javier Castaños. El libro cuenta con un magnífico epílogo del catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona profesor Ricardo García Cárcel sobre «Las memorias de la Guerra de la Independencia». Dado el gran esfuerzo editorial, hubieran venido bien algunos mapas con operaciones militares e infografías, así como un índice analítico, que incluyera nombres, lugares y temas. Nos encontramos con un espléndido trabajo sobre la Guerra de la Independencia en Andalucía con importantes contribuciones para la Historia Militar de España, por lo que se felicita a los autores y la Universidad de Jaén.

CERDÁ CRESPO JORGE: *CONFLICTOS COLONIALES: LA GUERRA DE LOS NUEVE AÑOS 1739-1748*. PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE, 2010, 293 PÁGS., CART., BIBL., ISBN: 978-84-9717-127-4.

Beatriz Alonso Acero
CEHISMI

Las inmensas posibilidades comerciales abiertas entre Europa y el Nuevo Mundo a partir del Descubrimiento de 1492 generaron desde un primer momento toda una serie de tensiones y conflictos entre aquellos Estados abocados al Atlántico y con intereses evidentes en los beneficios que este tráfico comercial podía deparar. La política de cariz mercantilista que España mantuvo en América alimentó el auge de la ilegitimidad comercial, al tiempo que, ya desde el siglo XVI, se hacía cada vez más evidente la imposibilidad de abastecer los mercados de ultramar por sí sola, lo que facilitaba que se abrieran más grietas por donde otras potencias intentaban rellenar los huecos mercantiles que la metrópoli iba dejando. Llegados al primer tercio del siglo XVIII, dos estados con planteamientos económicos opuestos, basados en su propia situación política, se ven abocados al conflicto en el Atlántico. Por un lado, España, que sigue empeñada en controlar la economía de sus colonias americanas como fórmula para reactivar el comercio interior, pero que aún emplea sistemas productivos deficitarios. Por otro, Inglaterra, en plena expansión económica que le lleva a buscar nuevos mercados para abastecer. A España solo le valen medidas coercitivas como el «derecho de visita», según el cual, a excepción del navío de permiso, todas las mercancías con destino a la América española eran, por definición, contrabando. Por ello, no solo los barcos reales sino los privados con contrato a cargo de la Corona, los denominados guardacostas, podían abordar a los navíos ingleses y con-

fiscar sus mercancías, algo que no era tolerado por el Gobierno británico, que lo calificaba de piratería.

De estos preliminares parte la obra de J. Cerdá Crespo, fruto de la posterior elaboración de su tesis doctoral, presentada en la Universidad de Alicante bajo la dirección de Enrique Giménez López y Jesús Pradells Nadal, que aborda un episodio en absoluto desconocido de las relaciones entre España e Inglaterra, sino más bien al contrario, como reconoce el propio autor, y en el que la historiografía inglesa ha sido, hasta el presente, más detallista y prolija. Sin embargo, el estudio de este enfrentamiento se ha mantenido, por lo general, dentro de los parámetros histórico-económicos, ahondando en las posibilidades del negocio y comercio con América, tanto en el plano legal como ilegal, y se han dejado de lado otros aspectos menos oficiales de la guerra, de acuerdo con las fuentes que tradicionalmente se han empleado para el estudio de este episodio histórico. Por esta razón, el autor ha querido desmarcarse en alguna medida de la línea historiográfica mantenida en relación con el tema que aborda y ha buscado otros puntos de partida, intentando navegar por travesías más innovadoras. Cerdá Crespo entiende la Guerra del Asiento, Guerra de los Nueve Años o Guerra de la Oreja de Jenkins como un conflicto colonial ante todo, dado que es la defensa de sus intereses estratégicos y comerciales en América lo que conduce a España a una guerra en la que, en principio, no tenía ningún interés, a sabiendas de la mayor capacidad de la Marina británica en esos momentos. En este conflicto, esencialmente americano, a tenor del espacio geográfico por el que se batalla y en el que tienen lugar los principales combates entre ambos contendientes, pues sobre todo está en juego la hegemonía en el Caribe, es la clase comercial británica, bien representada en el Parlamento inglés, quien más defiende sus prioridades y quien finalmente logra convencer y llevar a la guerra al, en inicio, partido pacifista de la Corte, con Robert Walpole como cabeza visible. Si bien el autor de este libro indica que ya son conocidas, dedica a establecer las causas que provocan el inicio de este conflicto colonial casi un tercio de su contenido, en lo que se presenta como «Primera parte». En ella se sitúa el marco temporal que define esta guerra hispano-inglesa, analizándose tanto las relaciones comerciales entre ambas potencias desde el siglo xvi, en una somera y genérica panorámica, como las órdenes emanadas por los respectivos Gobiernos sobre este espacio geográfico americano en los años previos a 1739. Además, se establecen las pretensiones británicas como principal causa del conflicto, y se hace eco del fundamental papel desempeñado por la publicística como divulgadora de los acuerdos y desacuerdos previos al conflicto. Igualmente, se atiende a los aspectos relativos al desarrollo naval de las dos potencias enfrentadas. Mientras que las fuerzas navales británicas eran ya antes del inicio del conflicto realmente destacadas, a España, esta guerra de marcado carácter marítimo le llega en un momento en el que, pese a los esfuerzos de las últimas décadas, aún se hallaba muy mermado su

poder naval. Por ello, el triunfo de las escuadras inglesas fue en buena parte debido a la propia incapacidad de los navíos españoles que, ante la imposibilidad de mantener un enfrentamiento abierto con las armadas enemigas, optaron por cumplir dos objetivos básicos como eran el abastecimiento de los presidios americanos y el control del tráfico de caudales entre Veracruz y La Habana. De la mano casi exclusivamente del estudio clásico de J. P. Merino Navarro, el libro que reseñamos resume en unas breves páginas la situación de la Marina de Guerra española desde comienzos del siglo XVIII, estableciendo las causas del retraso en la fabricación de buques desde la centuria anterior y la necesidad de articular, con la llegada de los Borbones, una nueva complejidad constructiva siguiendo de cerca el modelo francés y adaptándola a las necesidades de los tiempos modernos en los que se exigía mayor rapidez, capacidad de carga, maniobrabilidad y ligereza.

La «Segunda parte» se inicia con el estudio del marco geográfico en el que tiene lugar este enfrentamiento. Por un lado aparece la América del Pacífico, totalmente desarmada y en situación de casi abandono por parte de España desde mucho antes de empezarse esta contienda. Por otro, la zona del Caribe y, por extensión, la América a orillas del Atlántico, con más recursos y capacidades defensivas, pero con puntos estratégicos en poder de los ingleses, caso de Jamaica, cuya posesión por el Gobierno británico resultaría crucial para el desarrollo de la guerra, por ser puerto de recogida de naves y, en consecuencia, punto de partida de los ataques ingleses a las colonias españolas. Por encima de estas diferencias y como denominador común, se trata de una América colonial mal guarnecida y defendida, sin apenas escuadras ni fortalezas que la defiendan de agresiones externas. Las operaciones de vigilancia de costas impulsada por Felipe V desde el inicio de los años 30 dan como resultado un mayor apresamiento de navíos ingleses por los guardacostas españoles, lo que precipita el inicio de una guerra que se desarrollaría durante casi un decenio, si bien es cierto que pronto queda solapada con una guerra europea, a tenor del inicio de la Guerra de Sucesión Austriaca tras la muerte del emperador Carlos VI en octubre de 1740. En esta misma segunda parte, se pasa del análisis del teatro de operaciones al estudio de las principales empresas militares que tuvieron lugar en el transcurso de esta Guerra de los Nueve Años, de acuerdo con una metodología tradicional basada en el desarrollo cronológico y en la que el autor combina la narración ágil con una detallada descripción, atendiendo a preparativos de cada operación, composición de las guarniciones, movimientos y despliegue de tropas y escuadras, combates, y resultados para cada bando, descendiendo en ocasiones al relato pormenorizado, casi día a día, de las empresas más decisivas, contenidos todos ellos que, a buen seguro, serán del interés del lector motivado por la Historia Militar. De forma un tanto sorprendente, el estudio de las operaciones se prolonga en la «Tercera parte» del libro, que, a su vez, incluye conclusiones,

fuentes documentales y bibliografía. Aunque el análisis de las principales empresas militares que se desarrollaron en el transcurso de este conflicto obtienen un examen desigual en este libro, algunas de ellas, caso de la batalla de Cartagena en 1741, con la derrota de la flota británica del almirante Vernon por la guarnición española comandada por don Blas de Lezo, sí que son examinadas con el detalle que merece, pues no en vano este combate es considerado como punto de inflexión en el devenir de la contienda. Hubiera sido deseable una mayor profundización en aspectos que fueron decisivos en el devenir de la contienda, caso del papel desempeñado por el espionaje y los servicios de inteligencia, tanto españoles como ingleses. En el caso de los controlados por los Borbones, fueron fundamentales para que algunas operaciones planeadas por los británicos, caso del propio episodio de Cartagena de Indias en 1741, fueran conocidas de antemano por los propios gobernadores, quienes tuvieron opción a organizar una eficaz defensa ante un enemigo, aun a pesar de su superioridad naval. Todo el estudio que nos presenta J. Cerdá Crespo se centra en la forma en que la guerra afectó al territorio americano y como línea argumental se intenta poner en duda el éxito de las plazas coloniales españolas, pues a pesar de ser el de Felipe V un reinado encaminado a racionalizar el gobierno en América, que pretende canalizar la defensa de las posesiones de ultramar y que el ejército asuma la autoridad real en América, lo cierto es que estas reformas se fueron poniendo en marcha de una forma demasiado lenta y paulatina. No se deja de lado, como no podía ser de otra manera, el papel en absoluto secundario desempeñado en esta contienda por Francia y Portugal, estados que también se habían forjado un pasado de tráfico comercial ilegal en las colonias españolas en América, aunque sin llegar al nivel de ingleses y holandeses. En el caso de Francia se hace un especial seguimiento de su relevancia en los inicios de la guerra, siempre apoyando a los Borbones madrileños en aras de lo establecido en los Pactos de Familia, razón por la cual la Corona inglesa tardó tanto en decidirse en abrir hostilidades en el espacio americano, a pesar de lo que demandaban los comerciantes de la nación.

Para conseguir articular el nuevo enfoque de este bien conocido episodio de las relaciones hispano-británicas en el siglo XVIII que se nos anuncia en la introducción, se ha realizado un vaciado bibliográfico notable que abarca hasta las relativamente recientes y fundamentales revisiones llevadas a cabo por J. Black, y en el que, sin embargo, se aprecian ciertas carencias en la consulta y cita de algunas obras, sobre todo relativas a la historiografía británica, caso del clásico de H. Richmond o del más reciente libro de R. Harding sobre la guerra anfibia británica en el escenario americano en los años centrales del siglo XVIII, fundamental para todo lo relativo a las armadas inglesas enviadas a las colonias americanas en los momentos más decisivos de esta guerra. También hubiera sido deseable, en lo relativo a la historiografía española que, junto a la consulta de las obras clásicas para lo relativo al reinado del primero de los Bor-

bones, a la política naval de España en el siglo XVIII o al propio episodio bélico de la Guerra de los Nueve Años, caso de Bethencourt Massieu, se hubieran añadido otros títulos que en los últimos tiempos han analizado esta época de las relaciones entre España y Gran Bretaña, con especial atención al escenario americano, como son los estudios de C. Martínez Shaw, A. Crespo Solana o, dentro de una perspectiva más economicista, R. Donoso Anes. El autor del libro que reseñamos se muestra, por el contrario, más interesado en sacar fruto, y a buen seguro lo consigue, de lo que son sus dos grandes aportaciones a este estudio sobre la Guerra de la Oreja de Jenkins. Por un lado, ha buscado información de este episodio histórico en el Archivo General de Simancas, en la sección de Secretaría de Marina, Expediciones a Indias, donde se han revisado seis legajos pertenecientes al arco cronológico que abarca este período histórico, información que ha completado con algunos otros legajos de Secretaría de Estado, a través de los cuales logra entresacar documentos fundamentales emanados de la pluma de los militares destinados en Indias y de los secretarios de la Corona. Junto a ello, también se ha volcado en esta obra información emanada de la sección de libros manuscritos del Archivo General de Indias. Las opiniones de los oficiales que iban a bordo de las escuadras que navegaron hacia América para enfrentarse con el poder anglosajón, así como la de los secretarios que desde Madrid hacían llegar al rey las circunstancias en las que esta guerra se estaba desarrollando, son continuamente plasmadas en esta obra, que una y otra vez da paso a la cita documental a lo largo de sus páginas. Junto a ello, J. Cerdá Crespo ha recurrido a una fuente periodística fundamental, caso de *El mercurio histórico y político español*, publicación mensual que se ocupó del conflicto con un gran interés desde su mismo inicio. Este periódico, como indica el autor, se enmarca dentro del conjunto de la prensa del momento, que tanto en España como en Inglaterra se hizo eco de las disensiones previas al estallido del conflicto y pretendió justificar las razones de uno y otro contendiente de cara al público y a la comunidad internacional. Aunque la fiabilidad histórica de una fuente de carácter publicístico puede resultar discutible, dada su subjetividad, y siempre ha de ser contrastada con la documentación histórica, algo que sí se hace en este libro, lo cierto es que supone un reflejo evidente de cómo afectó este conflicto a la opinión pública, al menos a esa pequeña parte de ella que no formaba parte de la elevada tasa de analfabetos que en aquellos mediados del siglo XVIII era incapaz de acercarse a la lectura de ninguna publicación. Aun así, partiendo de la sugestiva posibilidad de bucear entre los estados de ánimo de la población española antes y durante el conflicto, el autor se entrega de forma exhaustiva al empleo de esta fuente periodística, especialmente en lo relativo al período previo al enfrentamiento y a los primeros años del mismo, justo hasta que la Guerra de la Oreja de Jenkins adquiere una nueva dimensión por el inicio de la guerra en Europa. De esta forma, se consigue lo que ya en la introducción se subraya como interés principal de la obra, que no es otro que dar una vuelta de tuerca

al conocimiento histórico de esta contienda a partir de unos documentos excepcionales para «vislumbrar la idea que de sí misma tenía la monarquía de los Borbones al inicio de la guerra, y la realidad que experimentó la gente destinada en América al cargo de los buques y del personal» (p. 14). La riqueza de la documentación aportada marca la guía para una obra que se escribe y circunscribe a lo largo de sus casi trescientas páginas siempre en torno al manuscrito, en el caso de los papeles de archivo, o al impreso, en el caso de los periódicos consultados, siendo ello la principal baza y acierto de este libro, al mismo tiempo que se echa de menos una mayor presencia de la interpretación del texto histórico por parte del historiador.

El estudio de este conflicto colonial se cierra, con toda lógica, dado que el hilo argumental es su propia evolución cronológica, con el análisis de sus consecuencias, algo que se articula en un quizá demasiado breve capítulo en torno a los tres personajes principales de los que el autor ha conseguido testimonios de primera mano sobre su valoración final de esta guerra: Francisco de la Vega, Ricardo Wall y Jorge Juan. Junto a ello, se hace un estado general de la cuestión comercial en América al final del conflicto, en la que se pone de manifiesto cómo, tras casi un decenio de enfrentamiento, los temas mercantiles que habían dado lugar al inicio de la contienda continuaba prácticamente en el mismo punto, como si nada hubiera ocurrido en los últimos años. La mejor prueba de ello era que si se establecía una comparación entre el volumen de tráfico ilegal mantenido en los tiempos previos a la declaración de la guerra con los obtenidos al final de la misma, en 1748, el resultado era que no solo no había decrecido sino que había un evidente aumento en el segundo período con respecto al primero. Por ello, cada vez se iba a abrir más en España el debate en torno a la necesaria libertad de comercio en América. En una contienda en la que las grandes operaciones militares brillaron por su ausencia, exceptuando los ataques a La Gayra, Puerto Cabello y Guantánamo, los ingleses habían finalmente conseguido asegurar su comercio en la zona, sin necesidad de incrementar el número de navíos para que la clase mercantil británica pudiera seguir gozando de cierta protección y seguridad en sus intercambios en territorio americano, todo ello a pesar de que la Paz de Aquisgrán firmada en 1748 propugnaba un retorno a la situación inicial, devolviendo todas las tierras a quienes las gobernaban antes del inicio del conflicto. Si bien desde el punto de vista territorial Inglaterra no sacó nada en claro de esta guerra, algo que tampoco pretendió nunca, lo cierto es que Aquisgrán en absoluto supuso una cortapisa a las importaciones y exportaciones en la zona, actividades que seguirían aumentando conforme fuera transcurriendo el siglo XVIII, como un claro antecedente de la hegemonía inglesa en América en el siglo XIX. En este sentido, la guerra consolidó la presencia comercial de Inglaterra en América, pues le permitió entrar en terrenos hasta entonces ignotos en los que poder establecerse de forma ilegal y dar a conocer sus pro-

ductos a un segmento de la población americana al que hasta entonces no habían llegado sus mercancías. Por su parte, España renovó el «derecho de asiento» y el «navío de permiso», algo que se vislumbraba como vital para su economía después de que la guerra provocara una drástica reducción del volumen comercial procedente de las Indias, dado que durante el conflicto había sido necesario paralizar el tradicional sistema de flotas y sustituirlo por el de registros sueltos. Para España, la Guerra de los Nueve Años en absoluto había tenido un resultado exitoso, excepción hecha de la heroica defensa de algunas plazas americanas durante la contienda, a pesar de la evidente superioridad naval británica. La relación de fuentes documentales y bibliografía pone punto final a la obra, que carece de un índice analítico que hubiera sido de gran interés en un texto en el que desfilan sin cesar personajes, lugares, fechas, asedios y batallas. Lo que sí aporta el libro es una esquemática pero interesante cartografía, en la que se intenta, por un lado, situar los enclaves caribeños con las rutas de los caudales de la feria de Portobelo (p. 92), las principales plazas de América del Sur (p. 120), los movimientos de los buques franco-españoles, estableciendo las rutas seguidas por las escuadras de Torres, Pizarro, D'Antain y Segurolo (p.182), así como los de los buques ingleses (p. 194).

CHÍAS, PILAR Y ABAD, TOMÁS (DIRS.): EL PATRIMONIO FORTIFICADO. CÁDIZ Y EL CARIBE: UNA RELACIÓN TRANSATLÁNTICA. UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES, MADRID, 2011. ISBN: 978-84-8138-939-5.

Ana Crespo Solana
Instituto de Historia, CCHS-CSIC

Esta obra pretende ofrecer al lector una exposición detallada y bellamente ilustrada de las fortificaciones militares de Cádiz y de varios países del Caribe. Se trata de un trabajo de apoyo interdisciplinar debido a que une aportaciones desde diversos puntos de vista relacionado con la arquitectura de las fortificaciones militares y la configuración defensiva de los puertos relacionados con la expansión marítima atlántica durante los siglos de la Edad moderna. Coordinado por Pilar Chías y Tomás Abad, profesores de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura y Geodesia de la Universidad de Alcalá, esta colección de artículos ilustra, además, un capítulo importante del patrimonio cultural y arquitectónico hispano en el mundo atlántico.

Dentro del variado programa de actividades que conmemoran el bicentenario de la Constitución de Cádiz, la Fundación José Félix Llopis, la Universidad de Alcalá, y FCC Construcción pusieron en marcha un proyecto destinado a ilustrar en forma de recorrido histórico cultural la arquitectura de fortificación que unen Cádiz y el Caribe. El proyecto se vio reflejado en una exposición en la propia Universidad de Alcalá y el copatrocinio

de cuatro documentales con el nombre genérico de *El Caribe fortificado*, incluidos en dos CD que acompañan al volumen, y que fueron producidos por Eduardo Lizalde Farías, quien cierra también el libro con un capítulo dedicado a sus propias impresiones a lo largo de sus viajes por el Caribe para la edición de este proyecto. Su experiencia supone añadir una perspectiva cinematográfica a la evolución histórica de los países, ciudades, islas y regiones incluidos en los documentales o en los textos: la República Dominicana, Venezuela, Isla Margarita, Guayana, Colombia, Panamá, Portobelo, México, Belice, Cuba, Puerto Rico, Jamaica, Haití o Curazao. Cada escala implica una narrativa hermosamente plasmada en ejemplos y anécdotas de su historia y de sus huellas arquitectónicas.

El cuerpo principal de la obra es en realidad un catálogo de los materiales y textos técnicos que se prepararon para la exposición que se celebró con el nombre de *El Caribe fortificado, bitácora de viaje: de Cádiz a Veracruz*. El trabajo consta de ocho amplios capítulos dedicados, como bien dicen los propios editores en la breve introducción que antecede a los mismos, a explicar, ilustrar y comprender las relaciones y actividades que se desarrollaron a lo largo de los diferentes puertos en la construcción del espacio. De forma transversal, a lo largo de los capítulos se describen las principales pautas y aspectos que relacionaron estos espacios, los agentes protagonistas en la construcción de las fortificaciones así como en la creación de nuevos conceptos arquitectónicos. Los editores expresan así su intención de mostrar «la reconstrucción ordenada de los pedazos, del recuerdo de siglos de actividad común y de intereses no siempre comunes, que han ido tejiendo esa sutil red, más o menos visible.» (p. 20).

Los textos, aunque tienen una breve bibliografía, en algunos casos muy general pero interdisciplinar sobre cada tema tratado, no llevan a cabo un profundo análisis histórico de los procesos. No era esta la intención según los editores, pero sí muestran de forma exhaustiva esta construcción de nuevos espacios así como dan a conocer algunos de los agentes que intervinieron en tales procesos históricos que determinaron la historia del Caribe y las relaciones atlánticas del imperio español. El proyecto destaca quizás por el impresionante aparato cartográfico y los materiales fotográficos que están incluidos en esta bella y bien cuidada edición. La mayor parte de las imágenes cartográficas han sido recogidas en archivos españoles y al mismo tiempo los capítulos incluyen un buen número de notas de archivo de gran interés para los estudiosos del tema. El primer capítulo consiste en una amplia descripción histórico-geográfica de Cádiz, de los más importantes hitos históricos en la construcción de la ciudad que mira al océano desde época prehistórica. Los autores de este texto, que son también los editores del volumen, no escatiman el uso de literatura impresa, aunque no muy actualizada en lo referente a los estudios históricos, y manuscrita, así como fuentes de archivo. Se detienen en explicar cómo se va produciendo el entramado espacial y temporal de una ciudad que articuló sus relaciones históricas a través de conexiones

fluviales, el Guadalete o el Guadalquivir, en la Antigüedad, y que se vio fuertemente impactada por el descubrimiento de América, a finales del siglo xv, convirtiéndose en una de las más importantes vías de conexión con el imperio español de América, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo xvii. Merece destacarse que la utilización de un buen compendio de literatura clásica parece ir en detrimento de una actualización de información existente en investigaciones recientes pero se entiende que los autores no pretendían realizar un buen análisis histórico, incluso tiene algunos pequeños errores en los datos históricos. Fernando Cobos Guerra introduce un interesante ensayo sobre la circulación de los conocimientos de ingeniería existentes en la época y como ello sirvió para la puesta en marcha de importantes proyectos de fortificación. Y aquí hace el autor una buena y ampliada síntesis de las investigaciones recientes sobre los tratados de ingeniería, los ingenieros como agentes de trasvase de tecnología y conductores del verdadero *know-how* de la arquitectura del imperio. En este punto destaca la idea subrayada por el autor sobre la relevancia de lo práctico y de la experiencia transmitida por estos ingenieros que lograron altas cuotas de excelencia en sus labores arquitectónicas. Los cinco capítulos que siguen a continuación ilustran de forma amplia las características que tendrán estos proyectos de ingeniería y su realización material en todo el Golfo de México y área del Caribe, incluyendo las Antillas, aunque solo relegado al área hispana. Milagros Flores Román describe el valor de Puerto Rico como puerto estratégico del imperio con una detenida descripción de su arquitectura contextualizada en datos históricos. El texto de Carlos Flores Marini sobre México, Guatemala y Honduras, va a la zaga del anterior y le sigue una descripción histórico-evolutiva que se detiene en las razones de la importancia estratégica de ciudades como Veracruz, Campeche y San Juan de Ulúa. Acompaña al texto un aparato gráfico interesante e inédito sobre las características técnicas de las murallas. Esteban Prieto Vicioso describe la historia de las fortificaciones de Santo Domingo desde la llegada de Cristóbal Colón, señalando la importancia de estas construcciones en los asentamientos y posterior defensa de los enclaves del imperio. Ramón Paolini aporta un extenso capítulo sobre Panamá, Colombia, Venezuela y Cuba en el que incluye unas cronologías y un apartado bibliográfico que complementan la descripción histórico-técnica que desarrolla. El caso de Panamá, por su importancia estratégica, por ser, «paradigmático», tal como lo define Alfredo Castellero Calvo, es objeto de un capítulo monográfico que supone una ampliación a lo descrito en el anterior texto. Incluye también una breve bibliografía al final, al igual que los capítulos anteriores. En general, parece que el objetivo del libro no es científico en sí, sino de alta divulgación, algo que realmente consigue por lo cuidado de la edición, la calidad de sus imágenes y lo impresionante de sus imágenes cartográficas, muchas de ellas inéditas. Además, aporta unos conocimientos complementarios y necesarios a los estudios sobre historia atlántica, sobre el papel de la expansión hispana en América, sus influencias, redes de

influjos, transmisión de conocimientos científicos, geográficos y técnicos, desde una perspectiva interdisciplinar.

BORREGUERO BELTRÁN, CRISTINA (COORD.): LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EL MOSAICO PENINSULAR (1808-1814). SERVICIO DE PUBLICACIONES E IMAGEN INSTITUCIONAL, UNIVERSIDAD DE BURGOS, 2010, 805 PÁGS. ISBN: 978-84-92681-30-3.

Francisco Arroyo Martín
Doctor en Humanidades

Últimamente es notable el interés que la historia de la Guerra ha generado en el ámbito académico español, en esta tesitura la conmemoración del bicentenario de la Guerra de la Independencia ha convertido este hecho bélico en un importante foco de atención historiográfica y bibliográfica. En el presente caso, Cristina Borreguero, reconocida especialista en la historia militar del siglo XVIII y coordinadora de esta obra colectiva, establece en su prólogo que lo que se pretende es un acercamiento al conocimiento histórico desde el análisis multifocal de la diversidad regional de los territorios de la monarquía española.

El volumen lo componen 36 artículos de especialistas procedentes de España, Francia, Reino Unido y Portugal, que recogen, en gran parte, las aportaciones del congreso internacional que bajo el mismo título se celebró en Burgos en 2008. El planteamiento metodológico intenta conocer qué ocurrió y cómo fue la guerra en cada uno de los territorios de la monarquía española, y realizar estos estudios bajo los nuevos enfoques historiográficos. Junto a estos estudios regionales, se presentan una serie de artículos de carácter más genérico que abordan distintos temas: economía de Guerra, los mitos de la Guerra, propaganda gráfica, etc., bajo un prisma mucho más global. Otro bloque temático se centra en aspectos más estrictamente militares: la guerra de guerrillas, la vida y organización de los ejércitos regulares, batallas, biografías de militares relevantes, etc. Y, por último, otro apartado, con un claro barniz localista, dedicado al estudio de ciertas peculiaridades de la ciudad y región de Burgos relacionados con la Guerra de la Independencia. Evidentemente, al tratarse de una obra miscelánea esta división es arbitraria.

Aparte de los bloques referidos, se presentan dos trabajos relacionados con fuentes historiográficas del periodo de indudable interés; por un lado una selección de relatos sobre diversos sucesos del conflicto, en su mayoría de militares británicos, recopilados por María Teresa Corchado Pascasio («La Guerra de la Independencia en los relatos de militares ingleses», 663-672); y, por otro, un somero recorrido a la evolución de la imagen que sobre el conflicto ha transmitido la historiografía a lo largo del tiempo, realizado por José Manuel Cuenca Toribio («Las memorias

de la Guerra de la Independencia», 347-354). Si bien, no son las únicas aportaciones realizadas en este terreno, pues en varios artículos se hace referencia a la historiografía del conflicto y a la distinta percepción del mismo que se ha tenido en los diferentes momentos históricos en función de la corriente historiográfica dominante; en este sentido, son destacables los artículos de Miguel Rodríguez Cancho («Historiografía y realidad histórica: la Guerra de la Independencia en Extremadura y en Castilla la Nueva», 293-316) o el de Ricardo García Cárcel («Los mitos de la Guerra de la Independencia», 21-46).

El bloque conceptual más importante lo componen los estudios regionales y, en la mayoría de los casos, estos se abordan bajo los siguientes apartados: la situación originaria de la región; circunstancias del alzamiento popular; los órganos de gobierno que se crean y la composición de los mismos; circunstancias de la invasión del territorio; respuesta militar «patriota», tanto la que se realizara desde los ejércitos regulares (español y de la alianza hispano-luso-británica), como desde las milicias populares o la guerrilla; y tras la expulsión de las tropas imperiales, cómo se produjo la instauración constitucional y la posterior restauración absolutista. Dentro de este esquema los autores hacen mayor o menor hincapié en cada uno de los apartados en función del objeto de su estudio y de su propia idiosincrasia e interpretación del hecho histórico.

Ofelia Rey Castelao («La Guerra de Independencia en y desde Galicia», 57-88) aborda la situación gallega destacando una resistencia eminentemente popular y localista. El caso asturiano es de especial significación por el papel que jugaron sus enviados a Londres en la alianza con el Reino Unido, y lo afronta Alicia Laspra Rodríguez («Asturias, Castilla y la política antinapoleónica del Reino Unido», 89-114). La importancia del estudio de la Guerra en Aragón radica en la extraordinaria mitificación que tuvo lugar con sus hechos más notorios; en este sentido, Eliseo Serrano Martín («Patriotas, héroes y vasallos: la Guerra de la Independencia en Aragón», 143-170) destaca que últimamente han adquirido un tinte más localista, más nacionalista, bajo una perspectiva fundamentalmente popular y política. Sobre la complejidad del caso catalán, cuyo territorio pasó a formar parte directamente de la administración imperial, Antonio Moliner Prada («La ocupación de Cataluña y la resistencia en la Guerra del Francés», 171-198) incide en las connotaciones sociales que tuvo el levantamiento popular y en el conflicto civil que se produjo entre los *patriotas* y los *afrancesados* o «entre partidarios y contrarios a la revolución». José Juan Vidal («La Guerra de la Independencia en Valencia, Murcia y Baleares», 237-272) analiza el proceso en los territorios orientales de la península, destacando el papel de los refugiados de uno y otro bando: los *afrancesados* que acompañaron a José I en su retirada de Madrid; y los *patriotas* que se refugiaron en Mallorca tras la ocupación francesa. La trascendencia de la Guerra de la Independencia para los territorios americanos es hoy incuestionable, pero Bernat Hernández («Las Indias hispánicas, entre

guerra y revolución desde 1808», 273-292) en su contribución a la obra lleva a cabo una interesante exposición que hace participar al proceso emancipador del periodo de transición entre el Antiguo Régimen y el moderno estado-nación contemporáneo. Por otro lado, María Emelina Martín Acosta y Adelaida Sagarra Gamazo («Las Cortes de Cádiz, Castilla y la independencia de América», 473-496) complementan la interpretación de este proceso analizando la herencia de las cortes gaditanas en las nacientes repúblicas americanas. Ya nos hemos referido a Miguel Rodríguez Cancho en cuanto a sus aportaciones a la historiografía del periodo, pero en su artículo, además, destaca la importancia geoestratégica de las regiones de Castilla La Nueva (La Mancha en particular) y Extremadura para el desarrollo militar de la guerra, y las graves consecuencias que para la población tuvo esta circunstancia. Similares vicisitudes se vieron en la otra región castellana, según el trabajo de Francisco Carantoña Álvarez («El levantamiento de 1808 en Castilla y León: las Juntas Provinciales y la Junta de León y Castilla», 399-430), si bien en este caso el autor significa en las controversias que mantuvieron la Junta de León y Castilla con el general Cuesta, por un lado, y con el Consejo de Castilla, por otro; el deseo de los militares y de las instituciones del Antiguo Régimen de controlar los incipientes órganos de poder político surgidos con el levantamiento popular. Manuel Moreno Alonso («La guerra desde Sevilla: el tiempo de la Junta Central», 317-334) se centra en su trabajo en el análisis del papel que jugó la Junta Central sevillana en los primeros momentos del levantamiento, en los que asumió, con una gran carga de voluntarismo político, la dirección militar del desastrado ejército español. El papel de la ciudad de Madrid, como capital del reino, es decisivo en el desarrollo de la guerra y en este caso llegará a serlo por hechos contrapuestos: la reacción visceral del levantamiento del 2 de mayo de 1808 y la controvertida capitulación de Castelar y Morla del 4 de diciembre; María Dolores Herrero Fernández-Quesada («La Guerra de la Independencia en Madrid: del levantamiento a la capitulación», 367-398) presenta un gran trabajo de contextualización de ambos hechos históricos. Dentro de este bloque no podía faltar Portugal, el único territorio peninsular ajeno a la monarquía española, que es abordado por el historiador portugués Antonio Ventura («Portugal y España en 1807-1808: de enemigos a aliados en la lucha contra los franceses», 47-56) quien destaca cómo las relaciones entre Portugal y España, desde la Revolución Francesa, estuvieron marcadas por sus alianzas «tradicionales» con Gran Bretaña y Francia; y cómo la colaboración de algunas Juntas españolas en los alzamientos portugueses fueron, en ciertos casos, decisiva.

El segundo gran bloque temático lo conforman los artículos que tratan los distintos temas alejados de la perspectiva territorial. Así, Ricardo García Cárcel («Los mitos de la Guerra de la Independencia», 21-46) nos habla de los mitos de la guerra, de cómo su valor simbólico ya fue interpretado desde su creación por las corrientes *liberales* y *conservadoras* de

acuerdo a sus intereses, y de cómo ha mutado en función de los tiempos. De gran interés es el artículo de Agustín González Enciso («El influjo de la Guerra de Independencia en la renovación de la economía», 115-142) en el cual remarca la profunda renovación que se produjo en España en las estructuras sociales y económicas; renovación incuestionable después de 1814, si bien condicionada por elementos anteriores. Muy ligado a las consecuencias en la economía de la contienda fue la pérdida de la primacía de la exportación de lana merina a Europa, tras la extracción que realizaron los franceses de rebaños merinos a Francia, como asevera Ángel García Sanz («La extracción a Francia de ganados merinos y la decadencia de la trashumancia castellana», 431-450). De gran actualidad son los artículos firmados por Ricardo M. Martín de La Guardia («Armas de papel: Prensa y propaganda en la Guerra de la Independencia», 451-472) y por Alfredo Bueno Jiménez («Gráfica en la Guerra de la Independencia española: vertientes propias y paralelas con la iconografía de la emancipación americana», 649-662) ambos encuadrados en el estudio de la cultura de la guerra; el primero analiza con precisión el importante papel que jugó la prensa escrita como medio para justificar las acciones de los distintos bandos; y el segundo se centra en el análisis de la iconografía como elemento transmisor de simbologías y alegorías, tanto en lo relativo a la guerra como al proceso emancipador americano.

Los aspectos más genuinamente militares tienen una gran presencia en la obra. Gérard Dufour («Oficiales franceses en el ejército español de José I», 335-346) nos presenta en su trabajo el esfuerzo del hermano de Napoleón en regenerar el *ejército español* con la creación de unidades y la promoción de los hombres que le habían acompañado desde Nápoles. Breve pero enjundiosa es la colaboración del maestro Miguel Artola («La guerra de guerrillas», 355-366) que analiza el fenómeno de las guerrillas alejándolo de bizarras interpretaciones y fija su origen en las deplorables condiciones en las que queda el ejército de España tras la pérdida de los puestos de la línea del Ebro, además de señalar los intentos de regularizar esta nueva forma de hacer la guerra y las estrategias más comunes de la misma. Precisamente la preparación y el desarrollo de la ofensiva del Ebro por el entonces victorioso ejército español tras Bailén, y el desastre que lo siguió, es el objeto de estudio del artículo de Andrés Cassinello Pérez («La situación en el alto Valle del Ebro a finales de 1808: las batallas de Gamonal Espinosa y Tudela», 519-540). En esta guerra fueron numerosos los sitios de ciudades, a este respecto encontramos dos artículos específicamente dedicados a los sitios de Lérida y de Ciudad Rodrigo: el primero firmado por Antoni Sánchez i Carcelén («La represión francesa durante la Guerra de la Independencia en Lleida», 773-792) y el segundo por Raúl Velasco Morgado («Enfermedad y muerte en Ciudad Rodrigo durante la Guerra de la Independencia», 793-805). La guerra es una actividad humana y el estudio de las personas que «hacen la guerra» no puede quedar fuera del conocimiento histórico, por esto son muy in-

teresantes las aportaciones de Javier Iglesia Berzosa («Mito y realidad de Juan Martín Díez, el Empecinado: Nuevas aportaciones biográficas», 697-712) sobre uno de los mitos de la Guerra de la Independencia: El Empecinado; y de Óscar Raúl Melgosa Oter («La vida cotidiana de un gobernador francés en España: el general Dorsenneen Burgos (1810-1812)», 733-752) en este caso sobre el gobernador de Burgos, el general francés Dorsenneen.

A caballo entre este bloque y el que centra su atención en acontecimientos burgaleses, estarían los artículos de Diego Peña Gil («El Regimiento de Húsares de Burgos», 753-772) que describe el origen, creación, estructura y acciones más relevantes en la guerra de la unidad de caballería Regimiento de Húsares Voluntarios de Burgos; de José María Blanco Núñez («Marinos burgaleses y tropas de marina en Burgos durante la Guerra de la Independencia» 497-518) que dedica su capítulo a la participación de burgaleses en la marina; y del británico Charles J. Esdaile («Otoño en Castilla la Vieja: la campaña de Burgos y las relaciones hispano-británicas», 587-606) en el cual destaca el fracaso de Wellington frente a las murallas del viejo castillo de Burgos en 1812, cuestionando la tradicional versión inglesa que culpa del fracaso a la inoperancia de los españoles. Más estrictamente centrados en determinados aspectos burgaleses son las aportaciones de Félix María Castrillejo Ibáñez («La ciudad de Burgos, ejemplo de ciudad ocupada: entre el colaboracionismo y la resistencia», 541-566); de René Jesús Payo Hernanz y Alberto Cayetano Ibáñez Pérez («La invasión francesa y el Patrimonio Catedralicio: el caso de Burgos», 567-586); de María Dolores Antigüedad del Castillo-Olivares («Arte y conflicto bélico en Burgos: coleccionismo y expolio», 607-634); de Carmen Alonso Fernández («Demografía del conflicto a través de la arqueología: el caso burgalés», 635-648); de Ángel Gonzalo Gonzalo («Desde la experiencia: el clero de Burgos ante la invasión francesa», 673-696); y de Juan José Martín García («La Guerra de la Independencia en el norte de la sierra de La Demanda: revisión de algunos presupuestos sobre el desarrollo industrial y reacción frente al Francés», 713-732). Por último, dentro de este apartado de estudios locales, está el trabajo presentado por Hugo O'Donnell y Duque de Estrada («Canarias en los inicios de la Guerra de la Independencia: defensorio de la Junta Suprema de Canarias y del teniente de rey de Santa Cruz de Tenerife Carlos O'Donnell», 199-236) centrado en el conflicto habido entre Carlos O'Donnell y el marqués de Casa Cagigal.

El uso en el título del término «mosaico» es, sin duda, un acierto, pues así es como el lector va a obtener la imagen final y las conclusiones más significativas: tendrá que alejarse de las teselas para obtener la idea de conjunto, si bien, esto le obligará a perder concreción y detalle de cada una de las partes. Además, la nómina de autores es abundante en número y en la calidad de sus trabajos e investigaciones, lo que garantiza una calidad media más que aceptable de los artículos, si bien, las peculiarida-

des estilísticas, metodológicas, etc. de cada autor dificulta la extracción de conclusiones globales.

Otro acierto en la selección de trabajos es la inclusión de artículos que analizan el impacto de la Guerra de la Independencia en lugares extra-peninsulares independientemente de la incidencia directa del conflicto armado, como es el caso de las Islas Baleares que al quedar libre de la invasión de los ejércitos napoleónicos, sufrió las consecuencias de convertirse en tierra de refugiados y prisioneros; o las diferentes reacciones de los virreinos americanos a los sucesos que acontecían en la península.

ALBAREDA SALVADÓ, JOAQUIM: *LA GUERRA DE SUCESIÓN DE ESPAÑA (1700-1714)*. CRÍTICA, BARCELONA, 2010, 553 PÁGS. ISBN: 978.84-9892-310-0.

Enrique García Hernán
Instituto de Historia, CCHS-CSIC
 CEHISMI

El autor de este libro magnífico es catedrático de Historia Moderna en la Universidad Pompeu Fabra y ha dedicado muchos años de investigación al análisis del reinado de Felipe V y su relación con Cataluña, con notables contribuciones. En esta obra hace una exposición de la bibliografía y sigue las líneas de trabajo que a lo largo de las últimas décadas se han llevado a cabo, especialmente, en España, recogiendo gran parte de sus propios trabajos como reputado especialista y aportando novedades, para lo cual ha utilizado principalmente fondos inéditos del Archivo Histórico Nacional y del Haus-, Hof- und Staatsarchiv de Viena. Ante todo hay que decir que el título puede confundir, pues no se trata de un libro de historia militar, ni tampoco analiza al detalle la Guerra de Sucesión, si bien a través de sus páginas trata diversos aspectos relacionados con la guerra. En este sentido, se debería haber añadido un subtítulo, como «el frente catalán», o algo similar. Seguramente una única monografía sería incapaz de abordar todos los complejos problemas que suscitó el enfrentamiento, de ahí que intencionadamente deje de lado los frentes de los Países Bajos e Italia, que recientemente comienzan a ser más estudiados. El autor divide la obra en catorce capítulos que tratan de seguir el orden cronológico de los acontecimientos que enfrentaron a Felipe V con Carlos III de Austria el Archiduque. Aborda el modo en que por medio de una guerra civil se desafiaron dos concepciones distintas de la política y su concreción en España y en particular en Cataluña, y en cierto modo dos ejércitos distintos. El objetivo del autor es ofrecer un elemento nuevo interpretativo sobre el desarrollo del Estado moderno. Afirma que la presunta modernidad que trajo el absolutismo debe someterse a revisión y hace un juicio negativo del reinado de Felipe V presentando claves explicativas de cómo se desarrolló la guerra, cómo se organizaron las dos Españas y cómo se consolidó el nuevo régimen borbónico. El

autor se centra intencionadamente sobre todo en el bando austracista, y en concreto en Cataluña, de modo que en los capítulos 11, 12 y 13 hace importantes aportaciones de historia militar sobre la guerra en Cataluña, que seguramente es lo más novedoso.

Este libro supone una buena aproximación al contexto político internacional de la Guerra de Sucesión y el lector quedará satisfecho por el esfuerzo sintético del autor. Utiliza muy bien la bibliografía existente, haciendo continuas referencias a las investigaciones de Henry Kamen, Virginia León, Ricardo García Cárcel y Carlos Martínez Shaw, entre otros muchos. Las primeras cien páginas, que engloban los cuatro primeros capítulos, son una explicación de cómo se llegó a la Guerra de Sucesión. Después, en los capítulos 5, 6 y 7, aborda el felipismo y el austracismo, los inicios del conflicto y el triunfo militar de Carlos III en Barcelona, Madrid y Valencia. Los capítulos 8 y 9 se centran en la contraofensiva borbónica y final de la guerra. El capítulo 10 está dedicado a los tratados de paz; los capítulos 11, 12 y 13 trata en otras casi cien páginas las consecuencias de la victoria felipista en Cataluña, que de por sí formaría un monografía independiente. Concluye con el capítulo 14 sobre la paz de Viena.

Sin quitar ningún mérito al excelente trabajo y alejándonos de la mera recensión académica, con el propósito de ofrecer nuevas líneas de investigación, creo que se deben tener más en cuenta los estudios previos sobre el ejército de Carlos II en Flandes, en Milán, en la corona de Aragón y en concreto durante la guerra de los Nueve Años (1689-1697), con autores clásicos como Matthew O'Connor (Dublin 1845) y modernos como Don Maffi (2007), J. Childs (Manchester 1991), Antonio Rodríguez Hernández (Madrid, 2007), J. Montes Ramos (1999), así como entrar en el debate historiográfico sobre la discutida decadencia militar durante el reinado de Carlos II y la necesidad imperiosa de Felipe V de contar con un ejército, con importantes artículos de C. Borreguero y C. Storrs, publicados en *Estudis* (2001) y *War in History* (1997 y 1998) y A. Espino (*Studia Historica*, 1999), así como la financiación con trabajos como Parrot, Bernal, Torres Sánchez, etc.

Por centrarme en aspectos de historia militar, en general este libro no representa –porque el autor no se lo propone– un gran avance a la investigación realizada por Virginia León y Francisco Andújar, ni tampoco a las diversas contribuciones presentadas en diversos congresos y jornadas (Cátedra del general Castaños, Madrid 2001), (J. M. de Bernardo Ares, Madrid 2007), (Álvarez-Ossorio – García García, Madrid 2007). Una investigación específica resulta, pues, necesaria, y este autor podría hacerlo muy bien, con referencias obligadas a los trabajos de Pilar León Tello con los documentos del archiduque Carlos en la Sección de Estado del AHN. Se trata de 46 legajos y 26 libros que llegaron a Madrid procedentes de Viena en 1923 y que utilizó Virginia León y esperan todavía ser analizados profundamente, especialmente las 1.345 consultas del Consejo de Gue-

rra del Archiduque. Por otro parte, hay que tener en cuenta la documentación borbónica del Archivo Militar de Madrid, donde se guardan numerosos libros registro del Consejo de Guerra, cuyo regesto está publicado por el Ministerio de Defensa (http://www.portalcultura.mde.es/cultural/archivos/_INSTRUMENTOSDEDESCRIPCION/Archivo_003.html).

En este sentido, hay que decir también que a comienzos del siglo xvii las milicias locales continuaban prestando servicio en diversas ciudades como fuerza de interior, tanto al servicio del Archiduque como de Anjou. El proyecto de creación de un cuerpo de milicias dependientes del rey se hizo realidad en 1704, como unidades de apoyo del ejército permanente por medio de un reclutamiento por sorteo, aunque el proyecto se abandonó al finalizar la guerra. No obstante, fue el precedente de las Milicias Provinciales creadas en 1734.

Un aspecto importante que debe tratarse el futuro es el de las Ordenanzas Militares y hacer un careo entre ambos ejércitos. Así, las *Ordenanzas del rey Carlos. Tratado de regimientos. Ordenanzas de los oficios. Relación de los oficiales mayores y plano mayor del ejército... Barcelona, 20 de marzo de 1706*, son de capital importancia para comprender mejor el ejército austracista. Estas ordenanzas se imprimieron en 1707, aunque disponemos de una edición facsímil del manuscrito original editada por el Ministerio de Defensa de 1987. Son 109 artículos que derogaban las ordenanzas de 1632 estructurados en cinco grandes títulos. También en este fondo del AHN se encuentra mucha documentación militar perteneciente a la Veeduría y Contaduría, y quizá lo más importante, se encuentran los consejos de Guerra tenidos entre 1706 y 1713. Por otro lado, contamos con las ordenanzas de Felipe V, tituladas *Ordenanzas militares para la formación de las milicias del reino que manda cumplir el rey nuestro Señor don Phelipe V, Madrid, Antonio Bizarrón, 1704*, donde se impone la bayoneta, así como el *Reglamento para que la infantería, caballería y dragones que al presente hay y hubiere en adelante en mis ejércitos de España se pongan en pie y el número de oficiales y soldados... con las ordenanzas aquí insertas...*, Madrid 1704, Nápoles 1705. Aunque más importantes fueron las Ordenanzas de 1716 donde se regulan las unidades de infantería y caballería. En realidad fue un momento reglamentista que se consolidó en 1724 con una importante reforma militar, analizada por Andújar y Borreguero, especialmente el cambio de tercio a regimiento. Por parte borbónica, también en el fondo de Guerra de Sucesión del AHN se encuentra la correspondencia mantenida con los mandos borbónicos, especialmente con José Grimaldo, especialmente interesante para descifrar las causas de los reveses borbónicos entre 1705 y 1706 en Lérida, Barcelona, Zaragoza, Alicante y Valencia, material que ha sido utilizado por Concepción de Castro, *A la sombra de Felipe V. José Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*, Madrid 2004, que el autor cita numerosas veces en su libro. Resultaría interesante y necesario un estudio comparativo de las distintas ordenanzas militares, así como un análisis del consejo de guerra tanto de Felipe como

de Carlos, con un análisis sobre cómo utilizaban la venalidad, el ascenso de contratistas y proveedores, premiados con títulos nobiliarios, y estudios de los cinco comisarios de guerra creados en 1703 y de la Secretaría del Despacho de Guerra.

La guerra naval dice que apenas tuvo lugar en América, aunque sí mucha tensión y algunas escaramuzas, de modo que interfirió seriamente las rutas transatlánticas y acrecentó la actividad de corsarios ingleses y holandeses y en ocasiones de borbónicos. Es necesario una explicación más profunda del fracaso naval austracista, toda vez que tenía una armada mejor que la borbónica y hubiera sido capital para mantener Cataluña. En especial es prioritario una explicación de por qué las tropas aliadas no atacaron a las borbónicas en el norte de África, de modo que Felipe V tuvo que defender Ceuta de un sitio de 34 años (1694-1727), y Orán, que se pierde en 1708 y se recupera en 1732.

Algunos personajes convendría que fueran analizados por su proyección militar, como los confesores jesuitas franceses Daubenton y Robinet, cuya orden fue identificada con la causa borbónica, si bien hubo austracistas, como el célebre cardenal Álvaro de Cienfuegos, un austracista convencido, o el jesuita alemán Miguel Schabel. También es necesario un careo con el célebre jesuita matemático y experto militar húngaro Jacobo Kresa, que fue confesor del Pretendiente y tuvo una importante actividad en Barcelona, quizá porque hablaba bien el catalán.

Felipe V heredó el ejército de Carlos II, prácticamente en bloque se adhirió al Borbón, pero los catalanes no se abrazaron masivamente al ejército del Habsburgo, salvo el momento puntual de 1714, con hombres procedentes de la corona de Aragón como resultado de la derrota de la batalla de Almansa. El Archiduque Carlos sí contó con la colaboración de grandes militares, como el príncipe Eugenio de Saboya, Darmstadt, el marqués de las Minas, el almirante de Castilla, el conde de Oropesa, y el conde de la Corzana, que había sido miembro del consejo de guerra con Carlos II, y ganó incluso algunos borbónicos que pasaron a su bando, como el mariscal Antonio Villaroel. El consejo de guerra de Carlos se encargó de todo lo referente a la organización de un ejército muy heterogéneo. El consejo de Guerra de Felipe fue perdiendo atribuciones reducido finalmente a un mero tribunal de apelación, pero mantuvo una composición mucho más hispana y uniforme, a pesar de que los grandes militares que han pasado a la historia son franceses, como Asfeld, Oreláns, Vendôme, Berwick... Felipe V amplió sus potestades para nombrar todos los cargos del ejército y creó la Guardia de Infantería y la Guardia de Corps, arrebatando al Consejo de Guerra sus principales competencias para transferirlas a la Secretaría del Despacho de Guerra. Un análisis de los nombramientos de oficiales recogidos en los libros registro del Archivo General de Simancas aclararía la verdadera aportación hispana al ejército de Felipe y replantaría la presunta masiva

aportación militar francesa a la causa borbónica. En este sentido, se podría explotar más las referencias a la biografía sobre Orry (Dubet 2008; Hanotin 2009) y determinar cuál fue la aportación real de Francia, que es un análisis pendiente.

El reclutamiento privado fue el método más extendido. Entre 1702 y 1707 se crearon 72 regimientos borbónicos, con 40 hombres en pie de guerra, mientras que Carlos tuvo grandes dificultades para el reclutamiento, básicamente tuvo que depender de Gran Bretaña, en cierto modo por no controlar el terreno y por error estratégico de ir directamente a Madrid y no dominar la mayor extensión posible de Castilla, acaso porque sus mandos no conocían bien la geografía castellana. El autor sostiene acertadamente, a mi juicio, que el talón de Aquiles de Carlos fue la falta de contingentes navales y militares y la escasez de recursos para mantener la guerra. Sería conveniente ver cómo unos y otros conseguían el dinero para el mantenimiento de la guerra. Así Felipe, dice, recurre a Francia (cuya fidelidad a la causa fue pendular), pero sobre todo cuenta que el recurso de Nápoles y Milán; mientras que Carlos acude a los asentistas españoles, que no eran asentistas de profesión, los que suministraron a Carlos II. El autor sostiene que el mayor problema con que contó el archiduque fue la falta de coordinación de los mandos militares, con opciones algunas contradictorias, afirmación que requiere una mayor investigación. No cabe duda que Carlos contaba con grandes militares, como Basset, coronel de Ingenieros. No obstante, es verdad que defendieron diferentes estrategias en una situación de falta de mando único. Quizá lo que más influyó fue que Felipe controlaba las tierras que proporcionaba el alimento a las tropas. Esto explica que los aliados tuvieran éxito en Blenheim (1704) y Ramilliers (1706), Lille (1709) y no en España, especialmente en la batalla de Almansa (1707).

Sería interesante tratar por extenso la participación de irlandeses que menciona el autor, quizá el grupo que dirijo (www.irishinspain.es) lo haga, tanto con los borbónicos como con los felipistas, y resaltar personajes como Tobías de Bourk (uno de los inspiradores de la Nueva Planta) o Patrick Lawles, o irlandeses austracistas como Guillermo Nugencio, y así interpretar mejor el jacobismo y la tremenda permeabilidad para pasar de un bando a otro, cuya caso más representativo podría ser Thomas Fitzgerald, embajador en Londres, o el propio Ricardo Wall.

La paz no llegó sino hasta 1725, año en que Carlos dejó de ser considerado rey de España, aunque se siguió intitulando así hasta su muerte en 1740. Es verdad que hubo represión por parte borbónica en Cataluña, especialmente con la construcción de la Ciudadela aunque también la fortaleza trajo prosperidad (el trabajo de Muñoz Corbalán aporta ideas originales sobre la aportación militar, 2003). Me parece exagerado decir que el exilio de 1714 de 25.000 personas «alcanzó unas dimensiones sin

precedentes hasta entonces en la Historia de España». Muchos de estos exiliados participaron en los ejércitos imperiales, con cinco regimientos de españoles, con nombres destacados como el coronel Desvalls, con la creación del Hospital de los Españoles en Viena para soldados austracistas. También resulta matizable la afirmación de que con la consolidación de Felipe V se llegó a la conclusión política de la decadencia española, lo cual contradice el éxito militar posterior, especialmente en el Mediterráneo, al conseguir la aportación militar de todos los reinos, dando por supuesto que el pactismo desapareció por completo, seguramente porque Felipe V fue más generoso con sus enemigos que Carlos V con los comuneros. En este sentido, siendo coherentes con el austracismo catalán, convendrían algunas palabras, aunque sean de crítica, al tradicionalismo catalán de Canals Vidal (Madrid, 1995) o al napolitano de Elías de Tejada, lo mismo que referencias a la composición de las casas reales de los litigantes, cuyo desglose nos ofrecería una idea mejor acerca de las fidelidades antiguas y modernas.

En general el autor, quizá porque no es un libro de historia militar, sigue el mito de la decadencia del ejército de Carlos II y el apoyo militar incondicional de Francia a Felipe. De este modo acepta la premisa de la decadencia militar que heredó Felipe. Esto contradice que tal ejército pudiera hacer frente y ganar al del archiduque que contaba con el auxilio de las potencias aliadas (Imperio, Holanda, Inglaterra y Portugal), los cuales debían haber vencido a las tropas borbónicas, que tan solo recibieron ayuda parcial y temporalmente de Francia. Una vez retirado el apoyo francés, siguiendo el mito sería difícilmente explicable el éxito militar en Cerdeña, Orán y otros frentes. Ciertamente el ejército Habsburgo que heredó Felipe V no era nada despreciable, de modo que a finales del siglo XVII sin contar presidios y armada, tan solo los efectivos terrestres superaban los 100.000 hombres, la mitad de los cuales eran españoles y resto de otras naciones. En 1703 Felipe contaba con 100.000 efectivos de infantería, 5.000 de caballería y 20 barcos de guerra. Terminada la guerra reduce las tropas y aumenta las pagas.

Se ha admitido que el fracaso del archiduque se debió a la heterogeneidad de las tropas y falta de un mando único de prestigio. Habría que buscar además otras razones. Virginia León habla de falta de apoyo local, de desconocimiento geográfico y fallo en las comunicaciones. Ciertamente el espionaje fue clave, ahí están los trabajos de David González Cruz. Además de estas razones habría que añadir la efectividad del ejército de Felipe V y especialmente la poca adhesión militar de la corona de Aragón a la causa austracista. Una cronología militar y mapas hubieran mejorado la comprensión del texto. Nos encontramos, pues, con una gran aportación que sirve muy bien sobre todo a los que quieren adentrarse a conocer el proceso de la Guerra de Sucesión en especial en Cataluña y que abre con gran tino nuevas líneas de investigación de historia militar para el primer tercio del siglo XVIII en España.

ALCALDE FERNÁNDEZ, ÁNGEL: LAZOS DE SANGRE. LOS APOYOS SOCIALES A LA SUBLEVACIÓN MILITAR EN ZARAGOZA. LA JUNTA RECAUDATORIA CIVIL (1936-1939). INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO», ZARAGOZA, 2010, 246 PÁGS., ISBN: 978-84-9911-039-4.

Cristóbal Robles Muñoz
CCHS-CSIC, Madrid

Esta es la publicación 2936 de una institución, nacida en 1943. En la actualidad, según su web edita anualmente unas 70 publicaciones.

El autor es un joven historiador. El libro fue presentado en septiembre del 2008 para obtener su Diploma en Estudios Avanzados en Historia, Universidad de Zaragoza. El autor contaba 27 años. Fue dirigido por Ángela Cenarro. Ella, como directora, y otros profesores del Departamento de Historia Contemporánea, con sus publicaciones, han guiado este trabajo. Se ve así desde la introducción. Este es un dato que va más allá del mero uso académico de dar gracias a quienes han ayudado. Guiar significa aquí situarse en la misma trayectoria y usar los mismos instrumentos para orientarse en el trabajo y enmarcar su contexto, y las herramientas conceptuales que permiten interpretar el asunto.

Estas líneas son importantes si se quiere valorar justamente un trabajo, cuyo centro es el estudio de la Junta Recaudatoria Civil. A través de ella se encauzaron los apoyos sociales a la sublevación y la resistencia ya desde antes de que acabara julio de 1936. En torno a esto, con la ayuda los profesores del departamento en el que se ha redactado este trabajo, se traza un amplio, necesario, pero quizás desproporcionado contexto que, siendo útil, es lo menos original.

Este libro procede de un requisito académico para obtener un diploma. Tenido esto en cuenta, su valoración es mucho mejor y, sobre todo, más justa. Hay que decir lo mismo respecto a la fecha. La historia que se escribe forma parte de la historia que viven los que la redactan. 2007-2008 eran ya años de revisión de los antecedentes inmediatos a la transición y del modo en que esta se hizo.

Revisar la Guerra Civil desde los vencidos en ella era una reivindicación. Se convirtió en una cuestión histórica, porque la demanda de justicia hacia ellos lo exigía. En ello estaban quienes los nombrados en el cierre de la introducción (p. 24). Es legítimo. Es un hecho. El debate sobre ambas cosas es posible. No debería ser inoportuno, sino deseable.

Alcalde asume que la Guerra Civil no fue una guerra de clases entre proletariado y burguesía. Casanova recuerda que en ella entraron «lealtades y convicciones no clasistas». ¿Eran meros «lazos de sangre», expresión escogida en el título? Cuestionaron esa simplificación, de guerra de clases y de revolución, Manuel Azaña y José Díaz. Este lo hizo, rectificando

a partir del II congreso del Kominter, noviembre de 1936, y lo mantuvo en su carta de rectificación a *Mundo Obrero*, el 30 de marzo de 1938. Alcalde se ha atrevido a ampliar y superar esa perspectiva, asumiendo un riesgo, «un difícil ejercicio», en palabras de Casanova en 1994 (24).

Jesús Ignacio Bueno Madurga (100) habló 5 años más tarde del fracaso de la vía posibilista de las elites conservadoras, del miedo al ascenso de las fuerzas de izquierda, de la insuficiencia de estrategia, política y social de aquellas, y de la deriva hacia la violencia. Esta solución, anunciaba por la izquierda obrera, generó un temor que empujó a rechazar cualquier salida que no fuera la derrota del enemigo. Esta es una de las claves para entender lo que pasó en Europa en ese tiempo, que Hans Kelsen llamó «la crisis de la democracia». Los sucesos de octubre de 1934, el significado dado a la victoria del Frente Popular en 1936, revelan que la izquierda también eligió la violencia. Lo hizo desde el miedo. Lo reconoció hace años Vicente Palacio Atard, en 1973, examinando los sucesos de octubre.

Todo esto hizo que la Guerra Civil no admitiera ni mediación ni tregua...Y que esa forma de guerra en la retaguardia, que fue la represión criminal contra el no adicto, fuera tan fieramente inhumana. Se produjo una «deshumanización del adversario político». Es este un aspecto del «holocausto español» que a veces se descuida al hablar de las víctimas no combatientes. Esto va más allá de la paramilitarización de la política. Los que asesinaron a los prisioneros de guerra (101) se movieron en la lógica del exterminio, que nada tiene que ver con la lucha en la trincheras y las normas que regulan la guerra.

Para asegurar el abastecimiento de combatientes y civiles y canalizar los apoyos de estos al esfuerzo militar, amenazada la ciudad por las fuerzas al mando de Durruti, se creó el 28 de julio la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional. Se daba cauce a las aportaciones en dinero. Era obvio que en ella estuvieran gentes que estaban en las organizaciones derrotadas por la victoria electoral del Frente Popular. La presidió Francisco Palá, notario, políticamente aragonésista. Era una persona corriente, sin ambiciones, que regresó a sus ocupaciones profesionales. Era «moderno», pero se «acercó al fascismo», como hizo una parte de la burguesía europea esos años (57-60).

La historia, cuando se acoge a un modelo, como es el caso, debe cuidar de dejar en segundo plano lo que aquel tiene de «teórico y de marco general», para tratarlo históricamente, apuntando a individuos, grupos, clases sociales, lugares y tiempos. Si no, concluimos que los poderosos «mantienen la hegemonía», defienden los intereses de quienes quieren vincular a ellos o lo están ya. Definida la guerra como una sublevación fascista, la propiedad crea una comunidad que arrastra a posiciones antidemocráticas. Pusieron «grandes propietarios, empresarios, abogados, accionistas bancarios» y las «asociaciones patronales y gremiales [...] todo a favor del fascismo y de la guerra». Su objetivo fue «destruir el Estado republicano» (74-76).

Baselga es otro ejemplo: la banca no tiene dinero propio. En ella hay «depositantes», que mantienen sus derechos sobre el suyo (63-64) ¿Qué novedad supone eso?

La censura de la prensa por motivos políticos es anterior a la Guerra Civil. Se se mantuvo durante ella, en mucho casos, incautándose los periódicos. En casi todos casos no se cambió el nombre.

La Junta Recaudatoria Civil asignó cuotas a los vecinos. Llegaron a 20.500 en diciembre. Se crearon juntas locales en los pueblos. Fue ampliándose a los que pasaban a ser controlados (gráfico p. 69). Las aportaciones fueron a más hasta diciembre. Hubo un pequeño superávit entre lo recaudado y lo gastado entre julio de 1936 y marzo de 1939 (gráfico p. 72). Su objetivo no fue tanto solucionar los problemas de subsistencia y abastecimiento en una situación de guerra, sino abrir «una vía de integración de las masas en el nuevo régimen, pues iba vinculando veladamente a las masas con el nuevo poder» (77). Esta es otra afirmación discutible, hecha desde una posición ideológica, tan cáusticamente criticada hace años en un estudio sobre la izquierda europea, especialmente, la francesa. Los trabajadores y empleados tuvieron que aportar un día de su salario mensual, pero «no es probable que los trabajadores aceptaran jubilosos esos requerimientos, sino más bien lo contrario» (79).

El libro aporta varios anexos (189-214) y una bibliografía que el lector debe mirar para entender las aportaciones de este libro.

¿Es interesante este trabajo? Lo es, y mucho. El autor ha manejado bien varios archivos, el más importante el municipal de Zaragoza. Aporta datos sobre las personas, las situaciones y la organización de la Junta Recaudatoria Civil. A los diez días de producirse el golpe de Estado y de su fracaso, los militares en Zaragoza llaman a civiles, cualificados profesionalmente, para que organicen una «microhacienda» que recaude, reparta cargas, requiera y hasta requise bienes, que permitan mantener la vida de la población, con ayudas y subsidios para quienes estaban más desprotegidos o más lo necesitaban, como las familias de los movilizados, de los caídos en el frente, y los refugiados en la ciudad... Muchos de estos procedían del levante y fueron atendidos por instituciones privadas. Ese fue caso de las Angélicas, cuya documentación se haya en su casa de Zaragoza. Un dato contraste es la existencia de canjes a través de la Cruz Roja (121). Es labor humanitaria no fue fácil, 39 personas canjeadas no prueban que quisieran serlo por motivos exclusivamente políticos.

Esta ayuda para la supervivencia incluyó los avales, que fueron salvavidas en aquellos meses en que un antecedente, una acusación, suponía riesgos de cárcel y de ostracismo social... o algo peor e irremediable (110-130).

Es interesante también porque ayuda a comprender las limitaciones de una historia escrita desde una posición. No se discute que esto pueda hacerse o aceptarse. Pero la opción lleva a navegar entre el tópico, la

conjetura y hasta las aclaraciones a pie de página, adonde van los datos que contradicen la información del texto (nota 224, p. 123). Uno de los bombardeos causó más de 100 muertos en los alrededores de la parroquia de San Gil Abad. Los bombardeos de la población no combatiente era un factor de propaganda contra el enemigo y de estímulo a la resistencia contra él. Así queda una página adelante.

Interesa este libro porque obliga al lector a no detenerse en lo que le gusta o disgusta, y a seguir leyendo, porque los datos no se escamotean, aunque se enmarquen.

La organización de la retaguardia, las prácticas sociales, desde la represión del enemigo –la quinta columna– hasta la organización de la vida ciudadana, del trabajo y la producción, del abastecimientos, de los servicios a la gente más indefensa, los mecanismos de integración y de control sobre los ciudadanos, el funcionamiento de una institución creada para articular la vida civil... para el caso de Zaragoza y los pueblos que quedaron en su área de control... todo eso quedará como una valiosa aportación de este libro. Ángel Alcalde tiene tiempo por delante. Tiene recursos suficientes. Ojalá tenga la oportunidad de continuar ejerciendo este oficio.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, ANTONIO JOSÉ: *LOS TAMBORES DE MARTE. EL RECLUTAMIENTO EN CASTILLA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII (1648-1700)*. UNIVERSIDAD DE VALLADOLID-CASTILLA EDICIONES, VALLADOLID, 2011, 382 PÁGS., ISBN 978-84-8448-610-7.

Davide Maffi
Universidad de Pavia

El tema principal de esta interesante y bien documentada monografía es la evolución de los distintos sistemas de reclutamiento en la Castilla de la segunda mitad del siglo XVII. Nos encontramos con un trabajo bien estructurado, fruto de una incesante investigación archivística, que ha utilizado fuentes primarias, totalmente inéditas, conservadas en su mayor parte en el Archivo General de Simancas (especialmente del enorme fondo documental no catalogado denominado Guerra Antigua, pero no solo este), con otras sacadas de otros archivos estatales (el Archivo Histórico Nacional de Madrid) y municipales españoles.

La originalidad del trabajo corresponde, antes de todo, a la complejidad del tema analizado, el reclutamiento, que abarca no solo la Historia Militar, sino también otros campos, como la historia social, demográfica, administrativa e institucional. Pero también cabe destacar la escasez –o mejor dicho la ausencia total–, de estudios orgánicos sobre el tema, que, recordémoslo, abarca todo el reino de Castilla (quedándose fuera los reinos de Navarra y de la Corona de Aragón, mucho más conocidos gracias a diversos trabajos realizados en las últimas décadas, que el autor tiene bien en

cuenta en su conspicua bibliografía), que hacen de este trabajo una obra única en su género. De hecho, hasta ahora los libros y artículos publicados se habían limitado al análisis de aéreas geográficas muy específicas –se me ocurren, solo por mencionar algunos nombres, las obras de Antonio Espino López sobre los territorios de la Corona de Aragón (*Guerra, fisco y fueros. La defensa de la corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700*, Valencia, 2007), o de José Contreras Gay sobre Granada (*Problemática militar en el interior de la península durante el siglo XVII. El modelo de Granada como organización militar de un municipio*, Madrid, 1980)–, y otras que habían afrontado este tema solo como parte de trabajos más generales dedicados a la estructura militar hispana (véase, por ejemplo, el clásico trabajo de Geoffrey Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659*, Cambridge, 2004, que dedica algunas páginas a este problema), o a los distintos estudios que se han centrado en el tema de las milicias, dejando al margen –o olvidándose totalmente–, del ejército regular.

Otra novedad es el arco temporal de este trabajo, que se centra en un periodo poco analizado de la Historia Militar de España, la segunda mitad del siglo xvii, considerado como una fase de mera decadencia y liquidación de las posibilidades militares de la monarquía española. De hecho muchos historiadores, y recordamos entre ellos a I. A. A. Thompson (*War and Government in Habsburg Spain 1560-1620*, Londres, 1976) y a Ruth MacKay (*The Limits of the Royal Authority. Resistance and Obedience in Seventeenth-Century Castile*, Cambridge, 1999, si bien ese último no se puede considerar *tout court* un libro de historia militar y no es la intención de la autora ocuparse en especial del reclutamiento y de las problemáticas militares), han preferido siempre concentrar su análisis sobre los reinados de los tres Felipes hasta llegar a la década de 1640, verdadera fecha límite, una época en la que asistimos a un cambio radical en los métodos de reclutamiento que hasta ese momento se habían empleado.

Después de una introducción sistemática, que ocupa los capítulos I y II, donde se analiza la cuantía de las tropas reales en los múltiples ejércitos de la monarquía (Flandes, Italia, Norte de África y en la misma península ibérica) y las diferentes tipologías de los reclutamientos, con sus elementos comunes (los uniformes, el transporte y concentración de tropas, los sueldos, alojamientos, etc.), los capítulos centrales de este trabajo, desde el III hasta el VII, se centran en la evolución de los distintos sistemas de reclutamiento que la Corona utilizó, con sus peculiaridades y cambios a lo largo de los decenios.

El capítulo III examina el más antiguo de los sistemas de alistamiento empleado: el de las levatas voluntarias, el método preferido, porque gracias a él se obtenían los mejores reclutas y los más motivados. Este se ejecutaba directamente a cargo de la Corona por medio de capitanes nombrados y elegidos por parte del Consejo de Guerra. Un modelo que entra irreversiblemente en crisis a partir de los años treinta del siglo, a

causa del fuerte declive demográfico, obligando a la Corona a buscar alternativas para poder alimentar los varios frentes de guerra, pero que no se abandona y siguió proporcionando tropas para el servicio fuera de la península, por lo menos hasta el fin de la guerra de Holanda (1673-1678).

Así, los capítulos siguientes indagan sobre todos los medios empleados por parte del Consejo de Guerra para conseguir hombres. En el IV el autor estudia los repartimientos, el reclutamiento forzoso, cuando las ciudades y pueblos eran llamados a entregar un cierto número de bisoños, un método nuevo que se utilizará a menudo a partir de la década de 1640, en donde entran en juego nuevos agentes –se trata de los corregidores y alcaldes mayores, que sustituyen a los capitanes y se hacen cargo de las levas como intermediarios entre el poder central y los súbditos–. En ellos, como afirma el autor «una de las cosas más importantes de estas levas –independientemente del género de soldados que entregasen, ya fuesen voluntarios, fugitivos, ociosos o vagabundos– era el cumplimiento del cupo fijado por la Corona» (p. 173). Lo que importaba ya no era la calidad de los hombres, sino el resultado de las operaciones de leva que, como matiza bien el autor, a pesar de las dificultades fueron casi siempre bastante satisfactorias, llegando a veces a superar las cantidades pedidas.

Mucho más peculiar, ya que anticipa las quintas borbónicas, es el capítulo V, que trata del reclutamiento a través de los vecindarios. Este preveía una leva forzosa de un cierto número de soldados, sacados porcentualmente de entre el total de vecinos de una población. Utilizado a partir de 1694, fue el método claramente más problemático y complejo de todos ellos, porque previamente suponía el conocimiento de la población de una ciudad o provincia, y creaba muchos problemas, siendo el más odiado por parte de la población.

«El mundo de los servicios», que es el VI de los capítulos del texto, nos acompaña en el complejo mundo de las contribuciones de los reinos y regiones periféricas de la Corona de Castilla: el reino de Galicia, el principado de Asturias, las provincias Vascongadas y las Cuatro Villas de la Costa. Unos territorios que históricamente habían aportado muy poco al servicio del rey en el siglo XVI, y que ahora, bajo la presión de las necesidades, se ven obligados a contribuir de manera más contundente al esfuerzo bélico. Aquí la Corona se ve obligada a recurrir a unos intermediarios, a pactar con las comunidades, celosas de sus autonomías y fueros, y en la práctica delegar su poder «enajenaba su autoridad valiéndose de poderes intermedios para que se encargasen del reclutamiento y del nombramiento de oficiales, pero así conseguía reclutar más hombres en un plazo breve de tiempo» (p. 215). El autor examina con detalle las consecuencias de este «desempeño» de poder por parte de las autoridades locales, lo que implicará el crecimiento de unas nuevas élites regionales que veían en el servicio militar un método para conseguir poder, honor y prestigio, a la vez que acrecentaban su autoridad a nivel local.

Un desarrollo parecido tiene el siguiente apartado, dedicado a los servicios de tropas realizados por parte de las ciudades castellanas. Servicios que nos son conocidos, dado que la Corona había recurrido varias veces a estos durante la Reconquista, pero que habían casi desaparecido en el siglo xvi. También aquí la Corte tuvo que pactar con las autoridades locales y hacer importantes concesiones, como las exenciones de nuevas levas y repartimientos, o nuevas atribuciones fiscales. Como en el caso anterior, las oligarquías municipales supieron aprovechar la ocasión para incrementar su poder.

Por fin, las últimas dos secciones (con los capítulos VIII y IX) primero analizan la figura del soldado –quién era, por qué se alistaba, su edad, origen, etc.–, realizando distintas observaciones sociológicas de las levas, y luego se centran en la evolución del reclutamiento y sus resultados a lo largo de la segunda mitad del siglo xvii. En este caso, también nos volvemos a encontrar con una abundancia exorbitante de datos que intentan cuantificar el tamaño de las levas y que ponen de manifiesto la pesada carga, en términos de vidas humanas, que el dios Marte exigió. Los resultados obtenidos no dejan de sorprendernos, ya que nos muestra una visión mucho más positiva del reinado de Carlos II, periodo en el que curiosamente se reunieron muchos más españoles para el ejército que en los anteriores reinados (con la única excepción del de Felipe IV). Las consecuencias demográficas de esta constante sangría de hombres fueron apocalípticas, influyendo en la despoblación de gran parte de la meseta (de donde salía la mayor parte de la tropa), un resultado que confirma lo que ya hace tiempo había matizado en sus obras Antonio Domínguez Ortiz –sin esta abundancia de datos y referencias factibles que aporta esta monografía que reseñamos–, cuando subrayó que las continuas levas eran una de las causas del declive demográfico de regiones enteras de España.

Como se puede observar, se trata de un trabajo complejo que analiza una realidad confusa y abigarrada, que en sus páginas siempre tiene en cuenta las relaciones centro-periferia, las aportaciones de las elites (sean estas las grandes oligarquías urbanas o la nobleza) y de sus continuas interrelaciones con el poder central, el papel de la venalidad (encubierta con la concesión de patente en blanco a quien se hacía cargo de las levas), de las competencias del Consejo de Guerra, que siempre en última instancia decidía dónde y cómo hacer las levas, con un examen exhaustivo de los territorios que contribuyeron más en el esfuerzo bélico de la monarquía. Los resultados no dejan de sorprendernos. En primer lugar porque nos encontramos frente a una obra profundamente revisionista que desmitifica muchos de los tópicos más recurrentes sobre la incapacidad de la Corona de hacer frente a sus obligaciones de carácter militar. En este sentido, como bien afirma el autor, «pese a la crisis demográfica y económica, las estructuras encargadas del reclutamiento evolucionaron».

ron continuamente intentando encontrar nuevas vías que compensaran el descenso del voluntariado» (p. 349).

La capacidad de las autoridades militares de renovarse y evolucionar parece bien evidente en el transcurso de las páginas de este trabajo: la estructura militar supo transformarse para hacer frente a las emergencias y no fue en absoluto el arcaico inmóvil monstruo prehistórico descrito por generaciones de historiadores, ya que pudo desarrollar y anticiparse a muchas de las innovaciones de las reformas borbónicas. En segundo lugar, los capitanes elegidos por el Consejo de Guerra para encargarse de las levas en su mayoría eran soldados profesionales, y no cortesanos ajenos a las más elementales nociones militares, como se ha continuado afirmando también en tiempos muy recientes (como se ve en claramente en el mediocre trabajo de Fernando González de León, *The Road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Spanish Army of Flanders, 1567-1659*, Leiden-Boston, 2009). De hecho las causas de las derrotas militares y de los escasos éxitos conseguidos por parte de las fuerzas armadas de la monarquía se deben explicar no por su incapacidad de movilizar y conducir a los hombres al frente, sino por la falta crónica de dinero y a las deficiencias de un sistema logístico todavía, esto sí, demasiado arcaico.

Es difícil hacer una crítica a un trabajo de esta magnitud, meticuloso y preciso, si queremos encontrar un *point fiable*, por ello esta es una crítica estricta y excesivamente puntillosa. Mi crítica debe centrarse en el escaso espacio dedicado a las levas hechas con el sistema de asiento –otro de los sistemas indirectos que continuamente se utilizó por parte de la Corona para encontrar hombres, que consistía en firmar un contrato con un empresario privado, para que este se hiciera cargo de todos los procedimientos de reclutamiento hasta la entrega de los hombres–, que aquí no viene desarrollado en absoluto. Si bien el autor se excusa ante el limitado espacio, esta cuestión tiene la suficiente transcendencia como para que se le hubiera dedicado un capítulo entero, como ocurría en la tesis doctoral que generó este libro. Pero, lo repetimos, se trata de una cuestión secundaria frente a la abundancia de datos que nos proporciona este trabajo. En definitiva nos encontramos con un libro que aporta una visión nueva y estimulante del aparato militar del último de los Austrias.

RUIZ IBÁÑEZ, JOSÉ JAVIER (COORD.): LAS MILICIAS DEL REY DE ESPAÑA. SOCIEDAD, POLÍTICA E IDENTIDAD EN LAS MONARQUÍAS IBÉRICAS. FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, MADRID, 2009, 546 PÁGS., ISBN: 978-84-375-0625-8.

Enrique García Hernán
Instituto de Historia, CCHS-CSIC
CEHISMI

El coordinador de esta importante obra de historia militar es catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Políticos y Sociales

de la Universidad de Murcia. Goza de un reputado prestigio como buen conocedor de las relaciones entre el individuo y la corte, entre el reino y el rey. En el año 2003 editó junto a otros investigadores dos tomos de historia militar titulados *Le Forze del principe. Recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la monarquía hispánica*, que han tenido gran proyección entre los especialistas de Historia Moderna. Ahora coordina en solitario un gran proyecto, ambicioso en lo temático y cronológico, que se enmarca en las investigaciones y publicaciones que realiza la Red Columnaria (<http://www.redcolumnaria.com>) sobre las fronteras de las Monarquías Ibéricas. En este caso concreto el libro viene a ser en parte el resultado de las Segundas Jornadas Internacionales de Historia de las Monarquías Ibéricas celebradas en Yecla en el año 2006. Este libro espléndido analiza las defensas de la monarquía hispánica y lusa desde una perspectiva global, no a través del ejército profesional, sino de los ciudadanos por medio de las milicias. Las milicias sirvieron a la construcción del poder y el orden social, y fueron un importante medio para la formación y difusión de la cultura política propia. Su estudio en los diversos territorios de la monarquía (la Corona de Castilla y la de Aragón, Portugal, el sur de Italia, Lombardía y Países Bajos, y también América, aunque en menor medida) permite abrir vías de análisis nuevos.

Uno de los mayores problemas para conocer la evolución de la milicias tanto provinciales como urbanas es el referido a las fuentes documentales, toda vez que con la decisión de armar a los súbditos era una forma del contener el gasto, lo cual implicaba una administración más desarrollada. En este sentido todavía falta un estudio heurístico que aclare bien la tipología documental, origen y desarrollo. El libro comienza con un breve estudio introductorio del profesor Ruiz Ibáñez en el que afirma que el objetivo que perseguía era lograr una mayor comprensión del fenómeno miliciano como una realidad histórica y como un medio de aproximación eficaz a la evolución política. Propone ante todo un acercamiento al fenómeno de las milicias desde tres frentes: historia social, historia cultural e historia militar. Abarca con los trabajos propuestos a los diversos territorios de la monarquía de España en un marco temporal amplio, del siglo xv al xx. Quizá también hubiera venido bien hacer un estudio comparado con las milicias de otros reinos no afines, como las milicias de Gran Bretaña, con los importantes estudios del profesor Roger B. Manning, *An Apprenticeship in Arms: the origins of the British Army, 1585-1702* (Oxford 2006), o para el caso de Francia de Jay M. Smith, *The culture of merit: nobility, royal service and the making of Absolute Monarchy in France, 1600-1787* (Michigan 1996).

La obra está estructurada en tres partes bien diferenciadas, aunque con un desigual tratamiento. La primera es sobre *Los territorios de la Monarquía*, con nueve capítulos; la segunda es *La milicia como instrumento de análisis*, con cinco capítulos; y la última es *Evolución de las milicias*, con

otros cinco capítulos. Cierra un epílogo de Liborio Ruiz Molina sobre las *Pervivencias del ritual miliciano en rituales festivos actuales: una línea de trabajo abierta*. Cada uno de los capítulos cuenta con unas conclusiones y bibliografía. Quizá un capítulo de estudio historiográfico y heurístico al inicio hubiera venido bien a los lectores, al igual que un índice analítico al final del libro. En esta breve reseña no podemos referenciar menudamente las veinte contribuciones, todas muy interesantes, pero sí que haremos mención a las que nos han parecido más relevantes. De la primera parte podemos destacar la contribución de Antonio Jiménez Estrella sobre «Las milicias en Castilla: evolución y proyección social de un modelo de defensa alternativo al ejército de los Austrias». Pone el acento en la difícil implantación en Castilla de la milicia general, comenzando por el malogrado proyecto de las Guardas Viejas de Castilla, de 1493 a 1703, y lamentándose de que todavía no dispongamos de un estudio completo monográfico sobre las mismas. El problema fue que el nivel de colaboración de los municipios, de las oligarquías locales y de los señores en sus jurisdicciones no fue siempre el esperado. Las milicias pasaron de ser unas fuerzas semiprofesionales a una forma de fiscalidad indirecta sobre la población. El autor pone de manifiesto el deseo de las oligarquías ciudadanas de adquirir y controlar los principales cargos de la milicia para utilizarlas como poder político al servicio de sus propios intereses, toda vez que se podía liberar del servicio por medio de una aportación económica. En la misma línea se sitúa el capítulo de Davide Maffi sobre «Las milicias del estado de Milán: un intento de control social». El autor se centra en la segunda mitad del siglo xvii, y afirma que no ocurrió lo mismo en el Milanesado que en Nápoles y Sicilia, donde las autoridades encontraron fuerte oposición de la nobleza local a la formación de milicias. En Milán, por el contrario, las elites urbanas y rurales fueron las grandes defensoras de las milicias, de modo que hubo colaboración entre el ejército regular y las milicias, pasando mandos de un lado a otro con gran facilidad. Quizá el éxito se debió a que la monarquía recompensó generosamente con títulos y prebendas a los milicianos más propincuos. Desde el punto de vista estrictamente militar no tuvieron gran relevancia, pero sí como elemento de control social, consolidando el sistema al unir a las élites locales con la Corona. De la segunda parte del libro, la referida la milicia como instrumento de análisis, podemos hacer hincapié en el artículo de Simone Martinelli, «Soldados armados, comunidades armadas: los presidios españoles de Toscana en los siglos xvi y xvii», que viene a llenar un importante vacío historiográfico sobre la presencia militar en las presidios de Toscana. Quizá este capítulo debía haberse incluido en la primera parte. No obstante, lo importante es que el autor nos confirma que el sistema defensivo español resultó eficaz en la protección contra las agresiones francesas y turco-berberiscas, y que hubo una buena relación entre soldados y civiles. No fue necesario la movilización de civiles, pero quizá no tanto por la ausencia de conflictos armados, cuanto por controlar mejor a una población desarmada, al igual que ocurría en

los presidios norteafricanos. De la terca parte, la referida la *Evolución de las milicias*, el capítulo de Carmen Corona sobre «Las milicias urbanas del siglo xvii: compañías de reserva y paisanaje», es una magnífica contribución sobre las poco conocidas milicias urbanas, bien documentado. La autora aprecia una clara permanencia de las milicias urbanas tras la Guerra de Sucesión, que entraron en conflicto con otros cuerpos de seguridad interior como los fusileros, guardabosques o escopeteros. La milicia urbana fue una vía de ascenso a la nobleza y se confirma que el aumento del poder real no iba en detrimento del poder local, porque a ambos les interesan las milicias urbanas, a la monarquía por el ahorro económico, y a las elites por el ennoblecimiento y exención económica. El último capítulo, cuya autora es Concepción de la Peña Velasco, se titula «La representación de las milicias urbanas en la Monarquía Hispánica: ¿una ausencia elocuente?». Es una aproximación desde la historia del arte al fenómeno de las milicias. Hace un alegato en defensa de las obras pictóricas que representan las milicias como documentos históricos para conocer la mentalidad de la sociedad del momento, donde se reafirma el ideal cívico de obligación y servicio público. Con este libro se abren importantes líneas de investigación sobre la relación entre soldados regulares y civiles armados y entre estos con los civiles desarmados, y entra en debate en la aportación real de la milicias urbanas y provinciales en la formación del Estado moderno.

CÁMARA, ALICIA, MOREIRA, RAFAEL Y VIGANÓ, MARINO: LEONARDO TURRIANO, INGENIERO DEL REY. FUNDACIÓN JUANELO TURRIANO, MADRID, 2010, 282 PÁGS., ILUST., BIBL., CART., ISBN: 978-84-920755-9-1.

Beatriz Alonso Acero
CEHISMI

El presente libro se articula como una obra coral en torno a la vida y obra de uno de los más relevantes exponentes de la figura del ingeniero en los siglos modernos, entendido como aquella persona cuyo ingenio natural le permite utilizar sus conocimientos para crear cosas nuevas o para mejorar las existentes, en este caso el trazado y fortificación de sistemas defensivos en territorios especialmente relevantes dentro de la monarquía hispánica, tanto por su propia configuración como por su situación estratégica. Leonardo Turriano fue uno de esos espléndidos ingenieros al servicio del rey, a caballo entre las épocas de Felipe II, Felipe III y Felipe IV, para todos los cuales trabajó en algún momento de su vida, situando sus conocimientos y su saber hacer en el campo de la poliorcética moderna a favor de la creación de las mejores condiciones defensivas en algunos de los enclaves más decisivos del amplio entramado de la monarquía entre los años finales del siglo xvi y primer tercio del xvii. Milanés, natural de la ciudad de Cremona, hijo de Bernardo Turriano y con alguna relación con

Juanelo Turriano, famoso relojero de Carlos V, había trabajado en la corte de Urbino y también al servicio del emperador Rodolfo en Praga, que fue quien le envió a España hacia 1584, donde pronto sería destinado a mejorar las fortificaciones de las islas Canarias. Tras permanecer allí entre 1584-1586, y 1587-1593, donde realizó unos magníficos dibujos que representan fielmente los territorios y ciudades insulares, Turriano sería destinado en 1594 a las plazas norteafricanas de Orán y Mazalquivir, donde permaneció menos de un año, y donde también realizó diseños de los diferentes elementos defensivos de ambas plazas, estableciendo sus propias propuestas para la mejora y acondicionamiento de unos enclaves en los que recientemente habían trabajado ingenieros de la talla de los hermanos Antonelli. A partir de 1597, Turriano sería elegido por Felipe II para trabajar en los territorios de la costa atlántica, primero en Galicia y, posteriormente, en Portugal, donde llegaría a desempeñar el cargo de Ingeniero Mayor y desarrollaría el resto de su obra, hasta el final de sus días, allá por 1629.

La excusa para la publicación de este libro en torno a la obra de Leonardo Turriano la ofrece la edición de la *Descripcion de las plaças de Oran i Mazarquivir en materia de fortificar. De Leonardo Turriano su criado* (Manuscrito Azul n.º 1065, Academia das Ciencias de Lisboa), uno de las más relevantes manuscritos del ingeniero, junto a la ya editada y estudiada en una extensa bibliografía *Alla maestá del re Catolico. Descriptione et historia del regno dell'Isle Canarie gia dette le Fortunate con il parere delle loro fortificationi. Di Leonardo Torriani, cremonese*. Si en esta última se agrupaban todos los dibujos realizados durante su estancia en las islas Canarias y se dedicaba a Felipe II, en el primero se compendian sus trazados de costas, terrenos, murallas, castillos y fortificaciones de Orán y Mazalquivir, dando lugar a un verdadero atlas militar de la época moderna, reflejo fiel del conocimiento directo del lugar por el ingeniero militar, que se dedicaría a mayor gloria de Felipe III. Sobre la base de este texto de Turriano se traza la edición de un libro dividido en tres partes principales, de cada una de las cuales se encargan destacados profesores e investigadores de España, Portugal e Italia, territorios todos ellos que tienen mucho que decir en la trayectoria vital y profesional de este ingeniero del rey. En la primera de ellas, Alicia Cámara, profesora de la UNED y destacada especialista en arquitectura e ingeniería militar durante la Edad Moderna, con una impresionante trayectoria bibliográfica en las últimas décadas respecto a este tema, ha sido la encargada de rastrear la magnífica travesía de Leonardo Turriano al servicio de la Corona de Castilla, abordando sus trabajos para la monarquía durante su paso por las islas Canarias, Orán y la costa atlántica. La autora realiza un delicioso trazado de la figura y obra de quien se consideraba a sí mismo más que arquitecto militar, historiador y geógrafo, contribuyendo decisivamente con sus dibujos a la construcción de una historia de la monarquía española. Turriano es estudiado como un verdadero representante de la ciencia moderna, un hom-

bre que fue perfectamente capaz de aunar aprendizaje teórico, mediante la observación de los fenómenos de la naturaleza y de las obras creadas por los grandes ingenieros y arquitectos de su época, con su propia experiencia técnica, integrando de forma armónica conocimientos propios y ajenos, y convirtiéndose en un ingeniero que no se limitaba a construir con baluartes, sino que podía aunar en una misma obra tenazas y tijeras con el aprovechamiento de torreones y murallas antiguos. Cámara cierra su aportación en este libro, la más extensa en número de páginas de las tres partes en que se divide el conjunto de la obra, con un estudio en profundidad de la *Descripción de las Plazas de Oran y Mazarquivir...*, texto que se hizo con la finalidad de que llegara a manos del rey, en un intento de forjar, uniéndolo a los dibujos sobre Canarias, una colección con utilidad práctica, en la que el monarca pudiera conocer a través de unos dibujos perfectos y perfeccionistas, que resaltan hasta el más mínimo de los detalles de casamatas, tijeras y baluartes, sus fortificaciones en algunos enclaves estratégicos de la monarquía. El manuscrito refleja el estado en que se hallaban estas plazas norteafricanas en 1594, momento en que Turriano las visitó y dibujó, si bien dedicaría varios años a completar y mejorar su trabajo, de tal forma que, aunque fue Felipe II quien le encargó estos trabajos, no sería sino su heredero, Felipe III, quien vería el resultado gráfico de esta estancia africana del ingeniero, y a él se dedica esta *Descripción* en su primera página, fechada el 4 de noviembre de 1598. El manuscrito se sitúa por completo dentro del gusto de la época por sistematizar los diseños de las grandes fortificaciones y agruparlos unificándolos, aunque en origen procedieran de manos y territorios diversos, convirtiéndolos en objeto de colección para un monarca que no solo se deleitaría con los rasgados y trazados de sus fortalezas a lo largo y ancho de su monarquía, sino que, además, mediante el conocimiento directo que estos dibujos le ofrecían de estas fortificaciones, tenía la posibilidad de ordenar mejorar problemas defensivos de unas plazas que, de no ser por estas ilustraciones, nunca llegaría a conocer de forma directa. En el análisis de este manuscrito, la autora hace hincapié en la capacidad de Turriano de aunar sus aptitudes como ingeniero que describe territorios, ciudades y fortalezas con su capacidad como geógrafo que dibuja mapas con increíble precisión y su genio para captar la esencia de una ciudad viva y plasmarla en un papel con las técnicas del mejor de los dibujantes, alcanzando la perfección de las obras maestras en las vistas urbanas y de fortalezas en este libro que acabará ya durante su estancia posterior en Portugal. Todo ello queda unido a sus conocimientos históricos, pues Turriano hace transcurrir sus planos de Orán y Mazalquivir a través de una minuciosa descripción de la propia historia de los enclaves desde los tiempos de su conquista, a comienzos del siglo XVI, lo que demuestra que era un hombre de amplia cultura, preocupado por conocer el pasado de los lugares en los que la Corona le ordenaba desempeñar su trabajo, como medida previa fundamental para poder disponer las mejores opciones defensivas frente al tipo específico de adversario al que debe-

ría oponerse por situación y circunstancia. Alicia Cámara pasa revista a los componentes civiles y militares del Orán que conoció y retrató Leonardo Turriano, analizando tanto sus barrios, casas, iglesias, como sus castillos, alcazaba y murallas, en cuyo estudio traza una documentada evolución de los principales avances a lo largo de todo el Quinientos, en el que tienen cabida la obra de todos aquellos ingenieros y arquitectos que contribuyeron a realizar las impresionantes fortificaciones que caracterizaron a este presidio, caso de Juan Bautista Antonelli o Vespasiano Gonzaga. Si bien es en esta primera parte del libro en la que se aborda el estudio del manuscrito de Leonardo Turriano, no es sino en sus últimas páginas en las que se incluye la transcripción del mismo, tarea que ha corrido a cargo de Daniel Crespo Delgado, y que se realiza con notable acierto, respetando al máximo el texto original, pues se ha optado por conservar la foliación original, marcar el cambio de folio y reproducir las ilustraciones del manuscrito en su ubicación primigenia. De igual manera, además de incluir una esencial relación bibliográfica de las obras consultadas para la transcripción, se han introducido más de cien notas que contribuyen sustancialmente a clarificar la identificación de lugares, personajes y términos de fortificación citados en el manuscrito.

Del estudio del paso de Leonardo Turriano por Portugal se encarga el profesor Rafael Moreira, de la Universidade Nova de Lisboa, quien realiza un espléndido análisis de lo que fue el período más prolongado en la vida del ingeniero, que llegó allí en 1597, todavía en vida de Felipe II, y allí murió, ya anciano, en 1629. Tras situar de nuevo la figura de Turriano, en lo que se solapan en cierta medida todos los estudios que conforman las diferentes partes de este libro, Moreira sigue el recorrido del ingeniero por Galicia hasta llegar a Portugal a través de la consulta de diferentes cartas en el Archivo General de Simancas, y después sigue su pista hasta su nombramiento en abril de 1598 como Arquitecto General del reino de Portugal y, en agosto del mismo año, como Ingeniero General o Ingeniero Mayor. Sus primeras obras en Cascaes se centran en la defensa de la barra del Tajo frente a la amenaza de los corsarios ingleses, fortificaciones que llegarían a ocuparle hasta 1609 y que son estudiadas con todo lujo de detalle por Moreira, reconstruyendo no solo su actividad como ingeniero militar y hombre de avezados conocimientos científicos y técnicos, sino su papel en la corte lisboeta y sus relaciones con el conde de Portalegre, don Joao da Silva, gobernador encargado de los asuntos de la Guerra. También se incluye la obra civil de Turriano en Portugal, con el análisis de sus propuestas para llevar agua a Lisboa y sus proyectos y realizaciones en las fábricas de armas y de pólvora de Barcarena, donde también ideó una fábrica de aparejos para barcos. Tras analizar la obra de Turriano como Ingeniero Mayor del reino de Portugal, Moreira se detiene en aspectos particulares de su vida y existencia, entre las que cabe entresacar el estudio que realiza de la biblioteca que debió de reunir, a tenor de todas las obras clásicas y contemporáneas que cita en sus manuscritos, y par-

te de la cual ha sido recientemente localizada debido a que estos libros pasaron a su hijo Sao Joao Turriano quien, a su muerte, en 1679, la legó al Colegio de São Bento de la Universidad de Coimbra, de donde saldría en el siglo XIX hacia la Biblioteca General. Entre las obras que pasaron a su descendiente y que hoy podemos encontrar en Coimbra se encuentran algunos de los más relevantes tratados de arquitectura militar y de astronomía de la época, firmados por Giacomo Lanteri. Moreira pasa también revista a los informes, memorias y tratados manuscritos que realizó el ingeniero durante su vida, en los que, además de los textos ya citados sobre las islas Canarias y Orán-Mazalquivir, se amplía la relación con sus manuscritos sobre la boca del Tajo (1622) y la navegación entre el río Guadalete a Guadalquivir y Sevilla (1624), este último escrito por orden de Felipe IV, textos todos ellos en los que «el ingeniero se revela como un autor completo, dotado de una cultura enciclopédica y extensos recursos de redacción y expresión intelectual y gráfica» (p.167). Sobre la fortaleza de San Lorenzo de Cabeza Seca y sobre la limpieza de la desembocadura del Tajo, Moreira recoge sus estudios en las ediciones a ambos textos que publicase en 1992, así como los de Alicia Cámara sobre el proyecto de navegación del río Guadalete editado en 1991, plasmando una muy interesante descripción en cuanto a procedencia y contenidos de todos estos manuscritos, en los que se demuestran, una vez más, las capacidades técnicas y científicas de Turriano, que también se nos revela, gracias al estudio de Moreira, como un apasionado de la astrología, que llegó a realizar horóscopos y pronósticos de astrología judiciaria. El estudio del paso del ingeniero por Portugal se cierra con sendos capítulos dedicados a su familia lisboeta y a su casa en la esta ciudad, cuya ubicación ha sido descubierta en el transcurso de las investigaciones para el presente libro.

El tercero y último de los capítulos lo firma Marino Viganò, profesor de la Universidad Católica de Milán y eminente especialista en arquitectura militar, quien se ocupa de establecer la filiación de Leonardo Turriano, sentando las bases de su parentesco con Juanelo Turriano. Nacidos ambos en Cremona, el primero hacia 1559 y el segundo en torno a 1500, todavía en estudios recientes se ha situado a Leonardo como hijo del afamado relojero, astrónomo e ingeniero de Carlos V. Tras establecer un valioso compendio bibliográfico en torno a la figura y obra de Leonardo Turriano, Viganò abunda en las notas biográficas más actualizadas de Juanelo como fórmula para desmentir la posibilidad de que Leonardo fuera hijo natural del mismo, estudio que hace a partir de una interesante e inédita documentación localizada en diferentes archivos italianos, caso de Milán, Cremona, Mantua o Padua. Finalmente, la piedra de toque para refutar este parentesco directo radica en un documento localizado en el Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife en el cual Leonardo Turriano, durante su estancia en aquellas islas en 1588, tras llegar a España recomendado por Rodolfo II, registra ante un notario de La Laguna su

autorización a que dos vecinos de dicha ciudad puedan recibir los bienes que pertenecían a Bernardo Turriano, su padre, difunto, vecino que fue de Milán y que a él le corresponden por ser su hijo legítimo y heredero universal. Su padre, Bernardo, y Juanelo Turriano estarían vinculados por una relación familiar segura que aún está por determinar, y pudo ser el propio relojero real quien hiciese llamar a España o recomendar a la corte al joven Leonardo. Aunque pudiera parecer que un estudio sobre la persona y linaje de Leonardo Turriano debería haber abierto este libro, lo cierto es que las páginas escritas por Viganò sirven de magnífico colofón a un libro que, no debemos olvidar, no es el primero que se publica sobre la obra de este ingeniero, sino que sale a la luz como consecuencia de la edición de su manuscrito sobre las fortificaciones de Orán y Mazalquivir a finales del siglo xvi.

Además de los relevantes estudios que realiza cada uno de los autores de este libro, si hay algo por lo que también debemos ponderar su presentación como novedad bibliográfica es por la cuidada edición que se ha hecho del ejemplar, en la que la Fundación Juanelo Turriano tiene, a buen seguro, mucho que decir. Las páginas de esta obra se ilustran con magníficas reproducciones en color en las que desfilan planos, mapas, dibujos, proyectos civiles y militares, ingenios, obras de arte en suma, extraídos de los más diversos fondos bibliotecarios y archivísticos, así como con fotografías del siglo xix y actuales, algunas incluso de los propios autores del libro, conformándose un fabuloso atlas moderno de ingeniería civil y militar debida a diferentes y relevantes ingenieros que trabajaron al servicio de la Corona española durante los siglos de la Edad Moderna. Como no podía ser de otra forma, es especialmente relevante la difusión de imágenes correspondientes a la obra de Leonardo Turriano, tanto en lo relativo a sus trabajos en Canarias como en el norte de África y en Portugal. A través de una magnífica recopilación de fondos procedentes de la Biblioteca Nacional de Madrid, Archivo General de Simancas, Universidad de Coimbra y Biblioteca Nacional de Portugal, por no citar sino algunas de las más destacadas fuentes, este libro se convierte en una suerte de álbum fotográfico del genio e ingenio de Leonardo Turriano. En el caso específico de las páginas dedicadas al estudio y transcripción de su *Descripción de las plazas de Orán y Mazalquivir*, lo cierto es que, para los amantes de la historia pergeñada por los españoles hace cientos de años en la otra orilla del Mediterráneo, ya es un pretexto en sí mismo para acercarse a esta obra la posibilidad que nos brinda de contemplar los extraordinarios dibujos realizados por Turriano respecto de los fuertes, baluartes, castillos y, sobre todo, sus perspectivas de la ciudad de Orán, donde la vista puede recrearse admirando la alcazaba, las iglesias, la muralla, las huertas y cada uno de esos elementos que conformaban el entramado urbano de esta primera línea de defensa frente al Imperio otomano que eran ya Orán y Mazalquivir en el tiempo en que Turriano hizo estos diseños, desde que Túnez y La Goleta, las defensas hispanas

más orientales del Mediterráneo, hubieran sido tomadas por los turcos en 1574.

Dadas las características del libro que reseñamos, hubiera sido deseable la incorporación de una detallada relación bibliográfica que incluyera no solo los textos aparecidos sobre Turriano y su obra, sino todos los temas que se abordan en el libro. Debemos conformarnos con la relación parcial que ha hecho cada autor en su capítulo, incluida la que acompaña a la transcripción del texto sobre Orán y Mazalquivir, en relación con las obras de las que se han extraído los datos que figuran en las notas que ellos mismos han creado. Igualmente, y a pesar de su dificultad por los contenidos del texto, habría sido muy acertada la inclusión, al final del mismo, de un índice analítico, que hubiera contribuido a poner un mayor orden entre los asuntos tratados en cada capítulo, sobre todo teniendo en cuenta que hay una lógica y evidente coincidencia en los temas abordados por cada uno de los autores, al escribir todos ellos sobre el mismo protagonista aunque en diferentes facetas de su vida y obra. Salvadas estas cuestiones, evidentemente de carácter menor, podemos afirmar que se trata de una obra a la altura del personaje que en ella se aborda, un hombre del Renacimiento, con una amplia cultura humanística, interesado por la geografía, la historia, la poesía, la geometría, la astrología... Leonardo Turriano, como señala R. Moreira, fue un verdadero científico pero también mucho más que eso, pues su figura es hoy interpretada como la de un nuevo Leonardo da Vinci capaz de traspasar a leyes generales los conocimientos empíricos extraídos de su observación de la realidad y alinearse con los grandes fundadores de la ciencia moderna, razón por la cual es necesario reivindicar su obra y sacar a la luz todas aquellas vertientes de la misma que aun hoy son desconocidas para el gran público. Algo similar a lo que ocurre con el estudio de esas plazas norteafricanas que Turriano bosquejó por encargo del rey y que gracias a este libro podemos conocer de primera mano.

Cuadernos de Historia Militar

01. Presencia irlandesa en la milicia española

